

LA NACION

REVISTA SEMANAL

AÑO 1

BUENOS AIRES 25 DE MAYO DE 1930

NÚMERO 47



ESPECIAL PARA LA NACION

25 DE MAYO

1810 - 1930

Por Juan Plaza



Dolores de cabeza

30 cts.

EL LIBRITO DE
4 PASTILLAS

Mareos, vértigos, zumbidos y malestares
en general se van del todo con la primer
dosis de GENIOL pues el GENIOL tiene
una triple acción:

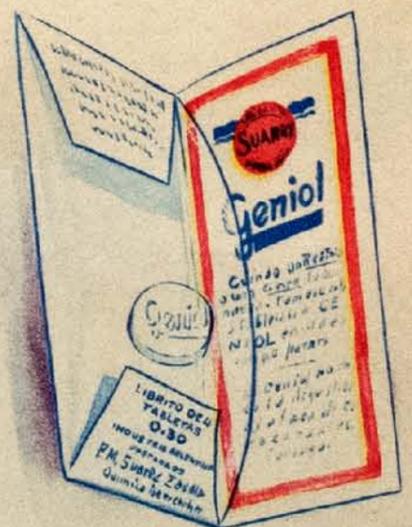
CALMA, ENTONA Y DESCONGESTIONA

Geniol

QUITA EL DOLOR
DA BUEN HUMOR

Un resfrío se corta con 4 dosis de
Una cada dos horas.

Geniol
QUITA EL DOLOR





Quien por su cuenta o con otros
Salga a correr o a bolear,
Respete tres animales
Si es que los llega a topar.

Al ñandú blanco en la tierra,
Al cuervo blanco en el cielo,
Y en arreada de baguales
A la yegua de ese pelo.

Así empezó su relato
—Yo estaba en la concurrencia—
Aquel mentado Juan Rojas,
Hombre de mucha experiencia.

Ojalá sus expresiones
Con propiedad les repita.
Oigan, pues, cómo siguió
No Juan—ánima bendita—.

De las dos primeras aves,
Nadie el maleficio ignora;
Pero el de la yegua blanca
Voy a explicarles ahora.

Sucede que hubo en el fuerte
De Candelaria, una vez,
Un mayor que se llamaba
Don Rudesindo Valdez.

Buen jefe para la guerra
Con los indios, que era dura,
Pero por demás celoso,
Que esta fué su desventura.

Figúrense que extremando
Aquel hombre el desierto,
Vino y cayó con mujer
De guarnición al desierto.

No había querido dejarla
Como otros en la ciudad,
Aunque esa vida, señores,
Era una calamidad.

Pero allá con los milicos,
En paja y barro, al momento,
Se aprontó un corte de rancho
Para hacerle el aposento.

Y hasta se le armó una cuja,
Que por volverla más blanda,

LA YEGUA BRUJA

POR
LEOPOLDO
LUGONES

ILUSTRACIONES DE
JUAN PELAEZ

Nivelaron con coyundas
A la facción de sopanda.

Era dama al parecer,
Blanca y rubia por más señas,
Con unos ojos tan grandes
Y unas manos tan pequeñas.

Siempre junto a ella el mayor,
Prendado por sus cabales,
No acudía ni a comer
En la mesa de oficiales.

Le privaba salir sola,
Siquiera a tomar el fresco,
Aunque era hombre comedido,
Prudente y caballeresco.

A valiente en cualquier trance,
Nadie le medía la huella.
Así es que de todas suertes
Lo merecía su bella.

Pero si por buena moza,
Justo era que la celara,
Ella desde el primer día
Puso de piedra la cara.

Con capitán y teniente,
Sólo cambiaba el saludo.
Sospecharle algo por ahí
Que yo sepa, nadie pudo.

Y aunque donde menos cree
Va la mujer y se tienta,

Qué interés podía causarle
La milicada harapiénta.

Miraba todo, insensible,
Como imagen desde el nicho;
Pero el mayor ni por esas
Aflojaba su entredicho.

Y como quien anduviese
Con alguna tema grave,
Siempre que al campo salía
La dejaba bajo llave.

Yerran los que a sus mujeres
Humillan por defenderlas,
Pues dicen que de guardadas
Se empañan hasta las perlas.

Y conforme han sentenciado
Todos cuantos saben de esto,
Lo que quiere el corazón
No es manea sino cabresto.

Suerte que hijos no tenían;
Pues según personas serias,
No habría habido criatura

Que aguantase esas miserias.

Allá se hacía el veterano
A lo más rudo y silvestre.
Con pura carne de potro
Pasaban hasta un trimestre.

Era en tiempos de invasión,
Guerra, plaga o carestía
Que los dejaban cortados
De auxilio y proveeduría.

Sin amilanarse, entonces,
Y hasta al son de la charanga,
Salían a manguear baguales
O lo que entrase a la manga.

Pues aunque se halle el buen gaucho
Sin recursos ni vivienda, [cho
Cualquier bicho y cualquier huevo
Le servirán de merienda.

Así es que por los contornos,
Al apretar la gazuza,
No quedaba una vizcacha
—Qué digo—ni una lechuza.

Pero hay que saberle a cada
Comestible su aderezo.
De esta manera, con Rojas,
Salvamos en un tropiezo.

Hambrientos, y como dicen
Que a buen hambre no hay pan
Unos huevos de tortuga [duro
Nos sacaron del apuro.

Nadie se aplica a cocerlos,
Porque su clara no cuaja,
Y el cascarón, que es blanduzco,
Puesto al rescoldo se raja.

Apenas teníamos sal,
Y a los tientos una ollita;
Pero ahí la misma substancia
Del manjar lo facilita.

No exige grasa ni aceite,
Pues lo contiene la yema;
Tanto que si Vd. demora,
La fritanga se le quema.

Con un poco de cebolla,
Aquello sale un pastel.
Mas, ya vuelvo a las penurias
De lidiar con el infiel.

Solía faltar hasta el agua;
Y aunque a ración fuesen parcos,
Debían remediarse a veces
Colando barro en los charcos.

Pero había cosas peores
Que no llegar la remesa,
Como una vez que los indios
Los sitiaron por sorpresa.

A más de que así arrollados,
Dejó un tendal el encuentro,
Se hallaban sin provisiones
Y con la viruela adentro.

Si no les mandan socorro
A los quince días largos,
No queda ni a quien dejar
Con los últimos encargos.

Pues sepan esos golosos,
Amigos de comilonas,
Que hasta tuvieron que hacer
Puchero con las caronas.

Pobre del que caía enfermo
En semejante jarana.
Si allá era unguento legítimo
Hasta la injundia de iguana.

Por eso no se admitía
Ni para el trajín de escoba
A esas mismas cuarteras
Hechas al hambre y la soba

Pues no era malo el milico,
Pero creía, sí señor,
Que a la mujer y a la suerte
Las aquerencia el rigor.

Puede ser; mas, para mí,
Cuanto mejor lo escudriño,
Así se gloriaba en ellas
La firmeza del cariño.

Era de ver en las marchas
Aquellas pobres mujeres
En cualquier triste matungo.
Con la cría y los enseres.

Y por único recuerdo
Tuvo apenas tosca cruz,
Más de una que entre las pajas
Se apeó para dar a luz.

Con funeral de caranchos
Finaba vida tan perra.
Mire que se habrá sufrido
Tormentos en esa guerra.

II

No sé si les advertí
Que a más del vacaje arisco,
Abundaban los baguales
En esos campos del fisco.

Así es que cuando salían
De observación, cada tanto,
Con una arreada al regreso
Sacaban buen adelanto.

Allá marcaba algo el jefe,
Se hacía abasto y remonta,
Y de su flete se armaban
Los que eran de vista pronta.

Una de esas el mayor,
Aunque contra su deseo,
Tuvo que salir también
Y volvió con mucho arreo.

Ponderaban la porfia
Del yeguarizo bellaco,
Porque era de muy adentro,
De allá por cerca del Chaco.

Daban miedo esos baguales
Al amusgar, con los ojos
Llameando entre las madejas
De la cerda y los abrojos.

Y había potros que al relincho,
Como a toque de clarín,
Embestían emponchados
Hasta el encuentro en la clin.

Entonces ocurrió el caso
Que si entero nadie supo,
No quedó sin aspavientos
En rancho, boliche o grupo.

Pues fué cosa de aterrar
Hasta a los mismos salvajes.
Mas lo que tenga seguro,
Lo narraré sin ambages.

Al otro día de llegar
El mayor, como expliqué,
Se lo vió con el teniente
Salir armados y a pie.

Después que sucedió todo,
Entró a propalar la fama
Que diz que algo se había visto
Entre aquel mozo y la dama.

Que sin saberlo el mayor,
La cosa empezó a hallar eco
Desde un baile que, al pasar,
Les dieron en el Río Seco.

Cierto es que el teniente, entonces
Allá se encontró, esperando
Al nuevo jefe que entraba
De relevo en el comando.

Pero aunque esta y otras cosas
Con tal motivo se dijo,
Yo sólo he de relatarles
Lo que aconteció de fijo.

En un cañadón pajoso
Que del lugar poco dista,
Superior y subalterno
Se perdieron a la vista.

Lo que allá pasó se ignora,
Mas asegurarles puedo,
Que el primero volvió solo,
Pálido que daba miedo.

Y en presencia de la tropa,
Publicando su vergüenza,
Sacó a la infeliz mujer
Arrastrada de la trenza.

Sin escuchar enconado,
Sus clamores de perdón,
Enderezó a los corrales
Del ganado cimarrón.

Entre todos los baguales,
Y sobrándolos quizás,
Andaba una yegua blanca
Más mala que Satanás.

Para poder con tal fiera,
Dos hombres allá se emplearon,
Y a dos lazos estirada
Del palenque la apartaron.

Cuando ante el mayor tendida,
Blanqueó el ojo a punto de horca,
Aquel hombre dejó chicos
Los hechos de la Mazorca.

Pues se lo vió acollarar
La mujer con la matrera,
Ordenando que aflojaran
Y que diesen campo afuera.

En el cimbrón de los lazos,
No bien cedieron un poco,
Se abalanzó aquella yunta
Con un alarido loco.

Y rompió la disparada,
Desencadenando así,
Corcovos y desgarrones,
Polvareda y frenesí.

Trabada o rodando a trechos,
Iba a tumbarse en los bajos,
Revolcando un torbellino
De miembros, cerda y andrajos.

Pero con nueva arrancada,
Volvían las patas macizas
A rajar chispeando sangre
Sobre el churcal hecho trizas.

Y al largar toda la furia,
Por ahí se alcanzaba a ver,
Desconcertado a porrazos
El cuerpo de la mujer.

Allá se les turbó el ceño
A los tíos más perdularios,
Y olvidaron los ladinos
Chanzas y vocabularios.

Y pronto no quedó más,
En el silencio infinito,
Que sobre esas tristes playas
El espanto del delito.

Aquella tarde el mayor
Con una tremenda calma,
Mandó ensillar su caballo
Y se alejó solo su alma.

Después por alguien supieron
Que remaneció en el fuerte
De Abipones, mal herido,
Y que allá estuvo a la muerte.

Preso, por fin, lo condujo
El fiscal con la sumaria,
Mas no sé si la sentencia
Fué favorable o contraria.

III

Al poco tiempo, no más,
Estando el hecho presente,
Se habló de una yegua blanca
Que andaba asustando gente.

Ya se había dejado ver
En toda aquella campaña,
Desde el fuerte a los esteros
Donde el Saladillo baña.

A diversos caminantes
Saliéndoles de improviso,
Les dispersó en medio campo
Las tropillas como quiso.

Porque nunca conocieron
Otro animal tan audaz,
Ni de más linda presencia,
Ni más chúcaro y sagaz.

Era inútil darle alcance,
Fuese entre muchos o a solas,
Pues como azogue en las patas
Se le escurrían las bolas.

Y hasta uno que le hizo fuego
Con buena pólvora y plomo,
Vió la bala del trabuco
Rebotarle sobre el lomo.

Puede que a esto alguien lo crea
Cuento de mágica rancia,
Porque entre la gente de antes
Era mayor la ignorancia.

Mas, no podía caber duda
En cosa tan manifiesta,
Pues nunca se aparecía
Sino al rigor de la siesta.

Y un vecino muy formal
Y de mucho catecismo,
Me contó bajo palabra
Que le había salido a él mismo.

Que el caballo que montaban
Era cosa bien sabida
Que se les quedaba ñambi
Para el resto de la vida.

(Le conocí de baldero
Un sotreta de esa facha
Que así andaba todavía
Con la oreja izquierda gacha.)

Que los de tiro y tropilla,
No bien pegó ella el relincho,
Solían hasta en los remansos
Azotarse a lo carpincho.

Siendo lo más sorprendente
Y que uno a explicar no acierta,
Que se aparecía de golpe,
Aunque fuese en pampa abierta.

En ocasiones salía
De uno de esos remolinos
Que al bochorno del verano
Se forman en los caminos.

Otras veces, más astuta,
Del juncal de algún pantano
Donde, al pronto, entre las garzas,
La confundía el paisano.

Pero con mayor frecuencia,
Según bien se determina,
Punteaba entre los baguales
Como haciendo de madrina.

Al principio, algún baquiano
De esas comarcas remotas,
Solía tentarse a correrla
Por la estampa o por las botas.

Mas, quien lo hacía, era seguro
Que iba a ahogarse en los esteros,
O por ahí, comido de aves,
Lo encontraban los camperos.

Hasta que un inteligente
De mucho acierto en las hierbas,
Les explicó al fin las cosas
Aunque con ciertas reservas.

Diciéndoles que acarrearba
Maldición imperdonable,
Andar arrastrando el cuerpo
De una persona culpable.

Y la yegua, según pasa
Cuando así el mal sobrepuja,
Con la pudrición del crimen
Se había de haber vuelto bruja.

Porque resultaba claro
Que ese animal vagamundo,
A la fija debía andar
En penas del otro mundo.

Y que ninguno vería
La yegua desembrujada,
Mientras fuesen insepultos
Los huesos de la finada.

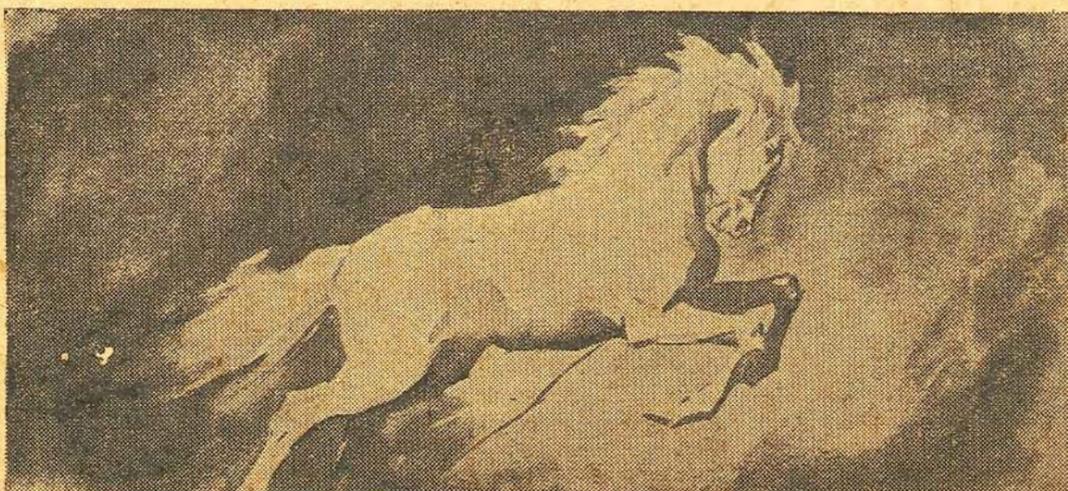
Con lo que, alzarle el encanto,
Era una esperanza necia,
Pues dónde habrían ido a dar
En tamaña peripecia.

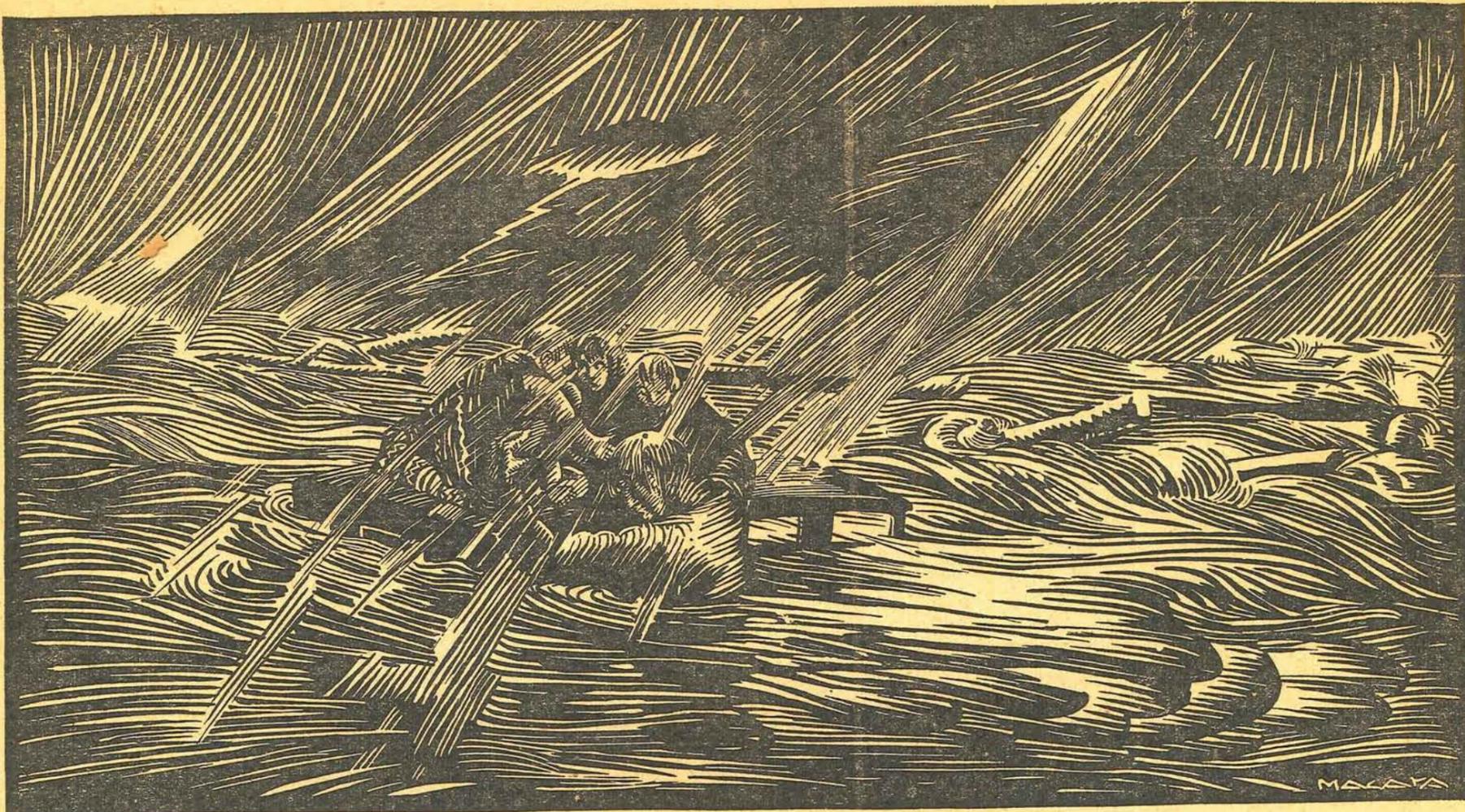
Tal vez apiacada un día
Perdone esa alma su agravio,
Así lo dejó entender
Para consuelo aquel sabio.

Por esto el gaucho advertido,
Aunque Vd. le eche una arenga,
No le corre yegua blanca
Que en la bagualada venga.

Ya que si anda entre ellas la otra,
No es cuerdo probar fortuna,
Porque todas pueden ser
Y tal vez no sea ninguna.

Así concluyó Juan Rojas
Y nadie lo encontró mal.
Todos su juicio apreciaban
Porque era un hombre cabal.





El 21 de abril a las cinco de la tarde partía para Salta, desde su casa de San Lorenzo, el profesor Pangalos, director de cierto Liceo incorporado al Nacional. Su esposa, doña Lina Colonna, lo despidió, como todas las tardes, con las palabras cariñosas que las mujeres de corazón hallan siempre para los maridos ejemplares en las partidas cotidianas. Cuando ambos cónyuges, como en este caso, se aman de veras y son personas sencillas—no mimadas por la fortuna o el éxito—, las separaciones diarias a que obliga el trabajo suelen no estar exentas de la sentimental inquietud con que los simples mortales temen las contingencias del vivir:

—¡Vuelve pronto, vuelve temprano!—habíale dicho al profesor la señora, mientras él besaba al nene que la madre sostenía en brazos. Junto a las polleras de doña Lina, otros tres párvulos, escalonados en edad desde los tres a los seis años, presenciaban la partida. El viejo auto arrancó sonando con rezongo de tostadora, pronto corrió en tercera y antes de doblar la curva que iba a ocultarlo, el profesor volvió la cabeza y con la mano hizo señas de "hasta luego".

Prometiase volver pronto, con los tres hijos suyos que cada tarde lo esperaban en el colegio de la ciudad. Tres cachafaces llenos de inconsciente osadía, tres otros peldaños de la escala doméstica, medio pupilos en los grados segundo, cuarto y quinto; en fin, ocho, diez y doce años y en este orden llamados Jaime, Baica y Arturo.

En una época en que la poltronería y el lujo se generalizan hasta volverse endémicos, el profesor Pangalos hase propuesto, con la aquiescencia de Lina Colonna, vivir en el campo y educar a sus hijos, todos varones, según cánones rústicos, para que la simplicidad de corazón y la fortaleza física los escuden contra el pernicioso urbanismo de las actuales generaciones. Consecuente con estos principios de pedagogía brava, piensa Pangalos que no es poca cosa haber conseguido que sus chicos asistan al colegio pobremente vestidos, calzados con alpargatas, cuando los hijos de las familias más

NAUFRAGIO EN AUTOMOVIL

POR
JUAN
CARLOS
DAVALOS

ILUSTRACION DE
LUIS MACAYA

humildes creen indecoroso usar zapatos ordinarios. Un día, Jaime, el más pequeño, habiéndose lastimado un pie, quiso ir descalzo al colegio, y así lo llevó su padre, satisfecho de la eficacia de su sistema. "Sólo una cosa es necesaria, hijos míos—suele repetir en tono dogmático el profesor—: la rectitud de conducta".

Muchas comodidades superfluas afeminan, aflojan la voluntad, debilitan la salud y, por lo tanto, la familia Pangalos duerme en tarimas, se levanta con el sol, se lava la cara en la acequia—no en lavatorio—y se maneja diariamente en casa como un pelotón de soldados en campaña. Fuera del colegio, una libertad selvática es la norma de estas felices criaturas, que a fuerza de vagar por los campos, en las horas vacantes, aprendieron a nadar y zambullir, subir a los árboles, jinetear caballos en pelo, asestar certeras pedradas, luchar a puñetazos, caminar cabeza abajo, sobre las manos, escalar precipicios y volar en automóviles.

Aquella tarde, mientras la carrandanga del profesor salía a través de las lomas, los catorce kilómetros que separan San Lorenzo de Salta, sobre las montañas del Noroeste se preparaba una tormenta. Sumido en cavilaciones de orden económico—¿y qué modesto pedagogo lleno de familia no las tiene?—, Pangalos no ha podido ver los nublados que a sus espaldas van rápidamente tapando los cerros, y se interna en la ciudad, donde varios menudos y urgentes encargos de su señora le distraen el resto de la tarde. Llega al colegio en momentos en que las luces de las calles comienzan a encenderse. Caen ya gruesas gotas, sopla fuerte viento y truenos a lo lejos. A la puerta están desde hace rato los chicos, en compañía de un invitado, el pequeño Dick Pangalos, que irá a pasar la noche en San Lorenzo, en compañía de sus primos.

—¡Hola, papá! Dick va con nosotros.

—¿Pero tiene permiso de sus padres?

Los padres de Dick viven lejos, a una hora de tren, pero el último convoy ha partido; y el niño advierte, con su voz cita tierna:

—No, tío. El tren me dejó y no puedo quedarme a dormir en el colegio, porque no hay camas.

—Bueno, arriba, muchachos. Ahí tienen un poncho y tápense, que llueve.

En el asiento trasero del doble faeton se apeñuscan los cuatro barrabases y el profesor parte a toda máquina. No bien salen a las afueras de la ciudad y suben el camino de las lomas, advierten que en los cerros de San Lorenzo arrecia la tormenta. Hacia ella se aproximan velozmente, y a medida que avanzan, ya entrada la noche, la livida luz de los relámpagos los deslumbra, el viento contrario brama y los chubascos intermitentes los envuelven en remolinos de lluvia. Los chicos se contagian del loco dinamismo de los elementos y acogen con desbordante alegría la aventura. Después de cada fognazo, sacan las cabezas de bajo el poncho y prorrumpen en carcajadas:

—Papá — grita el mayor, mientras retumba el trueno—, ¿y si cayera un rayo sobre el automóvil?

—Nos mataría de golpe y no sabríamos que hemos muerto.

—Claro, no nos daría tiempo, ¿verdad?

—¿Cómo llueve, papá! Mira, los arroyos están creciendo. ¡Cuánta agua en las alcantarillas del camino!

—Papá, ¿el río de San Lorenzo habrá crecido también?

—Eso es posible—murmura el profesor, y los muchachos, en plena chacota, se apelotonan, se hacen cosquillas, se dan de mojicones bajo el poncho, y se demandan:

—¡Papá, Jaime me está pegando!

—No soy yo, papá, es Dick.

—¡Papá, velo al Nato! ¡Me pegó una patada en la barriga!

—¡Quietos, demonios, o los dejo en el camino!

Entretanto, Pangalos acelera la marcha cuanto puede. Esta maldita tormenta—piensa—, resabio tardío de los chubascos del verano, acaso provoque una súbita creciente del río San Lorenzo. ¡Hay que llegar antes que ella!

Ese río San Lorenzo, seco la mayor parte del año, suele dar serios disgustos a los veraneantes, pues en la estación de las lluvias vuélvese bramador torrenete, que arrastra valle abajo increíbles caudales de agua, lodo y piedras.

Y ya están nuestros viajeros en la margen izquierda del río, a pocos pasos de un campamento de peones que en esos días ocúpense de arreglar el camino. A tal hora los obreros reposan, después de la merienda, las carpas fueron cerradas a causa de la lluvia y con los truenos y el ruido de la creciente llega el automóvil sin ser notado por alma viviente. Deteniéndose a pocos metros del vado. El profesor desciende y a favor de los relámpagos se hace cargo de la situación: el río está a todo crecer. No hay menos de una cuadra de aguas turbias, inundando la playa poco antes seca. ¿Qué hacer? Preciso es decidirse al punto. Pangalos no conoce la prudencia, esa parsimonia del salteño viejo que al llegar a un torrente y encontrarlo "mucho", exclamó:

¡Río formidable, cuán crecido vas, tírote una piedra, vuélvome p'atrás!

Más discreto fuera volverse a la ciudad, pero más humano ahorrarle a doña Lina Colonna una mala noche, pues la pobre señora, que esperaba a sus hijos aquella tarde, a estas horas estaría divisoando con angustia, en medio de la tormenta, los faros del automóvil ridículamente atajado por una creciente intempestiva, y a lo mejor no tan importante.

—Habrá a lo sumo medio metro de agua en la parte más honda—dijo el profesor.

—¿Vas a pasar, papacito?

—Vamos a pasar, muchachos.

Un murmullo de aprobación salió del infantil corrillo, que

ya preguntaba el sabroso cariz de una atropellada victoriosa.

—¡Se largó no más!—exclamó Arturo, batiendo palmas—.

¡El rey del camino!

Y se zamparon. No bien las ruedas delanteras tocaron el agua, un relámpago permitió ver, a unos cien metros adelante, sobre el vado mismo, la capota de un Ford que sobresalía dos palmos del agua. En ese instante aun había tiempo de dar marcha atrás; pero Pangalos, en su insensato optimismo, supuso que el "chofer" de aquel coche, por inexperiencia o torpeza, hubiese errado los pasos que el profesor prometía sortear volando. Su temeraria confianza en sí mismo lo empujó hacia el arroyo. ¡"El rey del camino", puesto en primera, bramó acelerado, avanzó unos metros y se hundió en la corriente! Callóse el motor, cegáronse los faros, la dirección se entorpeció y Pangalos, sentado en su puesto, sintió, como en un baño medicinal, que el agua maloliente le llegaba al pescuezo. Mientras se incorporaba y se lanzaba afuera:

—¡Las puertas! ¡Abrir las puertas!—gritó.

Los muchachos obedecieron, abrieron las puertas y el torrente pasó a través del coche naufrago. Aquella maniobra lo estabilizó un tanto, pues en el primer momento la tremenda presión lateral del agua sobre la carrocería estuvo a punto de darle vuelta. Los chicos se pararon por instinto sobre el asiento, pero no bastó. El agua subía, subía y el profesor tuvo que sacar a los chicos uno por uno y treparlos encima de la capota. En medio de las tinieblas, a cada nuevo relámpago, Pangalos veía que la creciente aumentaba en forma peligrosa. Manteniase de pie, con el agua al pecho, cuan alto era: tenía un metro ochenta de estatura. Parado en el lecho del torrente y con los brazos abiertos en actitud protectora, cuidaba de que los muchachos, aturridos por el percañe, no cayesen al río. Del lado de Salta, diez o doce metros de correntada furiosa los separaban de la orilla; del lado de San Lorenzo, a cinco o seis metros, distinguió la barranca de un islote sobresaliendo del nivel no más de un palmo; y más allá, ciento y tantos metros de aguas revueltas y bramadoras.

—Tengo frío, papacito—de—

(Continúa en la pág. 37)

LA CONQUISTA DE LA JUVENTUD

PARECEME que la gran conquista de los tiempos presentes no es precisamente la del aire, la del sonido que se maneja de aquí para allí, como si hubiéramos aprendido a manejar el viento. Que no es ni el aeroplano ni la radiotelefonía. Creo que hemos triunfado, en cierto modo, sobre algo mucho más impalpable que las etéreas ondas. La gran conquista de nuestros días es, pareceme, la de la juventud, que vamos aprendiendo a retener. ¿Y no es esto, un poco, manejar el tiempo, más inapreciable que el aire y que el sonido?

En las modernas épocas, parecería ya que sólo la juventud —la escrupulosa juventud clasificada por los años— tuviese derecho a vivir. Mas he aquí que ahora, sin que la bella "primavera de la vida" haya perdido sus prestigios, la edad madura, y hasta la ancianidad, apresúranse a cobrar los suyos. No en cuanto que son ancianidad y madurez, sino en cuanto que han sabido "conservarse jóvenes".

Es decir que ha muerto, puede decirse, el prejuicio de la edad. Muchísimas cosas que, pasada la primera juventud, creíanse "impropias de la edad", vamos ahora descubriendo que son propias de cualquier edad, mientras se conserve la lozanía de espíritu o de cuerpo que ellas requieren. Y una vez rota esa barrera de los años contados, descubrimos al mismo tiempo que el vigor humano da para mucho más de lo que comúnmente se presume.

Diríase, sí, que el actual afán de nivelarlo todo, nivela hasta las edades. En una de las recientes páginas de su "Diccionario filosófico portátil" hacia notar Eugenio D'Ors que las gentes modernas no establecían otras categorías que las de la competencia personal, en el baile como en el tenis. E imaginaba que este bello equilibrio podría extenderse al campo de las letras, donde los jóvenes quieren reinar solos. Refiriéndose a las diarias escenas presenciadas en un hotel alpino, dice el glosador: "¿Cómo se producían los grupos, cómo se acoplaban las parejas, en el recreo diurno, en el nocturno? Sin la más remota atención, ni alusión siquiera en palabras ni en pensamiento, a la cuestión de edad. El que sabía, en solidaridad con quien también sabía... Que el copartícipe fuera joven o viejo, vieja o muchacha, es cosa que tenía a esas gentes absolutamente sin cuidado".

Este campo abierto de todas las actividades a las edades todas, es ya un ofrecimiento de juventud.

Hay anomalías, es cierto: dícese que a las "estrellas" del cinematógrafo, en pleno florecimiento y por sólo haber trabajado unos cinco años, se les declara "viejas". Por el gran despliegue de juventud que hicieron han de darse por satisfechas; como si a un jardín, porque diera muchas rosas en una primavera, se le prohibiera en la siguiente producir las. Y no deja de tener con éste alguna analogía el hecho que motivó en D'Ors las citadas consideraciones: aquel empeño de los escritores jóvenes por desplazar a los "viejos" (¡viejos de cuarenta años, llenos de vigor intelectual!) en los films del talento y de la literatura.

Sea como sea, y hablando en general, la actual conquista de la juventud es innegable; y ella es particularmente sensible respecto a las mujeres. Se acabaron, por ejemplo, los tiempos en que a niñas de quince años se les casaba con hombres de cincuenta, considerando brevísima la juventud de la mujer,

mientras que la vanidad masculina asignaba a la de los hombres una larga duración. (Lo cual se ve aún en los países no evolucionados: en Egipto, una muchacha de veinte años es considerada vieja para el matrimonio).

La mujer ha conquistado, pues, sus derechos a ser joven, mientras en realidad lo sea: a ser juzgada y catalogada por otros distintivos que el exclusivo de la edad, o el de la cara bonita y fresca. Y de esto, directa o indirectamente, se sigue la desaparición de algunos clásicos tipos femeninos, a punto, quizá, de pasar ya a la historia. Por ejemplo, el de "la suegra" y el de la "solterona", tan despiadadamente tratados por los novelistas en general.

No quiere ello decir que no puedan ir surgiendo otros nuevos tipos, tan ridículos como se quiera. Pero el tipo de la antigua "solterona" y hasta el nombre con su sonido despectivo, parece desplazado en estos tiempos. Cosa que infinitamente me alegra, pues aquel viejo concepto considérola denigrante, no sólo para las mujeres que no se casan, sino para todas las mujeres.

Siempre que oí aquellas ridiculizaciones a la "solterona" me sentí tan herida como mujer, cual si perteneciese yo misma al aludido gremio. ¿Acaso las mujeres valían tan poco por sí mismas que, no casadas, había de considerarseles como irredimibles nulidades? En mi librito "Las mujeres y la vocación" traté ya de demostrarlo: la mujer que permanece soltera, revela por ese solo hecho una laudable y noble independencia; pues, como en aquellas páginas se lee, es más fácil casarse que no casarse. (A nadie ha de faltarle en absoluto con quién, si de veras lo desea).

Va desapareciendo el antiguo concepto, en primer lugar porque el ser "solterona" implica una total ausencia de juventud. Y las mujeres disponen ahora de la juventud, puede decirse que indefinidamente... ¿No son jóvenes muchas abuelas? (¡Cuán lejos aquello de "los ancianos padres", de escolares de cinco o seis años, como se leía en algunos viejos "libros de lectura"! Y si son jóvenes las abuelas, ¿cómo no han de serlo, y con mayor razón, las solteras de igual edad?)

En segundo término, desaparece el tipo de la "solterona" porque la mujer que hoy carece de personalidad es porque está vacunada contra ella. Y quien la tiene deja de ser "la solterona" para volverse la "persona de mundo" o la obrera de beneficencia, o la artista,

o la mujer de negocios o de sport, o lo que sea.

Existen hoy, como siempre, la soltera por vocación y la soltera por necesidad—esta última, probablemente, por no haber querido transar con una realidad inferior a su ensueño. Pero hay esta enorme diferencia:

Que la soltera por vocación—abnegada criatura, por lo regular—no se ve restringida a ser la "tia-niñera" que tiene en Alemania su especial apelativo. Puede seguir siendo abnegada, pero no ya con ese sello deprimente y como de esclavitud, en

ahora agriada la mujer soltera? Si su tendencia no es la absoluta abnegación, ella puede elegir entre la infinita variedad de ocupaciones, de diversiones, que el mundo le ofrece para interesar o alegrar su vida. No ha de limitarse ya a cuidar del desacreditado loro o del perrito en boga, y a murmurar del prójimo. Ni el baile, ni el juego, ni el estudio, ni el sport, ni las reuniones sociales le serán adversas. (Con tal de que sepa bailar, o jugar, o estudiar, o hacer sport, o conversar. Pues, como lo dice D'Ors, ya no es la edad—ni el

estado, añado yo—lo que da derecho a oficios y diversiones, sino sólo la personal competencia. Si en ninguna actividad se acierta, sólo podrá ello achacarse a una incapacidad personal.

Y todo eso, toda esa libertad de movimientos, que es como una higiene física y moral, tiende a prolongar la juventud. Quien hace los gestos de la juventud es, en cierto modo, joven. Es joven quien, ya sea en el arte, en el juego, en el baile, en la elegancia o en lo que sea, puede competir con la juventud. Lo cual ha de aplicarse, respecto a las mujeres, no sólo a la soltera, sino también a la casada.

La mujer casada, mejor defendida del ridículo que la soltera, estaba, sin embargo, hasta hace poco, más condenada que ninguna a un perpetuo estado de vejez. A partir de la ceremonia religiosa que la consagraba "señora", veíase condenada a ser "vieja" para toda actividad que no fuera exclusivamente casera, y muy en especial para toda diversión.

Dije que, como el de la "solterona", tiende a desaparecer el tipo de la suegra terrible y es por los mismos motivos apuntados en toda esta disertación. Porque ahora la suegra también es joven. ¿Por qué únicamente ella dejaría de serlo? También ella ha conquistado el derecho de ser joven hasta donde sus aptitudes personales se lo permitan. Y como por el mismo camino, ha conquistado su personalidad, no podrán ya los novelistas reducirla al exclusivo, y a veces ingrato, papel de "suegra". Ella tiene hoy otras cosas en qué entretenerse. (Recuérdese el norteamericano que recientemente se divorció de su mujer para casarse con su suegra...)

Así como los microbios se combaten los unos a los otros en el organismo humano, así también en la sociedad, unos defectos suelen combatir a otros. Y perdónese el gran "faible" que yo siento por algunos defectos actuales. ¡Una cierta dosis de egoísmo y de

individualismo suelen ser tan eficaces para la paz de las familias! Siempre que no se les exagere, claro está. Ellos producen una cierta indispensable independencia.

Algunas virtudes tradicionales de nuestros hogares solían ser contraproducentes; un exceso de espíritu de familia era propicio a aquellos malentendidos entre suegros, yernos y nueras. (Y aun entre padres, hijos y hermanos). Mientras que ahora, si por un lado la suegra es más joven y menos abnegada, por el suyo la nuera es más displicente y menos casera. Y así suelen quedar evitadas las ocasiones de tiranía o de rebelión, de una parte y de otra.



¡Mucho nos falta aún por descubrir para llegar a la definitiva conquista de la juventud! He dicho que ella significa un poco la conquista del tiempo. Habría que descubrir que no es precisamente el tiempo lo que nos hace viejos. Al escribir sobre las momias egipcias, dije haber comprendido claramente cómo el tiempo no podía nunca ser un elemento de destrucción. (Lo eran, sí, otros elementos ajenos al tiempo, aunque a su paso acumulados: la humedad, etc.)

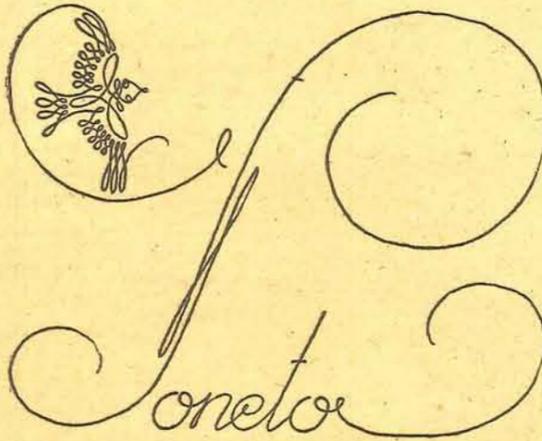
Por su parte, el naturalista Fabre nos explica cómo lo del "gusano del sepulcro" es una simple fábula, ya que no es un producto inevitable del tiempo y de la muerte unidos. Para probarlo, encerró a un pajarito muerto en un cucurucho de papel. Pasado un año, el pajarillo hallábase reseco, pero intacto. El papel lo había preservado de los gérmenes parasitarios.

Quisiera yo a mi vez demostrar cómo los "defectos propios de la edad", refiriéndose a la vejez, son un mito del todo análogo al "gusano del sepulcro". Pues si hay condiciones para nosotros inherentes al transcurso del tiempo, que por fuerza nos envejecen—el ineludible desgaste de nuestro imperfecto organismo físico—hay otros elementos envejecedores del todo evitables e independientes de las horas: son aquellos que sólo dependen del espíritu cuyo organismo no está sujeto a un fatal desgaste.

No es el tiempo lo que trae, por ejemplo, la corrupción del descorazonamiento, del agrio pesimismo, del egoísmo exacerbado. Si no dejamos que, día a día, vayan depositándose en nuestro espíritu los gérmenes de todos aquellos males, no nos encontraremos invadidos por sus larvas al cabo de los años.

Impedir que el tiempo pase es un imposible: no se detiene la marcha de los astros. Lo que hay que impedir es que el tiempo se lleve las mejores galas de nuestro ser moral; o, mejor dicho, debemos evitar el ir perdiendo monedas en el camino. Porque si vamos constantemente perdiéndonos y el camino es largo, al llegar al final, lo habremos, con seguridad, perdido todo. Pero ¿tiene acaso la culpa la largura del camino? De ninguna manera: la culpa es de nuestro bolsillo agujeado.

David cantaba en su ancianidad: "El Señor renueva mi juventud como la del águila". Y todos los grandes santos que, como él, vivieron largamente—por lo mucho que cuidaron de la higiene de sus almas—no sólo se conservaron, al igual del pajarillo envuelto en el papel, libres de los parasitarios "defectos de la edad", sino que ningún rayito de luz dejaron que se extraviara en la elipsis recorrida por el sol espiritual que en sí llevaban. ¡En ellos sí que fué plena y acabada la conquista de la verdadera juventud!



*Con toda la esperanza que me fuera cumplida,
He de crear paisajes donde el dolor ajeno
Absorba primaveras que le cierren la herida
Y poetice otoños que lo vuelvan sereno.*

*Con la alquimia suprema que me enseñó la vida
En bálsamo benigno transmutaré el veneno;
Y esta ciencia de rosas, conmigo amanecida,
Nítidas florescencias arrancará del cieno.*

*Con el rudo granito de los pesares viejos
Levantaré una torre para ver desde lejos.
En la zona de muerte sus muros se alzarán.*

*Así, tras la avalancha que ayer les perseguía,
Los labriegos del valle, juntando lava fría,
Reconstruyen aldeas a los pies del volcán.*

Margarita Abella Capriles

la casa de un hermano. Campos amplísimos de acción social ofrécese a su abnegación, que no ha de ser obligatoria, sino libre. Pues si es pobre ¿qué le impide el cobrar su independencia, si nadie se asusta ahora de que una mujer trabaje?

En cuanto a la soltera involuntaria, no tiene ya tampoco razón de ser aquel legendario tipo de mujer agriada, descontenta, mezquina y envidiosa; tipo en el que tantos novelistas—hombres por supuesto—complacíanse en englobar a la mujer soltera (es decir, a la que posiblemente les desdeñó), luego de una edad determinada. ¿Por qué habría de estar

DELFINA
BUNGE
DE GALVEZ

DEL placer que paró frente al Alkazar (habitaciones y pensiones) descendió, con su valija de fibra, un sacerdote. El sirviente de la casa lo guió por escaleras y pasillos. El recién llegado dió sus señas: Querubin Spaventa, cura párroco de Campo Andino.

El dueño de la pensión, Ginés Castillo, preguntó: —¿Desea su reverencia una habitación con balcones a la calle? En ese supuesto, aceptará un ligero recargo de tarifa.

—No, no. Sin balcón a la calle.

—Entendido; pero apetecerá usted un baño cerca. Esa higiénica comodidad también requiere un suplemento.

No necesito baño. —Bien. Y dirigiéndose al sirviente, el amo ordenó:

—Oye, tú, Alarcón. Conduce a su reverencia a la pieza 21. La sotana, cubierta de lamparones revelados por el polvo del viaje, aleteó y se alejó en seguimiento del criado.

Al dueño del Alkazar, un andaluz enteco y tabacoso, popular en Santa Fe con el nombre de Ginesillo, lo complació singularmente la llegada del Padre Spaventa. Era el primer eclesiástico que albergaba la pensión, y la circunstancia suponía ya la seriedad y crédito del establecimiento.

Los clientes principales eran los colonos que venían a surtir en los almacenes de la ciudad o traer sus hijos, donceles de miradas asustadizas, al Seminario Conciliar de Guadalupe. También formaban grupo importante las compañías del Teatro Municipal, que solían prestar al comedor un aspecto bullicioso y atrayente, motivando, de añadidura, que otras mesas se ocuparan con jóvenes farristas de la población.

De consiguiente, era aquel sacerdote, para ese mundo, ornamento y prueba de la moralidad del lugar; y, comprendiéndolo así, Ginesillo instruyó a la servidumbre para que atendieran al reverendo diligentemente.

Más tarde, Ginesillo, examinando el libro de entradas y salidas de pasajeros, observó sobre las páginas una sombra. Delante de él estaba el Padre Spaventa.

Este clavaba los ojos—dos ojos saltones y surcados de venillas—en el cartel que, junto al calendario de pared, decía, con gruesos caracteres de molde:

“Comunicamos a los señores pasajeros, para su mayor seguridad, que el propietario posee una caja de hierro donde guardar el dinero y objetos de valor”.

El sacerdote, con dejo piomontés y hurgando el faldulario, manifestó:

—Tengo conmigo los fondos de una colecta para la pila bautismal de Campo Andino. Y me sobresalta el llevar encima ese capital.

—Pues en la caja de hierro del Alkazar estará que ni en el tesoro del Banco de Londres. Se lo garanto yo, Padre.

—Circulan tantos brigantes por las aceras...—reflexionó el sacerdote, entregando cinco billetes de cien pesos, nuevos y planchados, que Ginesillo, previo un crujido de resortes y de llaves, depositó en la caja de seguridad.

El indagó seguidamente:

—¿Se propone, Padre, quedar muchos días en Santa Fe?

—Hoy es lunes... Por lo menos hasta el viernes. Debo arreglar unos asuntos con el vicario general, y en seguida regresar a mi parroquia. Se aproximan las fiestas patronales.

Y conversaron de las fiestas patronales. Rato después el cura mostraba, al sonreír, los dientes negros de quien masca

chocolate. Ginesillo le palmeó amistosamente la espalda, y de la espalda brotó una nubecilla de polvo.

II

Ginesillo frecuentaba, después de cenar, el Circulo Ibérico. Abejeaba por los salones de billares y “pasatiempos”. Bebía unas tazas de café, charlaba y se recogía antes de la medianoche. Alabábase la frugalidad de sus hábitos.

Aquel día, como de costumbre, fué al Circulo, y también, como de costumbre, luego de comentar una bolada de carambolas, pasó al recinto reservado para el monte con puerta.

Los parroquianos cercaban la larga mesa alumbrada por los reflectores. En la media luna cavada en la cabecera de la mesa, se empotraba un caballero de modales pausados que

En el tapete competían un as y un rey; y el Marqués, con sus pupilas de lince, alcanzó a columbrar en la boca del naipe un as de copas. Y bien: el Marqués sacó tranquilamente la cartera, con un caudal no menor de diez mil duros, y

Y se explicó. Su caja de hierro guardaba quinientos pesos de un sacerdote. Ese dinero, depositado en custodia, era sagrado; mas como el aludido sacerdote permanecería en el Alkazar hasta el viernes, podía prestárselo, siempre que lo reintegrara antes de ese día.

El doctor Pérez Smith estimó, con una sonrisa agradecida, el rasgo de Ginesillo. Salieron juntos. En el Alkazar, el andaluz entregó a su amigo cinco flamantes billetes de cien pesos, y enterado luego de que no ocurrían novedades, se marchó a dormir.

III

—¿Qué sucede?—preguntó Ginesillo, al sentir golpear la puerta de su habitación.

El guardián nocturno voceó por la cerradura:

—El pasajero de la pieza 21

DINERO EN CUSTODIA
Por MATEO BOOZ
ILUSTRACION DE BILLIKEN

apostó al as cinco mil pesetas. ¡Ni un céntimo más! ¡Háganse ustedes cargo de la envergadura moral del hombre!

Se alzaron voces admirativas. El procurador titular puso en duda, por inverosímil, la hazaña del aristócrata peninsular.

Y como el tallador, atento a la anécdota, no tirara las cartas y muchos se dieran a filosofar sobre la conducta del



al parecer, concedía excepcional importancia a sus funciones de tallador.

Ginesillo se echó al colete la quinta taza de café, y paliqueó con quienes, entre albur y albur, discurrían en ese instante sobre el delicado tema de la honradez.

—Pues yo he conocido al hombre más honrado del planeta—anunció Ginesillo.

—¿Quién es?—indagaron algunos, mordidos por la curiosidad.

—Pues verán ustedes.

Abrió Ginesillo una pausa para sorber el café y acrecentar la expectativa.

—El hombre más honrado del planeta—dictaminó—es el marqués de Tejavana.

—Nos da usted la primera noticia de ese fenómeno—exclamó, bellacamente, un procurador titular.

—Pues es conveniente que lo conozcan y lo tomen de modelo.

—¿Y dónde actúa el marqués de Tejavana?—inquirió otro de los circunstantes.

—A esta fecha, lo ignoro. El Marqués es un trotamundos. Yo lo conocí en el casino de Cádiz. Aquella noche el tallador bancaba diez mil pesetas.

extraordinario Marqués, un perdidoso protestó airadamente:

—¡Consideración para los metidos, caballeros! No es ocasión, me parece, de venir con estos cuentecitos tártaros.

Frente a tan juiciosa observación, reanudaron todos su faena y, por encima de los demás rumores, predominó el tintineo de las fichas.

Ginesillo, aperciéndose para partir, revolvió y apuró otra taza de café. Ya pronto el reloj soltaría doce campanadas.

Y estaba de pie, cuando el doctor Pérez Smith, sacando la cabeza de las palmas de las manos, le habló, confidencial:

—Che, Ginesillo, ¿no tenés unos pesos? Me he encajado pavamente en esta partida.

—¡Ay, doctor! No llevo conmigo ninguna cantidad apreciable. Lo deploro de veras. A usted no se le puede negar nada.

Y, empleando un paréntesis de silencio en recordar las generosidades del doctor Pérez Smith, médico afamado y jugador empedernido, Ginesillo, deseoso de complacerlo, prosiguió:

—Dinero... dinero... Tengo... y no tengo. Me explicaré.

pide que lo despierten para el tren de las seis.

—Y, bueno. Le preparas la cuenta y lo despiertas. ¡Ya es gana de amolarme con estas embajadas!

—Pero... pero hay que devolverle los fondos que dió para guardar.

De un brinco se incorporó el patrón en la cama. Súbitamente recordaba que el pasajero de la pieza 21 era el párroco de Campo Andino.

El Padre Spaventa había dicho que no desocuparía la habitación antes del viernes. Pero al Padre Spaventa se le anunciaba ahora una inminente visita pastoral del diocesano a su feligresía y debía correr allá, sin demora, a preparar la recepción.

¡Grave contratiempo! Ginesillo dió la luz y se vistió atropelladamente. Eran las tres de la mañana. Tal vez el doctor Pérez Smith estuviera aún en el Circulo Ibérico. Le explicaría la situación y, hombre comprensivo, le reembolsaría el dinero.

Mas el doctor Pérez Smith no se encontraba ya en el Circulo. Momentos antes habían sido solicitados urgente-

mente sus servicios profesionales. Acaso volviera.

No se congregaban en el recinto más de media docena de jugadores, ansiosos por resarcirse de sus quebrantos y hacer mutis.

Ginesillo esperó y pidió otro café; y él, que hacía diez años había jurado, en virtud de una ardua experiencia en cabeza propia, no estirar la mano a la bayeta verde, acarició una repentina ilusión: la de granjear allí mismo el dinero del sacerdote mediante unas redoblonas. Tenía en la cartera veinte pesos.

—¡Esto más!—lamentó media hora después, comprobando que se había vaciado su cartera, que adeudaba al fichero cien pesos y que la partida fenecía por falta de puntos.

Ya el tallador balanceaba prolijamente los nácares, y cercano a él el procurador titular roncaba con un pucho colgado de la boca.

Decidió Ginesillo ir al domicilio del doctor Pérez Smith y, visto lo apremiante de la situación, despertarlo y requerirle el dinero. Y allí supo que el doctor había partido esa madrugada a Reconquista, en automóvil, para asistir a un enfermo importante.

—¿Quién me mete a mí a prestar servicios!—se reprochó amargamente, mientras taconeaba por la acera y en su imaginación surgía la estampa del cura rural.

Y caviló:

—A estas horas no es factible buscar quinientos pesos. Lo más sensato será meterme en cama y ordenar que no turben el sueño de ese buen sacerdote. Cuando se levante habrá pasado la hora del tren... ¡Qué nochecita!

IV

El doctor Pérez Smith no regresó ese día ni el siguiente de su viaje. Así informaban a los continuos llamados telefónicos de Ginesillo, cuyas gestiones para obtener dinero por otros conductos no lograban éxito.

Se vió obligado a urdir una mentira heroica para justificarse a los ojos del párroco de Campo Andino: el extravío de la llave de su caja de hierro, percance susceptible de ocurrirle a cualquiera. Y como el tiempo pasara y fueran infructuosas las diligencias en procura de la llave, el sacerdote sugería la idea de dar intervención a un cerrajero.

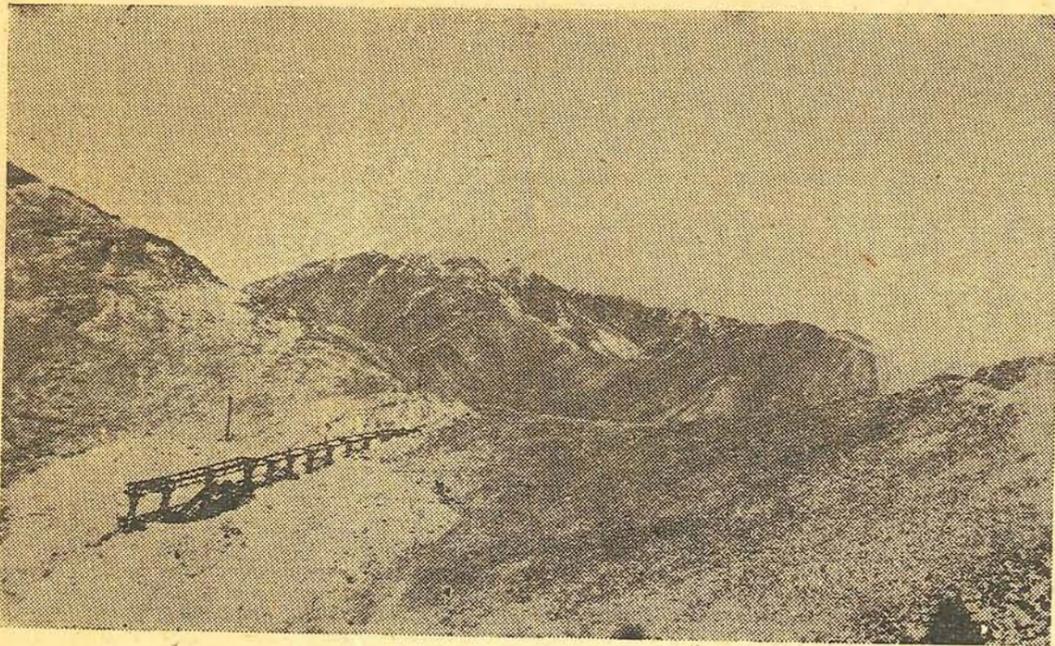
—No rechazaba Ginesillo—, la caja es inviolable, garantizada contra los recursos de la violencia. Pero la llave ha de encontrarse. Apelo a la paciencia de su paternidad.

Y el sacerdote, aunque aceptando la fatalidad del suceso, se acongojaba: incurriría en falta grave si el Pastor arribaba, en ausencia suya, a la parroquia de Campo Andino.

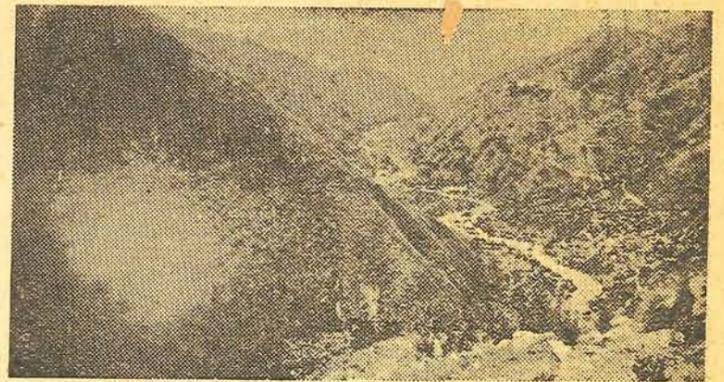
Mala suerte era, sin duda, para el crédito del Alkazar, que el desgraciado episodio aconteciera con el primer sacerdote que acogía la pensión. Afortunadamente, el Padre Spaventa acusaba, de conformidad a la índole de su ministerio, una resignación positivamente evangélica. Algún otro pasajero menos adecuado a las contrariedades mundanas ya hubiera promovido un triquitraque en menoscabo de la reputación del establecimiento y hasta de la probidad personal de su dueño.

Al tercer día, todavía ausente el doctor Pérez Smith, Ginesillo consiguió, del más ecuanime usurero de la ciudad, un préstamo a cierto plazo y largo interés. Escogió, a fin de disimular el trastrueque, cinco billetes de cien pesos, nuevos, recién emitidos por la Caja de Conversión, y pocas satisfacciones tan intensas recibió en su vida, como la que se otorgó, comunicando al Padre Spaventa el hallazgo de la llave y

(Continúa en la pág. 31)



Vista del Famatina, con un puente del cable carril



Otra vista del Famatina

E L FAMATINA

en el Famatina un ejemplar gigante, cuyo espíritu se levantaba hasta el cielo en las noches de tormenta, en los illapas, los rayos de figura serpenteada que se elevaban imponentes tras las cumbres, iluminando el resplandor las aristas de los cerros.

La mula marcha al paso de su ritmo monótono; cruza quebradas, asciende faldas interminables y escarpadas y baja por declives casi cortados a pique, mientras las patas seguras y firmes se apoyan en el pasto ralo de los primeros cerros y las tierras areniscas y pedregosas de los lechos, o se agarran de la tosca y la piedra de las alturas. No tiene un titubeo ni una inseguridad, y sólo se detiene cuando, después de largas horas de marcha, la puna la obliga a tomar un descanso. Sólo así es posible absorber toda la belleza gloriosa de la tierra, porque la presencia de un medio mecánico de viaje ultraja la naturaleza, y porque el vaivén lento de la mula invita al espíritu a poblarse de imágenes, ante el desfile silencioso de las imponentes y caprichosas figuras de la corteza terrestre bajo el dosel desnudo de los cielos.

Después de trepar varias horas, la cadena pierde su perspectiva y al escalar cada falda parece como si al llegar al filo que corta el cielo en lo alto se hubiera llegado al término del ascenso; pero otro valle y otro filo se presentan a la vista en una serie interminable pero siempre renovada de contornos.

Después de pasar Santa Florentina y la estación 3 del Cable-Carril, nos internamos en pleno Famatina, bajo un sol triunfante que hiere la tierra y la piedra, mientras a derecha e izquierda se levantan los cerros verdinegros, multiplicándose en cantidades infinitas, pero cuya variedad de formas y colores hace permanente la emoción con que el alma y los sentidos reciben la sensación de belleza y grandiosidad aplastante de la montaña del Famatina. Mientras algunos levantan sus conos a pocos metros del suelo formando cuchillas y lomas, otros se alzan majestuosos a cientos de metros, asomando sus aristas sobre precipicios abiertos en profundas gargantas.

El animal sigue la senda que

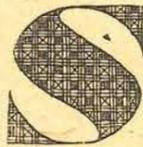
va envolviendo un pico hasta alcanzar la cumbre misma, para lanzarse de allí a un declive y prolongarse por una quebrada angosta cuyas paredes perpendiculares dan una sensación de ahogo material, como si ya las moles derrumbadas estuvieran aplastándonos. Al fin de la quebrada, la senda se eleva de repente por la falda de un nuevo cerro, con la trayectoria geométrica de una espiral perfecta cuyo dibujo se contempla desde la cumbre como un hilo blanco envolviendo la montaña.

Poco a poco, la vegetación desaparece; la retama con sus tallos pelados y retorcidos como en un espasmo de sed, el piquillín con su pequeña flor colorada y la jarilla tupida, se hacen cada vez más raros. Las faldas de los cerros se vuelven superficies pedregosas cubiertas con un pasto duro y ralo. De cuando en cuando brota de entre las aristas de dos cerros prendidos, una corriente de agua cuyo origen es imposible descubrir, porque llega de las cumbres inexploradas por el hombre a través de miles de kilómetros, ya cayendo en minúscula cascada o lamiendo el lecho de una quebrada arenosa, girando cien veces en torno de sí misma, penetrando en la carne de una sierra para desaparecer durante largo trecho y volver a surgir de entre las peñas.

Siempre ascendiendo, nos vamos alejando de los hombres y aproximando a las alturas, donde el silencio es sólo interrumpido por el silbido de los vientos y el estampido de los rayos, donde no llegan jamás las luchas artificiosas de la civilización, y donde el alma sola con la naturaleza se pierde y se conrunde en ella misma, azorado el espíritu con la verdad absoluta de las doctrinas filosóficas de Oriente.

Un cielo transparente, en que titilan millones de estrellas, cubre la mole del Famatina. Estamos en la cumbre de un ce-

Cerros pulidos por el viento en el Famatina



ALIENDO de Chilecito, al mismo pie del Famatina, comienza la sugestión de la montaña que vamos a ascender.

La vista se levanta a las cumbres claramente delineadas, y al contemplarlas mezcladas con el cielo en alturas inaccesibles, apenas puedo concebir que he de llegar tan cerca de ellas, pasando por encima de cerros que al salir el sol se hundirán en la masa impalpable de las nubes.

Al llegar la mula a las primeras faldas siento como que voy pisando el lomo de un animal gigante dormido en un sueño milenar y que al llegar a las partes más altas de su cuerpo multiforme va a despertarse para lanzarnos con un brusco arqueo a los abismos profundos de su epidermis agrietada.

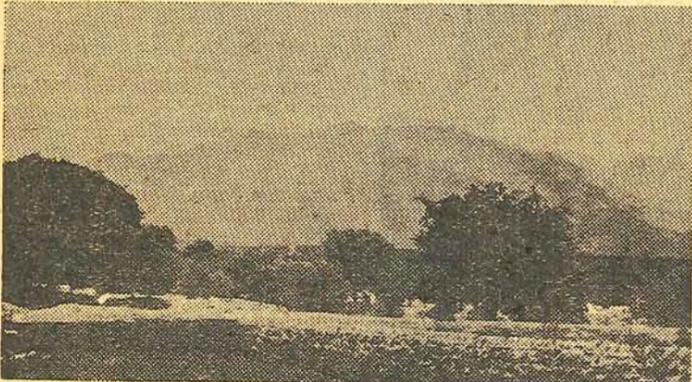
Este animismo de ver en la montaña un dragón, que me asaltara a la visión de los Colorados (1), es la que debió grabarse en las mentes primitivas de los hindúes y los aryoos ante el espectáculo de su Himalaya; el dragón, animal totémico y legendario del Asia, debió ser precisamente concebido con la figura y contornos de la montaña; y en las tardes brumosas, cuando el rayo hendía las cumbres, los rishis explicarían a las muchedumbres atemorizadas que el monstruo enfurecido arrojaba fuego por la boca (2).

Los diaguitas calchaquíes que habitaban el valle de Chilecito, familiarizados con el totemismo de la serpiente, verían

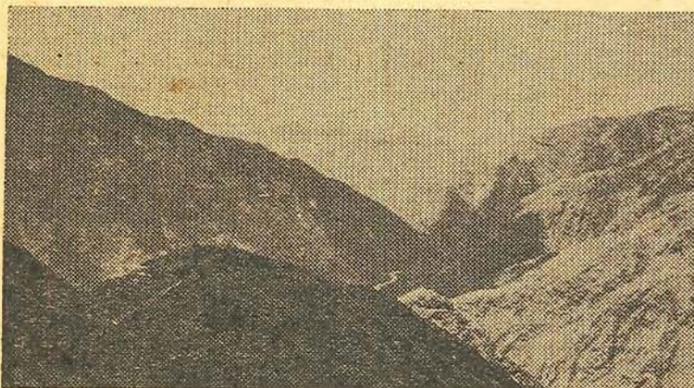
Vista tomada desde la estación del Cable



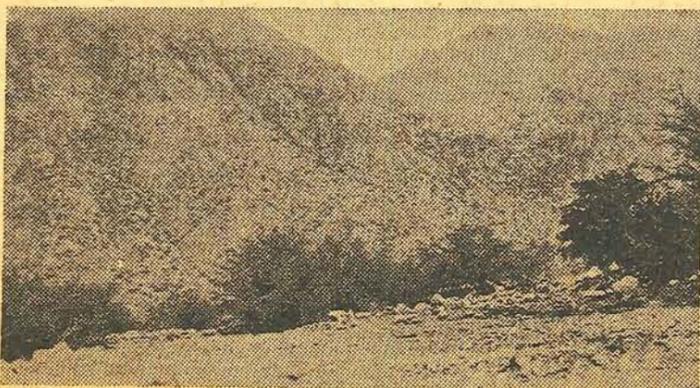
A cuatro mil metros sobre el nivel del mar



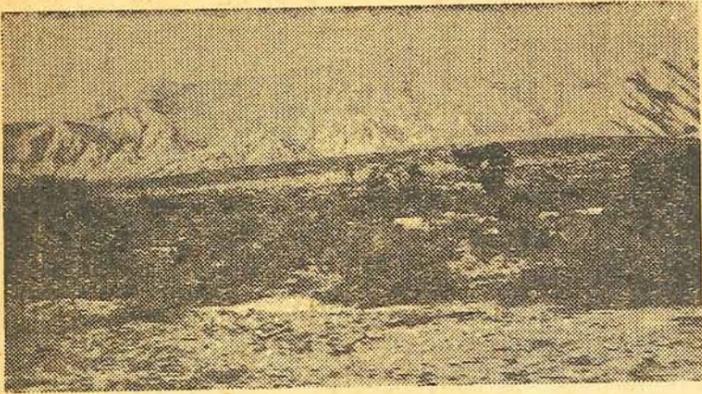
La mole de la montaña, desde el camino



Atardecer en plena serranía



Vegetación montañesa



Vista del Velazco



Aspecto del Velazco, desde la cuesta de Sigú

P o r
**BONIFACIO
LA STRA**

ro que domina en la altura; desde allí surgen como una visión las luces de Chilecito; la falda del cerro es escarpada y la noche impide ver los escarpados de la montaña formados por cerros y cuchillas, de manera que el valle donde brillan las luces parece extendido abajo mismo, como si estuviéramos suspendidos sobre la tierra y se pudiera de un salto prodigioso llegar a la llanura. Los cerros parecen sumergidos en un profundo letargo, y arriba las estrellas cantan himnos que sólo perciben los que saben el lenguaje de los astros.

Apenas amanece seguimos el ascenso, mientras en los pedregales de la faida que bordeamos brilla el rocío bañado con la aurora. Una ráfaga de viento desparrama la niebla dejando ver los conos nevados; unos con la forma de lirios gigantes ofrendando al cielo su blancura; otros como ancianos venerables cuyas testas niveas atisban el horizonte, desafiando los vientos en actitud hierática; incommovibles y solemnes, sin el miedo cósmico de los millones de años que pasaron y los miles de siglos que vendrán, indiferentes a los cataclismos de la tierra y a la explosión de los cielos, impávidos ante los cometas cuyas colas de fuego atravesaban el espacio amenazando a los gigantes.

Un viento helado corta las carnes, mientras abajo, a pocos kilómetros, la tierra arde con un calor de trópico, recordando el grito angustioso e implorante de los diaguitas, el "inti rupas tiam" (3) salido de sus gargantas roncadas y resacas; y mientras más subimos, el viento se afila y corta con más crudeza y el cuerpo se estremece, presintiendo el frío del espacio.

Apuro la mula, con la ansiedad de llegar al Portezuelo Ancho, desde donde pueden contemplarse las cumbres del Famatina. Los cerros vecinos cortan la visión del Alto Ne-

vado y el Negro Overo (4), y es una obsesión el llegar hasta el pie de ellos, sentirlos cerca, pisar el valle en que descansan sus cuerpos, aunque no pueda acariciar sus testas inaccesibles a la profanación de los hombres.

A punto de coronar una ladera empinada sobre un grupo de cerros, surgió de repente la ansiada visión de las cumbres. Empezaba recién el día, y el sol no alcanzaba a asomar tras un pico sobre el cual se aplastaba su luz, limbándolo con la aureola irisada. La nieve resplandecía en las laderas que miran a Occidente, mientras las faldas inclinadas al Oriente, derretida la nieve a la caricia de los primeros rayos, mostraban en sus carnes pétreas una imponente sinfonía de colores.

El Portezuelo Ancho, formado por un arco abierto con los extremos prendidos a dos cumbres, deja ver por encima de su grandiosa línea cóncava los genios del Famatina. Un precipicio se abre al traspassarlo, de cuyo fondo los paredones se alzan con todos los declives posibles, mientras multitud de cerros coronan su límite en la altura. Hay faldas ásperas y pedregosas con el gris pizarra del granito; otras suaves y tersas como porcelana, en las que los vientos han ido puliendo la roca, y el óxido de hierro coloreando el cuarzo, forma en su superficie incrustaciones rojas alternadas con el verde de malaquita y el amarillo verdoso de la diorita. Una ladera de suave declive se levanta a gran altura revestida con arcilla roja, entre la que resplandece el blanco de las casuchas mieraas.

El sol, ahora triunfante, borra las últimas nieblas y brilla deslumbrante sobre la nieve, penetrando en las rocas transparentes para darles reflejo de carne, o haciendo resaltar en las piedras brillantes el color policromo de los minerales.

Arriba, las cumbres alzan sus cuerpos encerrando los tesoros de la tierra. En vano los hombres les abrirán heridas terribles para arrancar el oro, perforando sus carnes y haciendo explotar sus huesos, pero las venas por donde corre el oro a borbotones están en su misma entraña inaccesible a la codicia humana.

El Alto Nevado y el Negro Overo están ahora ante mí, solitarios, mudos y grandiosos; estoy tocando sus plantas y soñando en dar un salto para pisar la blancura immaculada del Ritisuyu (5), la patria blanca de América.

En las noches luminosas y serenas, el Alto Nevado conversa con el Gaurisankar (6), su hermano del Asia, en el lenguaje de los grandes. La palabra de amor del Famatina, nacida en su pureza y su blancura, corre llevada por el viento a las cimas del Himalaya, que contestan el mensaje de amor con oraciones oídas en los valles del Thibet y del Nepal, pronunciadas por ascetas de labio seco y mirada ardiente.

(1) Cadena del S. O. de La Rioja.

(2) La prueba de que el dragón ha nacido con la visión del Himalaya está en que el culto de ese monstruo existió, sobre todo, en el valle del Thibet y en las partes de la India que bordean la cadena de montañas.

Es así que en los monumentos artísticos de la India antigua sólo se encuentra la representación del dragón en las ciudades del Nepal, al pie del Himalaya, donde se halla reproducida a menudo la figura del monstruo.

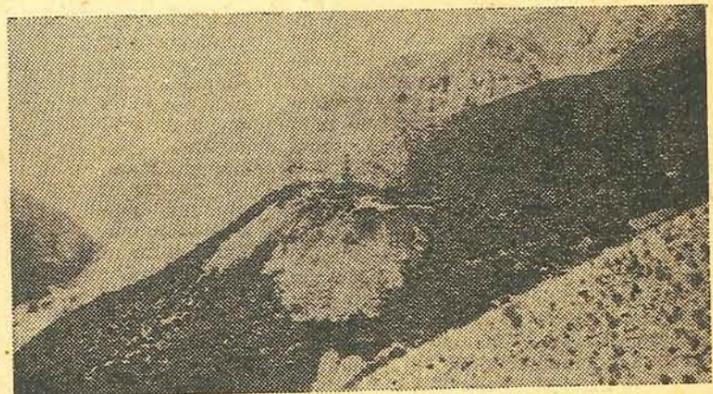
(3) "El sol está ardiendo".

(4) Las cumbres más altas del Famatina.

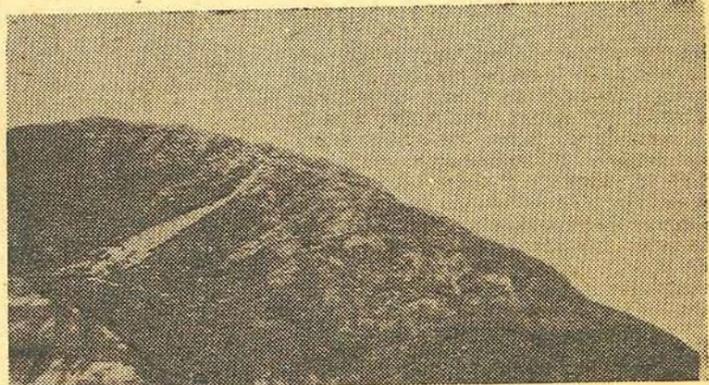
(5) Así llamaba Joaquín V. González a las cumbres de nieves eternas, aludiendo a una patria ideal. La palabra viene del Quichuá y quiere decir "patria blanca".

(6) El monte Everest, la cumbre más alta del Himalaya.

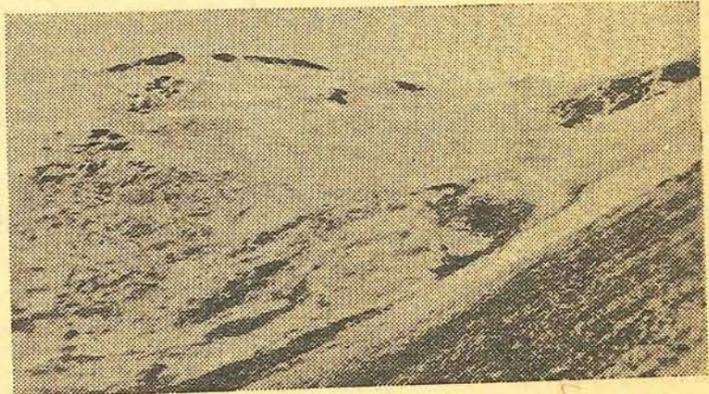
Quebrada en el Famatina, con un salto de agua al fondo



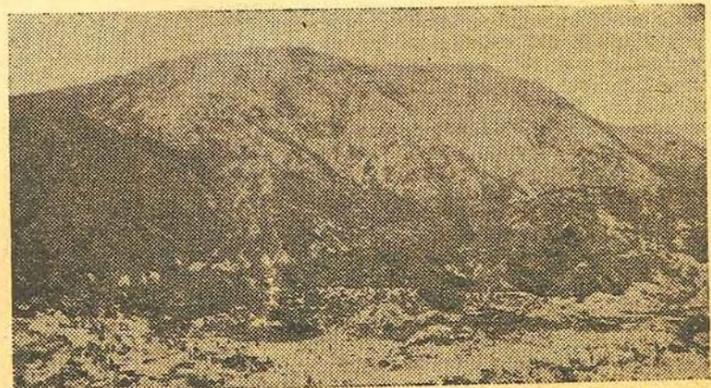
La sierra del Famatina desde la estación del cable carril



La cumbre del Famatina

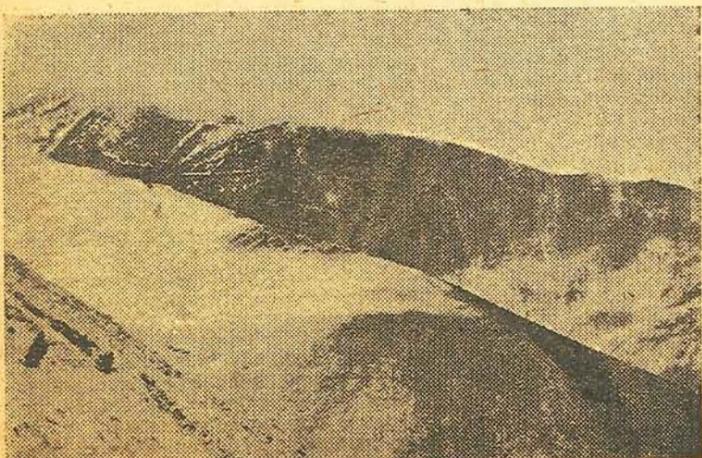


Puesta de sol en la cumbre



El Famatina visto desde el valle

Vista del Famatina, con las torres del cable carril



EL HERMANO DE FLORENCIO

MACE aproximadamente un año falleció "Sanchito", Alberto Sánchez, de quien muy poco se dijo porque poco se sabía o nada se recordaba. Era, sin embargo, un autor de piezas no mediocres y de alguna tal vez excelente, y poseía cualidades originales que lo caracterizaban con rasgos perfectamente propios. Mucha gente de nuestra heterogénea y numerosa población artística no lo conocerán acaso ni de nombre; otros ni siquiera le habrán visto. Su pequeña humanidad desaparecía en el tumultuoso conglomerado de los estrenos y a nadie interesaba aquel hombrucito medio desgarbado, con aire de trashumante, mirada entre dulzona y triste y sonrisa hacia adentro. Acudía silenciosamente a oír la pieza del amigo o del novel por simple curiosidad intelectual. Y como acudía se iba, sin el menor ruido, deslizándose cual una sombra entre la multitud, sin pronunciar palabra, salvo que algún espectador cordial tuviera la peregrina ocurrencia de pedirle un juicio. Entonces, si el espectador era un hombre inteligente o se daba el lujo de poseer una sensibilidad artística, advertía inmediatamente que la respuesta de su interlocutor revelaba una gran presencia. La contestación de Sanchito solía ser una síntesis luminosa en la que el criterio más ponderado se mezclaba a una juguetona aptitud irónica.

Muchas veces tuve oportunidad de oírle en tales circunstancias. Su opinión comportaba por lo general una fiesta para el espíritu. Equilibrio sin trascendencia, sentido justo de las proporciones, gracia fluente y una suavidad peligrosa en la captación del defecto que pretende ocultarse.

Tres o cuatro meses antes de su muerte asistimos juntos a un estreno. A su lado, alguien, congestionado todavía bajo la acción tremenda de la obra, le solicitó su parecer. Sanchito contestó: "No puedo tenerlo. Tanta sangre derramada me impidió oír, pero abrigo la sospecha de que el autor quiere aprender a pelear escribiendo obras". El oyente, que había sudado admiración por todos los poros repuso, asegurando su entusiasmo: "No sea alacrán, amigo". Y Sanchito contestó, a su vez: "Ni amigo, ni alacrán". En efecto, Sanchito no era un alacrán. Por lo menos no era un alacrán de teatro, de los que hoy se usan en todos los vestíbulos de la ambición o en las antecámaras de la competencia.

El alacrán de teatro es un tipo social cuyo estudio todavía no se ha realizado, aunque bien merece la pena su perturbada naturaleza psicológica.

Contrariamente a lo que se cree, casi nunca es un autor, por lo menos un autor inteligente. Si éste fué consagrado por el éxito sin merecerlo teme, lógicamente, que su obra se juzgue a la luz de sus exigencias. Si vale, su ataque puede obedecer a generosos móviles de estética que excluyen la sombra moral del caso. El autor alacrán es más bien un soñador fallido que le hizo una guñada a su propio ideal y busca en la diatriba la compensación de su mal paso. El alacrán propiamente dicho, no es tampoco crítico — salvando una que otra excepción ácida y a veces brillante entre las reservas alcalinas de la generalidad —, pues para ser crítico hay que saber analizar, y, lo que es más difícil, escribir. Ni es, menos aun, el humorista de la Peña Literaria o del cenáculo artístico, como aquel del extinguido café Los Inmortales que, movido por inquietudes, optimista del esfuerzo, peleaba con sus ideas y ofrecía su realización junto a sus ataques. El alacrán de teatro es impotente y agresivo a la par; goza el vil placer del fracaso extraño y sufre el innoble dolor del triunfo ajeno. No es tampoco un negativista, pues el negativista relaciona su actitud con ideas o con sistemas de ideas que responden de su cultura o de su talento. El alacrán de teatro es apenas un negador sin pensamiento ni sensibilidad, o un afirmativo insignificante que vincula sus palabras arbitrarias al único argumento de su yo, tanto más impaciente cuanto menos valioso. Petulante, vacuo, cándido en su afán premonitor, un gran desorden mental lo distingue. Continente pomposo, exiguo o ningún contenido. Siente el miedo de mostrar junto a la engañosa apariencia sus

fuertes dosis tóxicas que, como uratos tenaces del alma, nunca logra eliminar del todo. Odia la inteligencia cuya razón invoca en extraña paradoja para verter sus diatribas. Por lo demás, anda casi siempre envuelto en nubes de suficiencia, despreciando el éxito legítimo que deseara para sí y desconfiando de la gloria más pura, a la cual se entregaría, sin embargo, si aquella lo eligiera. Jamás elogia; si lo hace es para simular su condición; fustiga sin causa y sin sensatez, que es lo peor, y el ideal que lo anima es de rebajamiento, como que se inspira en su propia inferioridad.

Sanchito carecía de semejantes atributos. Por lo contrario, era modesto, hablaba frecuentemente de su incultura y tenía la admiración fácil entre una previa reserva tranquila y una final sonrisa regocijante. Una delicada comprensibilidad ideal emanaba de sus breves críticas verbales. Aun siendo riguroso en el rápido análisis, respiraba cordialidad. Sus someros y jugosos comentarios verificábanse sobre un fondo inmovible de buena fe. Comunicaba su duda con exquisitez, bruñía con inteligente bondad el escepticismo de sus actitudes mentales y sabía encontrar siempre la fórmula amable o animosa más allá de la censura justa o el eufemismo tranquilizador entre punzantes anotaciones.

Sanchito era el hermano predilecto de Florencio Sánchez. Este sentía por aquél una veneración explicable, como que era su crítico más risueño y eficaz, capaz de dar un alerta oportuno junto a la posible encrucijada de un conflicto teatral y de aportar un razonamiento "gaucho" — de estímulo o de precaución — a la labor del gran dramaturgo. La maravillosa intuición de Florencio encontraba así en Alberto el mejor punto de referencia respecto de la opinión pública consciente. Y Alberto no se equivocaba casi nunca. Conocía el público Sanchito, tanto o más que Florencio. Sospechaba sus inquietudes, sus preferencias, sus reacciones. Sabía que a través de su condición accidental palpitan anhelos permanentes. No ignoraba que si por momentos se deja defraudar por la insignificancia brillante, ello no implica la ausencia de otras cualidades primordiales, tales como su capacidad emotiva, su oculto sentido de la belleza, su fina percepción del ridículo.

Junto a Florencio aprendió Sanchito mucho, no tanto el dominio de la técnica — pormenor baladí para los que aborrecen el "efectismo" teatral — cuanto la serenidad para afrontar las consecuencias de la lucha artística, postura de excepción entre los devotos de Thalía.

Ya había sufrido el hombre sus novelas dramáticas y las mil y una incidencias amargas que a través de sus felices narraciones trocábanse en amenas pellejerías. Empujado por Florencio a la brega literaria, él evadía socarronamente el compromiso. "Florencio quiere que me tire al agua", me dijo cierta vez, "porque no sabe que un buen día me va a llevar la corriente. Pero mientras no me lleve..."

Le bastaba en esa época con ser feliz en su bohemia sin pretensiones ni melena: un cigarrillo, un hermano, cuatro amigos, un cuento. Le bastaba

con escuchar a los críticos, a los filósofos, a los literatos: una frase de Joaquín, una ocurrencia de Ingenieros, una reflexión de Monteavaro, de Gerchunoff o de López Prieto, frase, ocurrencia, reflexión que solía llevar como ración temática a su mesa de café de Los Inmortales, en cuyas tertulias dispersó gran parte de su talento y dilapidó lo mejor de su inteligencia. "La vida no es escribir, decíale cierta vez a un autor recién estrenado. Tampoco es oír. ¡Hay que oír lo que se escribe! Oiga, y será feliz, porque el mundo se ha hecho para que oigamos lo que otros escriben, sobre todo cuando no sabemos escribir". Naturalmente, el comentario fué de acción violenta y terminó en una comisaría.

La muerte de Florencio desconcertó a Sanchito. Maduro para la creación artística, contaminado por el ambiente, sin mimetismos de inferiorización, empero, buscó a la postre el teatro para manifestarse, tras sus largos recreos al lado del famoso hermano y su prematuro trajín por campos y ciudades. Había errado a través de estancias y puebluchos antes de aparecer

en Buenos Aires. Comisario rural, canastero urbano, vuelta a vuelta periodista, a veces maestro, tropero ocasional, recordaba con claridad excepcional su buen caudal de vida múltiple. Recordaba sobre todo el campo: en pedregosas serranías, boscajes profundos, espesos pastizales colocaba la acción de sus cuentos, que sólo gozaron la vida efímera de la tertulia en el café, porque ni los escribió ni los repitió. Como Florencio, Sanchito había "empeñado" su optimismo en las violentas refriegas cívicas del Uruguay,

junto a la frontera brasileña. Salvado más de una vez por chiripa en sus trágicas carambolas de guerrillero involuntario, luchando luego sin resultado alguno, había aprendido a no hacer nada, que era en su caso un aprendizaje heroico, pues Sanchito soñaba demasiado para que no lo entristeciera un poco el panorama de su inactividad. Y como entre no hacer nada y hacer obras no había ninguna diferencia, según sus propias palabras, se dedicó a escribir para el teatro. Para ello le bastaba recordar y ajustar sus recuerdos al simulacro de la técnica común. La nota pintoresca sería su atributo primordial, pues odiaba el sistema de la descripción inventariada, método en que yace tanta obreja infecunda. Una noche, mientras yo leía algún modesto trabajo de filosofía jurídica en mi cuarto de estudiante para dar fin a mi carrera, se me presentó con "La vuelta de Braulio", comedia de costumbres criollas que se representó luego en el teatro Nuevo allá por 1915. Me gustó extraordinariamente aquella pieza sentida, animada, de trazos vigorosos y expresión cabal. "Ya ve, me dijo, replicando el elogio: el pobre Florencio quería que me tirase al agua y ahora me lleva la corriente".

Puso un hondo amor inicial en su nueva profesión, más llevadera por lo menos que aquella otra de sus mocedades, cuando lo obligaban a ser guapo para que le tomara amor al trabajo. El mismo contaba sonriendo — posiblemente para ocultar el valor moral de la confesión — que cierta vez salió por orden superior a juntar gente en una

revuelta. Fué así que llegó, capitán improvisado de un exiguo piquete, junto a un rancho hermético. Golpeó fuertemente con su pesado rebenque en la ventana gritando: "¡Abran y entréguense!" Como pusiera el oído atento escuchó que dentro funcionaban gatillos de pistolas. Entonces, sin esperar respuesta, volvió a gritar, pero esta vez a sus hombres: "Vámonos, muchachos, que aquí no hay nadie".

Puesto a escribir ofreció algunos frutos de su ingenio. "Las tertulias de la botica", escenas llenas de gracejo; "El batitú", "Los buenos tiempos", "Criollos y gringos", representada ésta en el teatro Nacional en 1915, sainete interesante que Alippi reprisó hace años en el teatro Buenos Aires. Estrenó asimismo, "Después del drama", en 1918; "Mala cría", en 1919, y "Argentinos y uruguayos", escrito éste en colaboración con Ulises Favaro en 1924.

Las primeras piezas obtuvieron un buen éxito. Habría dado más, mucho más, sin duda, su ingenio pródigo y espontáneo si graves preocupaciones en consorcio con cierta predisposición congénita no hubiesen limitado su acción.

Sanchito no creía en sí mismo, en primer lugar. A diferencia de tantos seres desembarazados, cuyas osadías vuelcan en relación inversa a sus valores, Alberto dudaba una y cien veces de todo cuanto hacía. Ni la compensación del lauro ya que no de la taquilla, ni la cálida acogida de la crítica o del público significaban nada frente a su propia desconfianza. No era, en realidad, un voluptuoso de la duda ni un descontento de la obra consumada. Su zozobra tenía un origen diverso. La fama del hermano mayor ejercía una influencia nefasta sobre su capacidad productiva y neutralizaba los restos de su voluntad que fué siempre escasa. Temía empañar con sus comedias y sainetes el cristal purísimo de la gloria fraternal. Y aquel delicado celo lo amilanaba hasta reducirlo a la inacción durante largos períodos. Era menester aguijonearlo, estimularlo violentamente para que en los últimos tiempos se decidiera a escribir las obras pensadas. La paleta cargada de colores abundantes estaba siempre lista, sobrábale gracia natural, eran generosos los veneros de su sensibilidad, limpio el manantial de su instinto poético, nítida la visión interior de sus cuadros, pero el ímpetu creador fallaba cuando tras el aliento externo o la promesa interesada iba en busca de la voluntad necesaria para la realización. No se achaque a su falta de disciplina. Posiblemente nunca conoció la disciplina, ni aun en los cuarteles, este poeta callado, simpático hasta en sus aspectos negativos, a medio dormir sobre una dulce actitud de escepticismo burlesco que asoció siempre a su abulia creciente. En la intimidad de su conciencia palpaba el temor apuntado. Era demasiado alta la cumbre levantada por Florencio para que su inteligente hermano no sintiera la inutilidad de su esfuerzo entre las impacencias del afán creador. Y dejaba dormir sus reservas espirituales que brillaban luego en el modesto destino de sus pláticas amistosas. Así pagó su tributo yendo de la propia desconfianza a la vacilación sin rumbo, y del apocamiento temeroso al eclipse total de su acción. Bello renunciamento que importa una jerarquía moral y hace honor a quien lo sufriera.

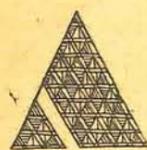
Durante el último lustro quedó al margen de toda actividad teatral. Creó su abulia paralelamente a sus dolores. Quebrantos económicos, fracasos injustos de sus empresas comerciales, que morían apenas comenzadas, disolvieron en Sanchito las postreras energías de su voluntad. Mis hermanos Roberto y Carlos a quienes visitaba asiduamente, como a mí, se propusieron obtenerle un empleo. "No me lo consigan, les dijo un día en mi presencia, porque cuando lo tenga me moriré". Tuvo un nombramiento para una obscura oficina de la Aduana. Fué a trabajar algunos días. Llegó a creer que comenzaba una nueva etapa en su vida. Era sin duda algo así como la caridad de un maravilloso crepusculo vespertino, falaz ofrenda de luz junto a la noche inminente lo que él advertía, porque apenas iniciado en sus nuevas tareas, aquella criatura bondadosa, inteligente, con un gran talento y un raro idealismo, generoso, sincero, ameno, pasó a mejor vida.



Uno de los pocos retratos existentes de Alberto Sánchez, hermano del autor de "Barranca Abajo", y cuya figura evoca Martínez Cuitiño

VICENTE MARTINEZ CUITIÑO

EL PROBLEMA DEL NACIONALISMO EN EL ARTE



C A S O estas mis opiniones choquen a la mayoría por el hecho de ser emitidas en el momento en que impera un falso concepto folklorista en el arte contemporáneo. Por eso mismo creo que su enunciación resulta no sólo más necesaria, sino que puede que hasta más amena.

Es propio de nacionalidades jóvenes preocuparse por tener un perfil y una expresión que les sean características.

Los grupos étnicamente definidos, con vigorosa personalidad, nunca tratan de subrayarla ni la sacan a relucir a cada momento y con cualquier pretexto, pero en sus menores gestos, en sus nimias acciones, se la puede percibir incorruptible y fecunda.

Creo que es en una obra de Andreief donde un personaje que figura ser de la antigua Roma, hablando a un compañero, dice con toda seriedad esta graciosa frase:

—Nosotros, los antiguos romanos...

Por qué los anacronismos resultan siempre fuertemente humorísticos sería algo interesantísimo de averiguar. Lo cierto es que ese anacronismo, pero a la inversa, es el que pretenden hacer valer los que quieren que pueblos de reciente formación, sin tradiciones y casi sin historia, se improvisen todo eso y digan:

—Nosotros, los americanos del porvenir...

No es posible ni serio falsificar virtudes raciales con palabritas recién pintadas, ni disimular vacíos con remiendos brillantes que más sirven de reclamo a la atención para que se fije en la falta que para encubrimiento de la misma.

Creo—y debo advertirlo de entrada para evitar los malos entendidos—que el hecho de estar formado un pueblo por una mezcla de razas y carecer por lo mismo de un común denominador que haga reconocibles a cada uno de sus individuos, no significa mengua de ninguna clase, y que por el contrario, lealmente reconocido ese hecho y aceptada esa circunstancia, puede convertirse —y esto no es paradoja— en distintivo y característica, y no sólo en esto, sino en una ventaja máxima, no gozada aún en tan gran escala por ningún pueblo de larga tradición, cual es la de una portentosa capacidad de absorción de modalidades y conceptos, lo que concede una posibilidad de síntesis, vale decir, de creación maravillosa.

Lo malo está en empecatarse en un ideal refinado con la realidad ambiente, y al que ella jamás podrá plegarse, y en perder fuerzas e inteligencia queriendo forzar a los acontecimientos acomodándolos a ideas preconcebidas. Y es eso casualmente lo que pasa entre nosotros.

Analizando a fondo y con valentía la cuestión, hallaremos el hecho paradójico siguiente: ese llamado movimiento nacionalista que pretende supeditar todo el arte argentino a los balbuceos de una poesía semi-quichua o seudo gauchesca es un afán de europeísmo mal encubierto, y voy a tratar de demostrarlo.

El español, el francés, el alemán o el italiano, pese a las diferencias que existen entre región y región, forman un todo racial, un conjunto indiscutible, y si bien es cierto que hay cien cosas que separan a un vasco de un andaluz y a un francés del Languedoc de un bretón, a un siciliano de un veneciano o a un bávaro de un prusiano, más cierto es aún que hay otras mil que los hermanan.

Así el Quijote, quieran o no los catalanes, es más representativo de su espíritu que ninguna otra creación de su propia e independiente literatura.

Este tipo nacional no se ha improvisado, por cierto. Es la obra lenta de los siglos, producto de un prolijo trasvasamiento y paciente sedimentación que es imposible acelerar.

Sacando otra vez a relucir el citado anacronismo, podemos asegurar que los indígenas americanos de la época de los incas no se preocupaban en lo más mínimo de que su arte resultara autóctono, y mucho menos precolombiano. Formando como formaban una entidad racial definida, estaban en la misma situación que los actuales pueblos europeos, y no necesitaban afirmar su persona-

Por
EDUARDO
GONZALEZ
LANUZA

lidad en cada cosa buena o mala que hicieran, pero ella, independientemente de su voluntad, imprimía imborrable huella. Pretender sustentar los ideales de esos hombres que tenían con los argentinos de hoy muchos menos puntos de contacto que los actuales chinos, simplemente por haber habitado en el mismo suelo, lleva por lógica a la defensa de los puntos de vista estéticos

del oscuro hombre pampeano de Ameghino...

Ahora bien, en pueblos como la actual Argentina, aun no sedimentados, donde recién comienza la operación de mezclar los ingredientes que formarán mañana un nuevo ejemplar, pretender tener de pronto improvisado ese carácter, no es sino pueril afán de hombrear-se, de no ser considerado menos que los europeos adultos con varios siglos sobre las espaldas. Ingenua y envidiable juventud que juega a pintarse canas.

Como evidentemente en las ciudades no existe esa unidad racial, se recurre al campo y a las montañas, y de ahí ese pretendido nacionalismo aimará o quichua, que para el caso tanto monta.

Y es bueno hacer una observación al margen. En los pueblos bien definidos, tan característicos son los habitantes de las ciudades como los campesinos. Así, no es menos alemán el señor que con cuello de celuloide toma su medio litro en una cervicería de Munich que cualquier otro bávaro destripa-terrones, y no digamos nada del señor español, que en la trastienda de la botica, entre pastilla y pastilla de goma, resuelve en dos palabras todas las cuestiones políticas y sociales, ni del francés, que juega su partidita al chaquette.

El simple hecho de buscar lo característico en un sitio dado es prueba evidente de su escaso valor para la totalidad del pueblo.

Además, esta aspiración prematura a una personalidad propia es una glorificación de la vejeza que se convierte en excelencia.

Hay que tener un poco de la alegre desvergüenza, de la limpia irresponsabilidad de la juventud, ya que fatalmente ésta se pierde. Atraverse a confesarse limpio de pecados, que es el valor menos común, aunque parezca mentira. Atraverse a gritar:

—Aun no tenemos personalidad, pero tampoco amaneramientos ni resabios seniles. Porque no conviene olvidar que el estilo, el tan ansiado estilo, no es sino una sistemática repetición de fórmulas, y la personalidad una reincidencia en los mismos hábitos, una rutina.

De ahí la limitación de nuestros seudo folkloristas a cuatro o cinco balbuceos, que a fuerza de machacona insistencia tratan de hacer que adquieran consistencia de hierro forjado. Pesadez lograrán, que no dureza.

El gauchismo o el indianismo en cualquiera de sus variedades podrán ser en el mejor de los casos, literaturas regionales, limitadas, matices, facetas del espíritu argentino, pero nunca llegarán a ser ese mismo espíritu entero. Tampoco debemos dejar de señalar la indiscutible semejanza de esa pretendida literatura autóctona con todas las literaturas regionales ibéricas, lo que no deja de ser sospechoso.

Insistir en la actual búsqueda de esa personalidad—y éste es el gran peligro que hay que señalar—es dificultar, y quién sabe si no impedir, que ella sea posible en un futuro más o menos cercano. Es necesaria la confesión de la falta de personalidad para llegar a tenerla algún día, así como es imprescindible la previa confesión de ignorancia para llegar algún día a la sabiduría. Creerse al cabo de toda ciencia antes de empezar a estudiar es señal segura de no llegar jamás a poseer ningún conocimiento. Del mismo modo, un pueblo

(Continúa en la pág. 32)



LA CATEDRAL

(CORDOBA COLONIAL)

¡Oh, vieja catedral! ¡Místico ensueño
Florecedo en el bosque lapidario!
Se alza la mole en épico diseño,
Y la testa espectral del campanario
Medita en la verdad de eterno sueño.

Bajo la fusta del encomendero,
Los mitayos de músculos de acero
Amontonaron piedra y argamasa;
Y se fué transformando un cerro entero,
Por un milagro, en la divina casa.

¡Son las visiones de Ezequiel! Alienta
Sobre lo informe el Espíritu Santo;
La torre de David se fundamenta,
Como en el campo lleno de osamenta
Al hábito de Dios surge el encanto.

La fábrica sagrada simboliza
La iglesia militante en su destino;
Viva, la roca se inmateraliza.
La pequeñez humana sé eterniza
En una aspiración a lo divino.

Se encrespa el monumento en mar de gente
Que proceloso ruge agudo grito,
Que lanza a Dios la humanidad doliente;
Sube el grito en la cúpula, ascendente
Hiriendo, sagitario, el infinito

Oleajes de mil generaciones
Besaron las murallas centenarias
En un suave murmullo de oraciones.
La piedra se ha cubierto con manchones
De tiempo, de incensario y de plegarias.

Austera e imponente, la portada
Es una invitación al caminante
A recogerse en la quietud sagrada.
Las palomas despliegan en bandadas
El lábaro de Cristo, tremolante.

La cúpula, a los astros sublimada,
Entre nubes de finas caladuras,
Gemela de la bóveda estrellada,

Es el sacro himno de la piedra alada
Que canta gloria a Dios en las alturas.

Sillares son los cuatro evangelistas
Que sostienen el pie del hemisferio
Central, abierto en diez y seis aristas.
Desgarran las tinieblas con sus vistas
De águilas, revelantes del misterio.

La luz abre en los grandes rosetones
Las flores de jardines celestiales.
Los ángeles inician sus canciones
A los compases de inóidos sonos,
Que arrancan al laúd manos liliales.

El ábside en vitreaux de tonos suaves
Canta el "Vecilla Regis" de victoria:
Ascienden la penumbra de las naves
Los ejércitos de ángeles ingraves
En pos del Redentor, rey de la gloria.

Rasga las nubes de celestes velos
La Asunción de la Virgen a los cielos,
Clamando la vidriera del oriente:
—¿Quién es ésta, que sube de los suelos,
Hermosa luna, sol resplandeciente?—

Brilla de gemas y oro el ornamento
Pontifical, en místico ardimiento.
Celebrante, el altar mayor remata
En el gran tabernáculo de plata,
Arca de paz del Nuevo Testamento.

En custodia de clara pedrería,
Que fosforece en lánguidos desmayos,
Refulge la divina Eucaristía:
Eterno sol de amor, en pleno día,
Expande el varillaje de sus rayos.

¡El fresco del Patrón! — En el desierto
Jerónimo, doctor, su carne doma.
Oye la trompa del final concierto
Y rechaza en su mente el sueño incierto
De las mujeres mágicas de Roma.—

ATALIVA HERRERA

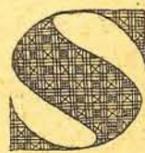
Digestiones
irregulares

Por efecto de los excesos, de las malas comidas o de la agitación a que obliga la vida moderna, son muchos los que sufren de digestiones irregulares, que convierten su vida en un martirio constante.

Es bueno saber que para regularizar la digestión, evitando el dolor, acidez, ardor, etc., basta tomar después de cada comida media cucharadita de bicarbonato cálcico disuelto en un poco de agua. Es el bicarbonato cálcico un producto científico que elimina el exceso de acidez, causa de estas molestias, al par que estimula la perfecta digestión.

Un interesante folleto respecto a las bondades de este producto se puede solicitar gratis a los señores Laich y Rey, calle Belgrano 2344, Buenos Aires.

CARTAS A UN MUCHACHO QUE SE VA A PARIS



Si, joven amigo; Me imagino el estado actual de su ánimo en vísperas de su soñado viaje a Europa, y supongo la tarea

a que estará entregado en estos momentos, con el acomodo de valijas, las visitas de despedida y tantos preparativos menudos pero indispensables que es necesario no pasar por alto antes de embarcarse. No tengo, por tales motivos, muchas esperanzas de que lea usted detenidamente mi carta; pero, eso no obstante, quiero dar alguna latitud a ésta mi contestación a la suya de hace varios días. Pide usted a mi experiencia algunos consejos. Me dice que se va a Europa, más concretamente, a París, donde piensa permanecer largo tiempo y dedicarse a perfeccionar su cultura para entregarse más tarde al cultivo de las letras. Ya ha dado usted más de una prueba de su afición a la literatura con producciones cuyo mérito he podido apreciar en distintas oportunidades, de modo que su decisión no me toma de sorpresa.

¡Dichoso de usted! Es usted joven, inteligente y estudioso. Lleva una bolsa bien repleta, que un padre rico y generoso ha de mantener siempre tensa mediante oportunos giros bancarios. Nada le falta para ser feliz. Es decir, para su completa felicidad le haría falta tener conciencia de ella. Cuando he tropezado en la vida con algún joven en situación parecida o análoga a la suya, sano, fuerte, lleno de esperanzas, con un presente y un porvenir como el suyo, no he podido menos de exclamar: ¡Cómo sería de feliz este muchacho si supiera que es feliz!

Y bien, mi querido amigo, voy a darle algunos consejos que no han de serle inútiles. No he de indicarle, por cierto, qué centros ha de frecuentar, a qué bibliotecas ha de concurrir, ni qué personajes conviene que visite y conozca para cumplir el propósito por usted perseguido, de acrecentar, fortalecer y fijar su cultura. Por hoy voy a aconsejarle, nada más, que se dedique a vagar y a divagar por esos bulevares y calles de París; a "flâner", para decirlo con una palabra francesa que no tiene, creo, correspondiente en castellano; a ir y venir sin rumbo determinado; a detenerse en los cafés, sentarse en la terraza y ver el río ininterrumpido de gente que corre por las anchas calles de aquella ciudad incomparable; a treparse en el primer ómnibus o tranvía que pase por su lado sin saber a donde ha de llevarlo; a plantarse frente a las vidrieras de los grandes almacenes, o de las joyerías, o de las casas de moda para admirar esas maravillas que crea a diario, en Francia, el consorcio de la industria y del arte.

—¡Cómo! — exclamará usted —. ¡Ha de ser ésta la iniciación en mis estudios y observaciones para el logro de los fines que me propongo alcanzar?

—Sí, mi querido amigo, y ya verá usted por qué.

París es una ciudad en la que no hay un solo detalle que desentone. Cada calle, cada estatua, cada monumento es una entidad independiente, de un valor estético propio; pero, además, es elemento de un conjunto cuyas partes integrantes están íntimamente coordinadas entre sí, formando un todo armonioso y perfecto. El Arco de Triunfo no tendría el carácter que tiene ni sería advertida y apreciada su grandeza sin la Estrella que forman las doce avenidas que a él convergen. No se concibe la Magdalena, o la Opera, o la Torre Eiffel, o

Notre Dame, ninguno de los monumentos de París, ninguna de sus estatuas, ni sus avenidas y paseos, ubicados fuera del lugar en donde están emplazados, que es donde deben estar.

Los edificios particulares de la plaza Vendome parecen batidos a propósito para formar marco al monumento conmemorativo de las glorias napoleónicas que allí se levanta. Y así todo. Los templos católicos de París tienen un interior sencillo y severo, sin lujo ni riqueza ostensible. Por el contrario, la Catedral de San Pedro, en Roma, llena de luz y de colores — de colorines he estado por decir — grande sin duda en todo sentido, como que es el producto de una concepción genial realizada sin escatimar gastos por una entidad que dispone de tesoros incalculables, no suscita ninguna emoción religiosa. En su interior magnífico, uno



Por JOSE FERNANDEZ CORIA

puede imaginar sin gran esfuerzo la realización de una fiesta mundana. No es un templo que invite al recogimiento, como no lo son la mayor parte de los grandes templos de Italia.

En el interior de las iglesias de París usted sentirá su alma recogida, su corazón oprimido, y aunque su fe de niño haya tambaleado más de una vez ante los embates de su razón, tendrá que hacer grandes esfuerzos si quiere que no se doblen sus rodillas frente a aquellos austeros altares. Y mejor es que no haga ningún esfuerzo.

En cambio, los "cabarets" y "dancings" de Roma, igual que los de Buenos Aires, son tristes y aburridos, mientras que los de París... Ya verá usted bien pronto los de París.

Y es que París, heredero legítimo de Atenas, tiene todo en el sitio preciso, todo, lo mismo las personalidades que los edificios, y lo material o lo espiritual de cualquier naturaleza que sea, está, en aquella ciudad, contenido siempre dentro de su apropiado continente.

Hay allí un sentido exacto de

la medida y de la proporción, que a usted, criollo, tucumano por añadidura, y, por tanto, algo tropical, ha de faltarle, casi estoy seguro, como en general nos falta a la mayor parte de los criollos. Y ese sentido ha de adquirirlo usted poco a poco, insensiblemente, mientras más se sumerja en la vida parisienne. Ha de llegar del ambiente que lo rodea, hasta la medula de su personalidad, filtrándose por todos los poros de su espíritu y ha de ejercer una gran influencia mañana cuando se entregue a las actividades literarias. Luego de estar en posesión de ese nuevo sentido, o contemporáneamente con su adquisición, su gusto ha de mejorar, ennobleciéndose. El gusto—digamos el buen gusto—se adquiere por contagio, en la familiaridad de las cosas amables y bellas de la vida y en el contacto continuo de las obras maestras del arte, de aquellas obras creadas, precisamente, dentro de su correspondiente medida y proporción.

No falta talento a nuestros jóvenes; lo que les falta es gusto, afirmaba Groussac con esas o parecidas palabras al referirse a un joven recién iniciado en las letras. Por carencia de gusto, muchos jóvenes de antaño, de la época en que el nombrado maestro ejercía el magisterio de la crítica, desperdiciaban sus esfuerzos intelectuales en el cultivo del floripondio, flor desmesurada y sin gracia que el mismo Groussac convirtió en un símbolo; y por idéntica causa, muchos jóvenes poetas de hogar, de sobrado ingenio y talento, malogran uno y otro tantamente, atraídos por efímeras modas, recargando de "caches" adornos sus escritos y componiendo versos que carecen de la articulación esencial del ritmo. La palabra "cache" es vernácula, nos pertenece como la palabra guarango. Esta última ha nacido aquí, según Ortega y Gasset, por necesidad ineludible, para designar algo que es exclusiva y genuinamente nuestro. ¿No habrá ocurrido algo semejante con la palabra "cache"? Es un tema que propongo a su reflexión. Y a la de Ortega y Gasset.

Va a llegar usted a París en mayo, en el mes de las rosas y de las cerezas, cuando en aquella ciudad hierve la vida de la calle, los árboles se han revestido ya de todo su verdor, y las mujeres tienen mayor encanto y atractivo. Nunca he podido averiguar si la belleza de las mujeres en la primavera, juzgada por el hombre, es un fenómeno subjetivo u objetivo, es decir, si las mujeres son más lindas en esa estación del año porque en realidad la Naturaleza las embellece, o si nosotros las vemos más hermosas porque así conviene a los designios de la Naturaleza. Este es otro tema digno de su meditación.

Pero también en el mes de las rosas hay muchos días fríos y lluviosos. Cuando la camarera del hotel en que usted se aloje le lleve el desayuno, responderá a la pregunta que usted le formule acerca del estado del tiempo, casi invariablemente con estas palabras: —Il fait mauvais, monsieur. Sin embargo, una mañana la verá entrar a su habitación más ágil y alegre que de costumbre, y sin que usted le haya requerido informe alguno, le dirá, con esa voz de la mujer francesa, mezcla de sonido de flauta y canto de pájaro: —¡Il fait beau, monsieur! Acto seguido descorrerá las cortinas y abrirá las celosías de la ventana, sin esperar orden expresa, y le aconsejará que se levante, que no pierda minuto, que se lance a la calle a gozar de la esplendidez del día.

Echese a la calle acatando (Continúa en la pág. 32)



PROCESION DE LA SANGRE EVOCACION DE LA SEMANA MAYOR EN SANTIAGO DE CHILE

Entre dobles de campanas se inicia la procesión; los vaivenes de la marcha son de gesto aterrador.

La imagen de la Verónica es la que avanza primero, y un vocerío la sigue de mulatos y de negros.

Luego vienen los cofrades del templo San Agustín; y aprieta una cuerda sorda todo el tropel mujeril.

El Cristo de la Colonia, el que es juez y ejecutor, camina entre encapuchados en la cruz de su Pasión.

Trae su cuerno cuarteado, negro de sangre y horror, la cabellera retinta pegada con el sudor.

Y parece que no quiere a su paso, oír ni ver, a la multitud que implora y se revuelve a sus pies.

Lodo y luz. Los "nazarenos" vestidos de rojas túnicas, a grandes golpes de pecho, gimen y dicen las culpas.

Llevan a la Dolorosa con el rostro ungido en llanto, siete puñales de plata en el corazón clavados.

Y luce, entre las ofrendas, brazaletes y esmeraldas, y saya de terciopelo de oro y piedras recamada.

Toda la galantería de lo místico y lo alado; en las manos suplicantes un pañuelo perfumado.

EPOCA COLONIAL

Los caballeros del reino, con frescas rosas de luz en sus casacas floridas, llevan la de Vera-Cruz.

Y sus modos circunspectos marcan en el lento paso las borlas de los bastones y las cruces de Santiago.

El otoño se deshoja al pasar la procesión; olor a cera y pavesas queda por el callejón.

Y a medida que se acerca a una esquina de la plaza, van los pecheros jadeantes deteniendo anda por anda.

Luego gira en torno de ellas una ronda enloquecida que las espaldas desnudas sin compasión se fustiga.

Y con el lúgubre canto de los frailes que se alejan, y el gemido de los bronceos, hay un chirriar de rosetas.

Tienen estos penitentes largas vestiduras blancas; una cola; y un bonete que cae sobre la cara.

Los mulatos y los negros consternados ante el acto de grandeza incomprensible, se echan al suelo llorando.

SADY ZANARTU
ILUSTRACION DE
LUIS MACAYA

El viento amaga el violáceo color de los incensarios, y el Cristo de la Colonia muestra un tono calcinado.

Las torres doblan con lentas campanadas. Y la tarde con su oro crepuscular parece pintada a sangre.

La caminata se extiende de una iglesia a otra iglesia, y en su frente hace "estaciones" para ganar indulgencias.

El Cerro de Huelén parece en la mente entorpecida de los criollos humildes, el Gólgota de las Indias.

Consume el viento la llama de agonía de los cirios, y se desgarran los toques franciscanos y dominicos.

Entre cruces de Casullas, el Cristo de la Colonia, con el sagrado madero se va perdiendo en la sombra.

Y el drama deja a su paso con las luces incensarias, murallones embozados de tímidas pasionarias.

En los viejos caserones, con sus rejas de Vizcaya, se pliegan en los escudos la religión y la heráldica.

Y en las huertas un aliento de azucena llena el alma; los amantes suspirosos vuelven a "pelar la pava".

A la luz del nuevo día, en el callejón se esparce, como una huella siniestra mas de un manojo de sangre.

El compositor genial y su esposa, en 1870



obras, pero es más que probable también que no haya quien le insoirara jamás las obras de arte que surgieron de su genio interior". Así se expresa Wyzewa (1) cuando en un arranque de simpatía defiende a aquélla, planteando sin quererlo, en sus verdaderos términos, este acalorado debate.

La reciente aparición de un libro (2) basado en los documentos de la colección Burrel y que son los que más arriba mencionaba, nos revela cómo fueron hallados y quién fué que los poseyera por tanto tiempo sin darlos a la publicidad.

Una estudiosa inglesa, la señora Burrel, propuesta a ampliar los datos biográficos de su admirado Wagner, efectuó un viaje a Alemania para ver si sobre el terreno encontraba algo que sirviera a su objeto. Informada que en Leipzig existía de propiedad privada un piano que fuera de aquél, se dirigió allí con el fin de adquirirlo. El resultado de la entrevista con la poseedora de tan preciada pieza y que resultó ser Natalia Planer, hija de Minna, fué la obtención de esa serie de cartas y manuscritos que hoy dan pabulo a los detractores de Cosima para pintarnosla como una mujer egoísta que consagró su vida al lado del compositor para preparar las cosas en forma que la posteridad la proclamara "la única estrella que brilló en la existencia de Wagner".

De cómo Natalia Planer se vana sin publicar esos preciosos documentos que rehabilitaban la memoria de su madre, empedregada por lo que dicen las memorias (3) de Wagner y la tradición de Bayreuth, lo explican ellos por la imposibilidad financiera en que se encontraba y por el temor de confiarlos a terceras personas que los destruyera. Para aseverar esta última afirmación citanse innumerables cartas de Wagner, y una vez muerto éste, de emisarios de Cosima, por las que se reclamaba a Natalia la entrega de esos papales para poder reconstruir, según pretextaban, algunos episodios que fueran de interés en la confección de las memorias. El afán de obtener esos documentos sirve a los contrarios de la segunda esposa de Wagner para sostener que ella deseaba hacerlos desaparecer para que no fueran más tarde un obstáculo a la leyenda que se tejía.

La base principal en que se apoyan la mayoría de los que escribieron sobre Wagner es, como se sabe, la autobiografía que bajo el título de "Mi vida" publicó en 1911. Indudable buena fuente como que proviene del mismo interesado. Pero he

Uno de los últimos retratos de Cosima Wagner

aquí que entre los papeles que la señora Burrel llevóse a Inglaterra apareció un ejemplar, el único conocido, de las memorias que Wagner escribiera hasta el año 1861 y que hiciera imprimir en poquísimos ejemplares a fin de que se dieran a la publicidad después de su muerte.

Al decir de los defensores de Minna, de la confrontación de aquélla con la edición de 1911 surgen evidentes modificaciones y hasta flagrantes contradicciones. Tal, por ejemplo, la del padre que se atribuye Wag-

Una instantánea callejera: Cosima Wagner con su hijo Siegfried



ternidad de Federico Wagner. Hija natural de Listz y la condesa María de Agoult, presumible resulta que pretendiera pasar a la posteridad unida a un hombre de origen legal, ya que ella no podía exhibir ese título.

El que fuera el propio autor quien modificara el primitivo texto de sus memorias está tácitamente reconocido por el mismo Wagner cuando declara que éstas le fueron dictadas íntegramente a Cosima, que las pasaba en limpio. ¿Cómo no creer entonces que ella interviniera en correcciones y hasta sugiriera algo?

En el entusiasmo de la polémica entablada discuten unos y otros bajo qué período produjera más intensamente el compositor sin par. Inútil esfuerzo. Ambas mujeres responden a épocas distintas de su vida, y donde sólo se podrá encontrar una clasificación doméstica se pretende atribuirles un papel que raya en lo indispensable.

¿Qué prueba que fuera durante su unión con Cosima que Wagner diera a luz los "Maestros cantores" que el mismo proclama su obra maestra, cuando escribe a Weissheimer "desde esta mañana estoy seguro de que los "Maestros cantores" serán mi obra de arte" (5) ?

Minna fué la mujer de Wagner en el período desorbitado de inspiración y angustias. Fué la compañera resignada y buena que todo sacrificó por amor a su marido, en tanto Cosima fué la secretaria útil y ambiciosa "enamorada del Héroe", que ayudó al maestro cuando alcanzaba su madurez intelectual y solucionaba su situación financiera por el apoyo que le prestara el rey Luis II de Baviera pudo entregarse a la tarea de terminar y completar lo que concibiera en su accidentada vida. No olvidemos que los amores de Wagner como todos

los actos de su vida estuvieron siempre supeditados a su arte.

Lo que saldrá en limpio de este debate, difícil es preverlo. ¿Desistirán los partidarios de una y otra en magnificar lo que tiene tan escaso interés o pretenderán aún convencernos que Cosima fué algo más que la mujer consciente del valer de su compañero y Minna la mujer que Wagner quiso hasta sus últimos días con ese amor desordenado, con ese amor que traslucen todas sus cartas en que cada línea, cada palabra es la lucha entre el Wagner humano y el Wagner "genio contraído por su genio". Lucha que justifica casi su conducta para con Minna, que llegó a tildarse de egoísta, lucha que le hizo pronunciar entre sus últimas palabras (6) aquella frase de Wolzogen: "sólo en el abismo existe la intimidad y la lealtad".

¿Cómo creer que la existencia de alguien a su lado podía tener importancia para quien cada manifestación de la vida era un nuevo relieve que lo perfilaba sobrenatural?

De todo esto surge una verdad muy clara, y es que quienes tienen la misión de coordinar fielmente la vida del autor de "Parsifal" se han extraviado en los laberintos circundantes a lo preciso y que toda la pasión con que sostienen sus diferentes puntos de vista sólo consigne alejarlos de la confección de una historia completa y verdadera de Ricardo Wagner que las recientes revelaciones han probado no existe.

(1) "Beethoven y Wagner". Ensayos históricos y de crítica musical, por T. Wyzewa.

(2) "La vérité sur Wagner", de P. D. Hurn y W. L. Root.

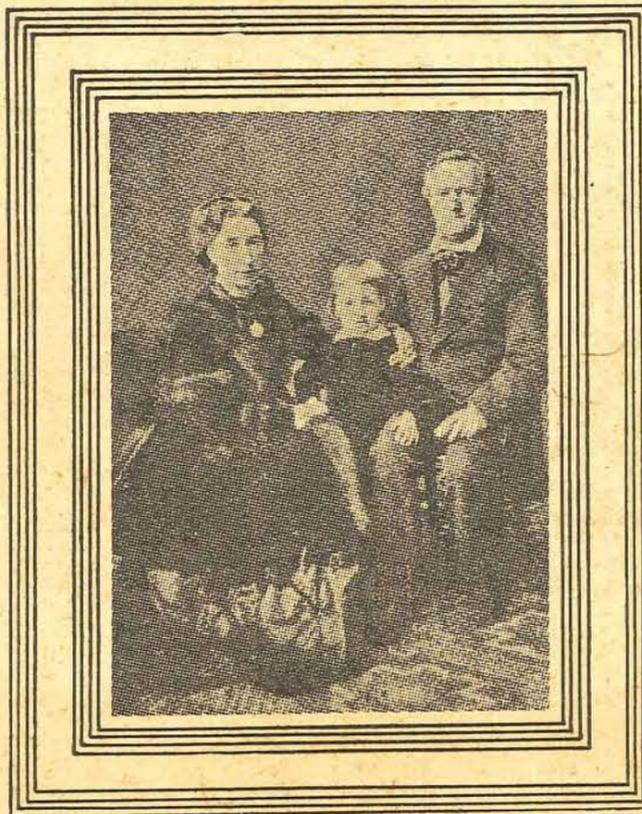
(3) "Mi vida", por Richard Wagner.

(4) En reconocerle este orgullo están de acuerdo sus propios admiradores tal como H. S. Chamberlain en la biografía que titula "Richard Wagner".

(5) "Beethoven y Wagner", de T. Wyzewa.

(6) "Richard Wagner", por Elie Poirée.

LA MUERTE DE COSIMA Y LA BIOGRAFIA DE RICHARD WAGNER



La familia Wagner en 1880

Por ALBERTO BULLRICH

ner. En las memorias recientemente halladas comienza por declararse hijo de Luis Geyer, y en las publicadas que todos conocemos dice ser hijo de Federico Wagner. En éstas, agregan, el afán de empalidecer la figura de Minna, atribuyéndola una incompreensión absoluta y una falta total de inteligencia, como también el de borrar casi el recuerdo de mujeres que fueron para Wagner algo más que la aventura de una noche, tales Jessie Laussot y Mathilde Wessendonk, que se dice llegó a inspirarle el personaje de Isolda, no coincide con lo que revelan los manuscritos de la colección Burrel.

Plantéase ahora un interrogante. ¿Fué el mismo autor que bajo la influencia de personas interesadas modificó así su primer relato o bien fué en el espacio de tiempo que transcurrió entre su muerte y el año 1911 que los encargados de la publicación de "Mi vida" introdujeron esos cambios?

Todo hace suponer que la primera hipótesis sea la verdadera y que fuera bajo la influencia de Cosima que Wagner agregó el período posterior al año 1861 en que termina el relato de la primera edición y que modificó en la forma vista lo que ya había escrito.

Los que por defender a una denigran a Cosima atribuyen al orgullo (4) de ésta ese reconocimiento posterior a la pa-

la compañera resignada y buena que todo sacrificó por amor a su marido, en tanto Cosima fué la secretaria útil y ambiciosa "enamorada del Héroe", que ayudó al maestro cuando alcanzaba su madurez intelectual y solucionaba su situación financiera por el apoyo que le prestara el rey Luis II de Baviera pudo entregarse a la tarea de terminar y completar lo que concibiera en su accidentada vida. No olvidemos que los amores de Wagner como todos



El ahorro es un eficaz educador. El hombre ahorrativo piensa, reflexiona y proyecta. Traza su plan. Tiene su programa. Acaba por conquistar su independencia.

EL AHORRO

sólo exige un esfuerzo; comenzar. ¡Abra usted una cuenta de ahorro! ¡Guarde algo cada mes! Ganará el 8 % de interés anual y formará, en poco tiempo, una previsión para su futuro bienestar.

Este Banco, además, coloca todo su dinero en créditos sobre propiedades, bien garantizado.

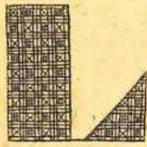
Los depósitos y sus intereses pueden retirarse en cualquier momento.

Opera desde hace veinte años a completa satisfacción de sus clientes.

NOVEDAD EN LA VILLA

LOS PEQUEÑOS TEMAS LITERARIOS

LA ESTUDIANTINA



OS carnavales atravesaron Bilbao, una vez más, con su aire de melancolía. Vimos los trajes regionales en diminutivos — a los niños se les disfrutaba todavía — y se olió un poco más que de ordinario a cartón y a percalina. En la prensa se vertió todo lo que de filosofía de calendario han ido destilando desde 1891 los números alegóricos del "Blanco y Negro".

Este año, sin embargo, ha ocurrido una cosa importante. Una estudiantina, La Tuna Compostelana, con sus trajes de pana negra, con sus golillas mustias, con sus cintas de pandereta, con su bandera.

Dícese que La Tuna Compostelana no ha conseguido el éxito que ella esperaba en una ciudad de amplios recursos financieros; y hasta se asegura que vióse obligada a rechazar, olímpicamente, la cuenta global de la fonda La Valmasedana, donde se hospedaba, al grito de "¡Mueran las Encartaciones!" Ya hace tiempo que el turismo de pasodoble representa el terror para los comerciantes en hambre y en sueño.

Y es que La Tuna Compostelana llegó a Bilbao con veinte años de retraso, por falta quizá de buenas comunicaciones ferroviarias.

Se la recibió con las reservas y con el escepticismo que tienen para todas las estudiantinas las ciudades en las que el sol no ha sido detenido por un nuevo Josué desde el siglo pasado.

—No tienen fama de estudiantines—reflexionaba la gente. —El flauta—se añadía—debe ser un caso ejemplar de constancia en la carrera, porque "representa" unos 60 años.

Todos los recelos clásicos. Entre ellos, el que quiere que los estudiantines sean barberos, a excepción de los universitarios precisos para llevar la bandera y para formar "la comisión".

Y la multitud se entregó a la resaca, cometiéndolo, como todas las multitudes, la más grande de las injusticias.

¿Por qué se ha de dejar a la deriva al barbero "que le canta el viaje" y se embala en los vagones de pino con su buena guitarra y con las medias negras de su esposa? ¿Es que sólo los estudiantines han de tener derecho a gozar de nuestras bellezas geográficas a cambio de polkas detestables?

Probablemente ha llegado el momento de que se haga las cosas con toda claridad. Los barberos vilipendiados deben formar sus "barberinas" para los Carnavales de 1931. Y la primera "barberina" debe salir de Sevilla, cara a cara, a conquistar su derecho al turismo por el sistema de la rondalla.

Una "barberina" con trajes de Figaro del buen tiempo de Beaumarchais; con el yelmo de Mambrino en la lanza de la bandera, y con este letrero:

"Todos barberos profesionales. Se garantiza que en nuestra "barberina" no hay ningún estudiantine".

Lo probable es que se les ovacionara por las calles. Porque lo que importa en nuestro país es eliminar el recelo de las muchedumbres, que quieren estar siempre "en el secreto".

CASTAÑAS ASADAS EN LOCOMOTORA

Con los primeros fríos y con las ropas recias impregnadas de alcanfor—el invierno huele a alcanfor cuando llega—, aparecen en las calles los pequeños hornos de castañas; y las

cestas de castañas asadas, mantenidas en temperatura a fuerza de arpillera; y las castañas tiznadas, guarecidas en una caja de embalaje.

Esto siempre produce una dulce emoción porque las castañas anuncian al turronero como las golondrinas al verano; al turronero, con su blusa negra y su visera de caramelo, que vende balines de porcelana y ladrillos de cemento y avellana, forrados de obleas, dentro del acuario iluminado de los mazapanes.

Pero la mayor alegría humilde puede sentirse ante esa pequeña locomotora, con el la-

Por JACINTO MIQUELARENA

(Para LA NACION)
BILBAO, abril de 1930.

tón bien brillante, que ofrece el fruto de los bosques asado por el sistema Babcock. El que ha comido de niño castañas ferroviarias no es posible que las olvide nunca.

Hemos visto a la pequeña locomotora subiendo el puente de

Isabel II una noche de lluvia. Humeaba. Allí se vendían castañas nómadas, asadas en un horno divertido. Condensaba en su caldera dos grandes ilusiones: la del niño y la del hombre: el juguete y el viaje.

Representa esa locomotora también una fantasía fenicia; un deseo de soslayar la rutina. El comercio original. El comerciante original casi siempre tiene cara de inventor malogrado.

¿Quién ha hecho esa locomotora? ¿Qué historia tiene? ¿Hay en España factorías dedicadas a la construcción de estas máquinas de la ambulancia?

Ese vendedor de castañas en locomotora, ¿será el Duque de Zaragoza?

Algún día llegaremos a penetrar en su misterio, como penetramos en el misterio de aquel magnífico cisne de madera blanca, aquel cisne ripolinado que servía para vender helados en Las Arenas.

Le preguntamos al dueño del cisne, mientras troquelaba mantecados:

—¿Dónde ha comprado usted este magnífico cisne de madera?

—Se lo compré a Constantino.

—¿Pero Constantino vendió helados alguna vez?

Nos miró por encima del hombro. Se sonrió de nuestra ignorancia. Y nos dijo luego:

—Constantino, señor, cantaba "Lohengrin".

EL NUEVO MERCADO VIEJO

El nuevo mercado viejo ha puesto un primer término de salmonetes a la más clásica perspectiva bilbaína. La iglesia de San Antón desaparece con sus siglos — la torre que en el escudo de la villa es atacada por dos lobos aeronáuticos— detrás de esa construcción que ofrece al exterior un interior de palacio cinematográfico; arquitectura pseudo-alemana del Moscú del día.

Otra perspectiva que ha cambiado: la del Arenal. Ahora se eleva allí una cúpula-Alcalá. Arquitectura de seguros. Las compañías de seguros se proveen siempre de emblemas supremos: el águila, la Minerva, el sol... No son nada sencillas. Su arquitectura no es nada sencilla tampoco. Sus cúpulas compiten casi siempre con las cuádrigas bancarias.

Pero en Bilbao esto, por ahora, es estrepitoso y desconcierta. Cada vez Bilbao es menos nuestro. Y va pareciendo que no nos queda otra cosa, de lo de siempre, que ese pedazo de ría con sus puentes que se contemplan desde la calle de Bailén como un panorama.

Allí, la Santa Casa de Misericordia debiera poner sillas los días de sol.

LA CASA DEL SILENCIO

Hay que construir la Casa del Silencio. Casa de vecindad en que todo se halla dispuesto en forma que el edificio sea inruidible.

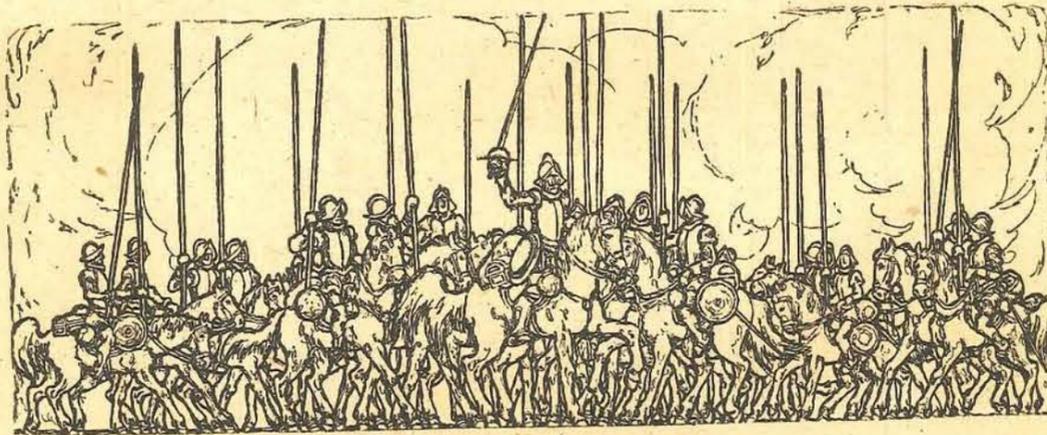
Dentro de él, dentro de cada piso, la quietud y la placidez y el silencio absolutos.

Los muros, formados por dos paredes con cámara de aire, por ejemplo. Todo preparado para detener el estrépito, convirtiéndolo en ruido; para apagar el ruido, dejando el rumor; para absorber el humo del rumor, por último.

No es la defensa del habitante contra la trepidación urbana, lo que se busca. Es la defensa del habitante contra el habitante, su mayor enemigo sonoro en las casas del día, hechas de papel-cemento y de alambre estructurado en ratonera.

¡La Casa del Silencio! La casa que nos defenderá de la muchacha que brocha sobre nuestras cabezas como si quisiera pisotearnos el cráneo; que se opondrá al paso de todas las frituras de tango y de "blue" que nos sirven las cocinas gramofónicas del patio; que nos evitará el disgusto de saber que el señor de abajo, o de arriba, o de al lado, ha encontrado un cabello muerto, como una terrible falta de ortografía, en la sopa de letras...

Sólo una Casa del Silencio es una casa opaca. Oír no es ver; pero se parece bastante. Un tabique de pandereta es casi un vidrio.



DIBUJO DE SIRIO

LAURO DE CONQUISTADORES

ROMANCE A LA MANERA ANTIGUA

I

Por la desierta llanura—tierras del Río de la Plata—van en tropel de jinetes treinta soldados de Irala.

Yelmos de Flandes, bruñidos, cubren las testas barbadas. Laten corazones fuertes bajo las cotas de malla.

Vivos destellos solares encienden la tierra plana, los pastizales de oro, los yelmos y las corazas.

Ojos garzos y celestes brillan bajo la celada. Ojos voraces de cielo, de horizontes y distancias.

Ojos para el infinito, ojos para la esperanza, ojos donde hiera viva la claridad de las almas. Toda la tierra se enciende con un resplandor de brasa... Los cuerpos duros se encorvan bajo este sol de la pampa.

II

Allí donde un brillo muere, otro brillo le reemplaza en el metal de los músculos y en el metal de las armas.

Siempre hay un oro lejano, siempre un oro de mañana. El oro que buscan ellos está siempre en lontananza.

El oro del horizonte es de quimera, de fábula, y es oro que sólo sirve para acuñar en miradas.

Buscan el oro soñado por este sur de la pampa, y el oro lo llevan ellos acuñado en esperanzas.

Todos viven poseídos por un afán de distancias. Toda la tierra es sendero. Todo sendero se anda.

Van así, por la prehistoria, buscando riqueza vana, sin ver que el oro más puro es el oro de sus almas.

III

El átomo de estas tierras no es mineral que se alcanza, no es el oro de los médanos ni el oro de las montañas.

Aquí el átomo es el indio que avizora en lontananza. Lo verán entre rastros con su plumaje de garza.

Verán su cuerpo de bronce más duro que las corazas, fiero, elástico y esquivo como el puma de las pampas.

Lo verán en potros chúcaros presto para la matanza, cortando el aire pampero con dardos, piedras y lanzas.

Los ponchos negros y blancos brillarán como oriflomas y en sangrienta escaramuza quedarán solas las almas.

Pero la tropa de hidalgos sigue serena su marcha... Puma y hombre, son peligros que no teme la mesnada.

IV

Por las márgenes del río no vendrán en cabalgata con prisioneros desnudos y riquezas ignoradas.

Cuando entran en la llanura la llanura se los traga, porque es más voraz que el indio esta llanura dorada.

Nunca volverán a verlos las otras gentes de Irala. Quedan los cuerpos al sol bajo las nubes que pasan.

La tierra que ambicionaron, tierra virgen, tierra brava, tierra sin dueño ni yugo, los aprisiona en sus garras.

La tragedia de estos hombres no está en historias habladas. Lo dice el viento al pasar, lo dice la lluvia clara.

lo dice el sol con sus rayos, el mar con sus olas blancas, la noche con sus estrellas y el gaucho con su nostalgia.

ANTONIO PEREZ-VALIENTE DE MOCTEZUMA



EL QUINTON DE AGUIRRE CONVERTIDO EN MUSEO POR EL JOCKEY CLUB



La casa donde vivía la servidumbre del general Juan Martín de Pueyrredón, en su chacra de San Isidro, convertida hoy en museo por el Jockey Club



Un ángulo del comedor, con la escalera que conduce al dormitorio alto. El sillón y las sillas tienen el asiento y el respaldo de vaqueta. En un ángulo están colgadas la guitarra, las espuelas y el talero del dueño de casa. Bajo la escalera, una petaca de cuero. El piso es de ladrillos cocidos, como todos los demás



El escritorio, sobre cuya mesa hay un busto antiguo, una escribanía con plumas de ave, un rico mate de plata, un tabuco y el infolio de pergamino cuya lectura ha sido suspendida. Al fondo, librería de madera dorada; a la derecha, la puerta con dos llaves del arca de caudales blindada, y en primer término, un brasero y un reloj de pared



La tranquilidad y quietud del corredor que mira al jardín. En el rincón de la derecha se observa la solidez con que está reforzada la tirantería del techo, del cual pende un farol sostenido por unos tientos de cuero crudo. El cañoncito que se ve en primer término tuvo actuación en nuestras guerras civiles

P O R
**ARTURO F.
GONZALEZ**

LA BLANQUEADA



ON Alejandro Manuel Aguirre compró a don Pridiliano de Pueyrredón, hijo único del prócer don Juan de Pueyrredón, con fecha 9 de enero de 1856, la chacra denominada Bosque Alegre, en el partido de San Isidro, provincia de Buenos Aires, con una superficie de mil varas de frente por cincuenta cuerdas de fondo, en 2300 onzas de oro selladas.

Esta chacra estaba dividida en dos fracciones, a saber: la primera, desde el Río de la Plata hasta el camino real a Buenos Aires (hoy Avenida Centenario), existiendo en la misma, sobre las barrancas, la residencia particular del general Pueyrredón.

La segunda fracción comenzaba en la hoy Avenida Centenario, estando levantada en la esquina de la misma y calle Bernabé Márquez, la antigua casa llamada La Blanqueada, edificio éste que en la época de Pueyrredón era destinado para vivienda de sus esclavos.

También dicen que, cuando el cólera, fué habitada por la familia de Campos.

Hace pocos años, se filmó en ella una parte de la película "Amalia", interpretada con fines benéficos por un grupo de niñas y caballeros de nuestra sociedad.

LOS CELEBRES JINETES DEL JOVEN PUEYRREDON

Cuando la Reconquista de Buenos Aires, en el año 1806, el joven porteño Juan Martín de Pueyrredón, tipo varonil y hermoso que apenas frisaba en los treinta años, fué de los que más activamente trabajaron para expulsar al invasor.

Rico de fortuna y muy querido de sus paisanos, había conseguido formar un escuadrón voluntario de caballería que, mal armado, pero con excelentes caballos, él mismo instruía y adiestraba en su chacra de San Isidro.

Al frente de sus jinetes concurre al reduto de Perdriel, esperando la hora de señalarse con un rasgo digno de pasar a la historia.

Habiendo llegado a oídos del jefe inglés, general Beresford, el proyecto que se tramaba y el sitio donde tenían sus recursos los defensores de la cautiva Buenos Aires, se resolvió concluir rápidamente con aquellos elementos contrarios.

En la madrugada del primero de agosto, antes de rayar el alba de un día frío y nebuloso, emprendió su marcha al frente del regimiento número 71, ocho piezas de artillería y una veintena de jinetes.

A las seis de la mañana estaban los intrépidos ingleses sobre la meseta de Perdriel, hermosa colina a orillas del extinguido arroyo de la Merced, tributario del Luján, y que volcaba sus aguas a la altura del vado de Carupá.

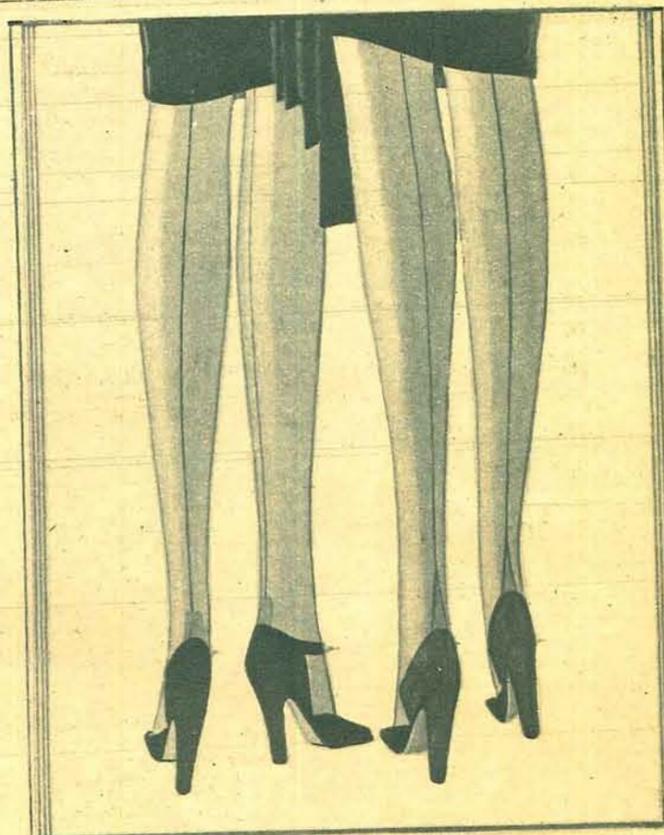
La presencia inesperada de los enemigos sorprendió a los revolucionarios, y el primero en darse a una retirada que tenía todo el carácter de fuga fué el jefe de los Blandengues, cuya tropa le siguió al centro de la campaña, sin temor a ser perseguida, porque los ingleses no llevaban bastante caballería. Mal servida y peor montada, la artillería no pudo ni supo resistir a los infantes del 71, y todo quedó perdido en poco más de una hora.

Lleno de ira y de vergüenza, Pueyrredón invita a los solda-

dos de su reducido plantel para dar una carga a los enemigos, que ya se aprestaban para celebrar el triunfo, y encontrando generosa acogida a su proyecto, se pone al frente y da la primera y más brillante carga sobre las compañías inglesas. Rompen las filas, llegan hasta el carro de las municiones y lo arrebatan del centro mismo de los enemigos, asombrados de tanto valor.

Corren con la presa, pero antes de ponerse en salvo una bala de cañón, certeramente dirigida, destroza el caballo del arrogante caudillo, quien cae de pie y con la espada centelleante en la mano.

Los ingleses se precipitan, le rodean y creen ya cierta su captura, cuando volviendo riendas uno de los más audaces compañeros de Pueyrredón,



Señora:

Para que Vd. se Entere:

Hemos completado nuestro amplio surtido. Puede usted adquirir medias, según su calidad y gusto, a los precios siguientes:

| ARTICULO No. | EL PAR |
|--|---------|
| 42 de seda Nipón con cuchilla calada, en colores de moda | \$ 3.60 |
| 43 de seda Nipón lisa, colores de gran actualidad | \$ 3.90 |
| 44 de seda Nipón con cuchilla calada, colores de rigurosa moda | \$ 4.20 |
| 54 de seda Nipón con cuchilla calada, puño de hilo, pico de color y vainilla de fantasía, en todos los colores de moda | \$ 4.60 |
| 47 de pura seda natural lisa, colores de gran actualidad | \$ 4.90 |
| 46 de pura seda natural, talón en punta y cuchilla calada | \$ 5.10 |
| 48 de pura seda natural, con cuchilla calada, colores de rigurosa moda | \$ 5.20 |
| 58 de pura seda natural muy tupida, cuchilla calada, puños de hilo, en todos los colores de moda | \$ 6.20 |
| 60 de toda pura seda natural, puño y planta reforzada interiormente de hilo, en preciosos colores de gran moda | \$ 7.50 |

VENTA AL DETALLE:
En las principales casas del ramo de toda la República.

PARIS



MEDIAS DE CALIDAD
para señoras, caballeros y niños

Fabricantes: N. MUÑOZ SAUCA Y SALZMANN

Distribuidores LOPEZ GOYA & Cia. — Alsina 1273
al por mayor: STAUDT & Cia. S.A.C. — B. de Irigoyen 330



Aquí puede observarse el curioso ombú, cuyo tronco mide trece metros de diámetro, con sus enormes ramas entrelazadas, y a su sombra la típica pulpería criolla

clava las espuelas a su caballo, atropella y destroza cuanto encuentra al paso, llega hasta su jefe, hace girar sobre los jarretes al brioso animal y se acerca al superior, gritándole: "¡Suba a mis ancas!"

Así lo hizo el arrojado jefe, y de un salto, como sólo puede darlo un ágil gaucho, se sienta en la grupa, y parten como una saeta, dejando pasados a los ingleses.

Estos célebres jinetes que rompían las líneas del heroico 71 fueron los Húsares de Pueyrredón, que once días más tarde dividían los laureles de la reconquista con el valiente escuadrón venido desde la Colonia a las órdenes del capitán don Benito Chain. Así nació la caballería argentina y se bautizó en el fuego y en la gloria.

EL DIRECTOR SUPREMO Y SU REPOSTERO DE PARIS

Cuando el director Pueyrredón vivía en su hermosa quinta, sobre la barranca, estaba rodeado de numerosa servidumbre, con repostero de París y cocina propia de un Rey, haciéndose servir en la sola comida que cada veinticuatro horas acostumbraba, los platos y manjares más delicados.

Tan metodizada tenía la variación de su comida para no fatigarse, que se puede afirmar que los trescientos sesenta y cinco días del año disfrutaba de una mesa distinta.

Para satisfacer estas exigencias gastronómicas sin agotar los recursos de su cocina, hizo traer de Europa, entre muchas especies aquí desconocidas, los caracoles, que propagó después en sus jardines.

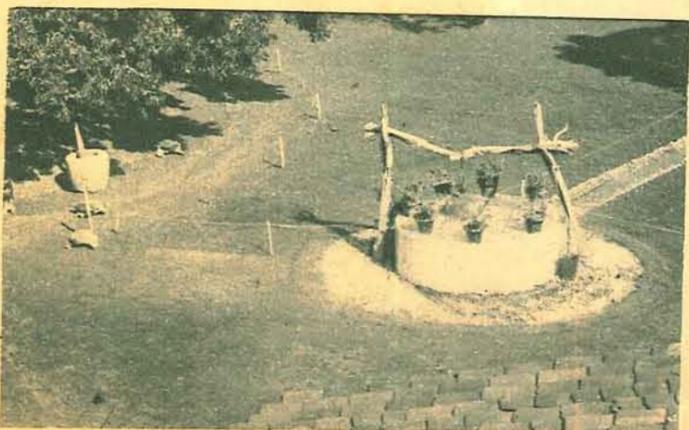
Los pescados se conducían vivos a los estanques para comerlos por su orden.

Allí se beneficiaba el cerdo, había palomares y cuantas aves domésticas se conocen en el mundo, no faltando tampoco liebres ni conejos.

EL OMBÚ DE LA ESPERANZA

Comúnmente, de sábado a lunes, iban a pasar dos días de descanso a San Isidro el ge-

Desde la azotea se ven las tejas que cubren los corredores, y en medio del jardín un pozo de roldana, a pocos pasos del ombú



neral San Martín y su amigo el después general don Tomás Guido, quienes luego de almorzar se iban paso a paso hasta la quinta de su común amigo Pueyrredón, el cual les invitaba a beber el exquisito café de Yungas, traído a lomo de mula desde los valles del Perú, como si se tratase del té que se cosecha en el Imperio chino, para la sola y dorada jicara de su emperador, el Hijo del Cielo.

Bebido el café, se levantaban los tres personajes: San Martín, calzado de botas herradas, vestido de azul, con su corbatín histórico y la gorra de cuartel; Guido, de zapatos de hebilla, media negra de seda, casaca verde de botella y sombrero de fieltro de gusto inglés; Pueyrredón, con la clásica sencillez de un plantador, usaba allí una ropa casi talar, de seda antea, calzado de cordobán amarillo y un sombrero de jipijapa de tan grandes alas, que parecía un inmenso paraguas.

Guido tomaba un libro de la estantería, Pueyrredón una escopeta morisca cincelada, San Martín una cartera con papeles y pinturas, y así se ponían en marcha, seguidos de un negrito que llevaba sobre su traje blanco el morral y los útiles de caza de su amo.

Después se encaminaban por la calle de los nogales, hacia el Ombú de la Esperanza, hermoso y gigantesco árbol que se eleva todavía solitario cerca del camino real, dentro de la chacra que fué del mismo Pueyrredón.

Ellos lo bautizaron de este modo porque, sentados en su enorme tronco, juraron consumir la obra de la independencia.

GUIDO, SAN MARTIN Y PUEYRREDON EN SUS DISTRACCIONES FAVORITAS

Una vez llegados al ombú, Guido leía un rato, San Martín dibujaba y Pueyrredón hacía algunos tiros al vuelo, cuyas víctimas eran recogidas por el criado y llevadas a la cocina del gastrónomo sibarita para ser comida del día siguiente, pues tenía especial gusto en comer las aves muertas por su mano, y prefería una gaviota volteada por él a la más rica de las aves de corral.

Transcurrían dos o tres horas en estos ejercicios de lectura, pintura y caza; se comentaba la página leída por Guido; se aplaudía o se criticaba la



Pequeño cañón, emplazado en el mirador de la casa, que sirvió para la defensa contra los indios

viñeta dibujada y colorida por San Martín, o se festejaban los certeros y siempre felices disparos de la segura y relumbrosa escopeta del dueño de casa.

Nada o muy poco se hablaba en esa hora de política ni de guerra; se vivía y se gozaba de la existencia, olvidando sus preocupaciones en el seno cariñoso de una confianza recíproca.

De vuelta de la caza, tomaba Pueyrredón una llave de su armario, y dejando el gran sombrero en una percha fija en la pared, poníase un gorro, que por su color y hechura revelaba algún parentesco con el bonete de la libertad, dirigía a sus amigos por una escalera y los tres se encerraban en el pequeño saloncito que constituía el mirador, coronado exteriormente por cuatro perillas de barro colorado. Allí sí, trataban de política y fumaban, sin testigos.

LA PULPERIA DE LA MUERTE

Según cuentan viejos vecinos de San Isidro, en el lugar denominado el Quintón de Aguirre, donde hoy todavía queda en pie una casa blanca, de azotea, hubo, antes de ser comprada por esa familia, un comercio denominado Pulpería de la Muerte.

Hecho explicable, pues la casa está situada sobre la calle Centenario, antes Santa Fe, y que en aquel entonces era el único camino real del Norte, por donde transitaban las carretas y las tropas de hacienda que bajaban a la capital.

Su nombre trágico se debe a que en tales comercios, lejos de lugares poblados y contando entre la clientela a gente pendenciera y de armas llevar, eran frecuentes los duelos criollos, que solían terminar con la muerte de uno de los rivales.

La casa estaba rodeada por un cerco de ñapindá, siendo un lugar solitario y lóbrego, escenario de varios crímenes, donde más de una vez llegaron a "tomar la copa", mientras daban un resuello a sus caballos, los mazorqueros que venían persiguiendo a algún "lomo negro" que pretendía escapar por la costa del río a media noche.

Como un recuerdo a este destino de la casa, actualmente el Jockey Club ha levantado a pocos metros de la misma una clásica pulpería instalada en un rancho de paja y terrón, con puertas cubiertas con cuero de vaca.

Al frente, bajo una pequeña enramada, se alza el mostrador con su enrejado, para defensa del pulpero, que tiene a la mano un trabuco.

Detrás, sobre la rústica estantería de madera, se ven alineadas las típicas botellas o porrones de "giniebra", "guindao", caña paraguaya, las tres clases de vino Carlón y otras bebidas de las marcas preferidas en el campo, junto a los vasos de vidrio con un fondo más grueso que su contenido, y las infaltables tabas.

De clavos sujetos en el muro cuelgan varias prendas de un



apero y riendas de cuero crudo; las "botas de potro" del propietario; y sobre el blanqueo de las paredes se observan dibujadas a punta de cuchillo las marcas de los Luro, Urquiza, Campos y otros hacendados.

A pocos pasos, y como si llegara de largo viaje, está una carreta de bueyes que tiene suspendida su caja por dos grandes ruedas de lapacho con llantas de hierro.

Conserva su pértigo, "muchachos", picanas, coyundas; bajo el piso lleva el "noque", donde van los utensilios del boyero, y sobre el techo se ven varios cueros de vaca.

DESCRIPCION DE LA CASA COLONIAL

Cuando esta parte de la chacra de Aguirre, llamada El Quintón, fué vendida al Jockey Club de Buenos Aires para campos de deportes, con una superficie de trescientos quince hectáreas, la comisión directiva de dicha institución resolvió habilitar para museo la casa colonial existente en el extremo del terreno, sobre la actual Avenida Centenario.

La idea fué secundada con gran entusiasmo por el entonces secretario Dr. Alberto Julián Martínez, quien después de restaurar algunos detalles del edificio centenario—como ser los pisos—se ocupó de amueblarlo de acuerdo con los usos y costumbres de la época en que fué de Pueyrredón.

La casa, que es de ladrillo y barro, se halla blanqueada, lo cual le da un aspecto simpático; tiene techos de azotea y aleros de tejas. Los pisos son de baldosa cocida y su techumbre está sostenida por palmas del Paraguay y alfajías de urunday, reforzadas con gruesas zapatas. La carpintería de las puertas y ventanas es de algarrobo, con herrajes hechos a fragua.

Para subir al mirador, algo muy característico de la construcción, es una rampa de fácil acceso, en el costado mismo del edificio.

En un ángulo de la azotea se destaca la veleta de hierro que representa un gallo, igual al que ostentaba el templo del Rincón de San Pedro; y tras una abertura del parapeto, que mira hacia la campaña, hay colocado un pequeño cañón de hierro para defenderse de los indios.

En la habitación de la esquina se halla el escritorio, que luce un arca de caudales blindada, un reloj de pie y varias sillas coloniales de vaqueta.

Sobre la mesa se ve una escribanía con sus correspondientes plumas de ave y un Cristo antiguo.

En la pared del fondo, una librería de madera dorada, cuyos estantes los ocupan viejos libros encuadernados en pergamino.

La amplia habitación del frente es la sala, con rico juego de muebles de caoba, tapizados y vitrinas en la pared conteniendo objetos de gran valor histórico. Del techo pende una lámpara.

Luego se pasa al vestíbulo, adornado con su mesa central, sillas, una alacena conteniendo platos y vasos de época, la guitarra del dueño de casa, y

A través de la enramada de la pulpería se ve la carreta, que llega de largo viaje, descansando sobre su pértigo. Junto al mostrador hay varias cabezas de vaca retobadas de cuero, para sentarse, y un mortero para pisar maíz

sobre el pasamano de la escalera que conduce al dormitorio alto, un poncho de colores vivos.

La habitación de arriba, que disfruta de aire y luz por el balcón de la esquina, contiene en el centro una caja de jacarandá del siglo XVIII, traída de Córdoba y cubierta por lujosa colcha de damasco de seda rojo; una cómoda-escritorio de caoba, y varios cuadros con motivos religiosos e históricos que adornan las paredes.

EL MORTERO DE PIEDRA DEL GENERAL PACHECO

En el jardín, dando frente a los corredores, hay un gran pozo de roldana y un magnífico ombú centenario, cuyo tronco mide trece metros de circunferencia.

Al pie del mismo llama la atención el gran mortero de piedra, de una sola pieza, con su correspondiente mano de madera, que perteneció a la casa-quinta del general don Angel Pacheco, en San Isidro.

Diseminadas en el suelo y bajo la sombra del frondoso árbol, algunas cabezas de vaca retobadas con cuero del mismo animal, para que sirvan de asiento a los invitados.

Los jardines que rodean la casa están adornados con plantas típicamente criollas: ceibos, jazmines del país, tunas, aromos y otras variedades, siendo la iluminación del mismo con faroles a kerosene, que se encienden todas las noches.

Evocación minuciosa y artística, que gracias a la feliz iniciativa del Jockey Club, ha conservado en pie el Quintón de Aguirre y sus alrededores para solaz de los amigos de nuestras tradiciones y enseñanza histórica para las generaciones del porvenir.



LA MEJOR PÓLIZA VIDA

con privilegios múltiples

INCLUSIVE:

SUBSIDIOS DIARIOS

por accidentes y enfermedades

PIDA INFORMES

COMPAÑIA ASEGURADORA ARGENTINA

AVENIDA DE MAYO, 776

Buenos Aires

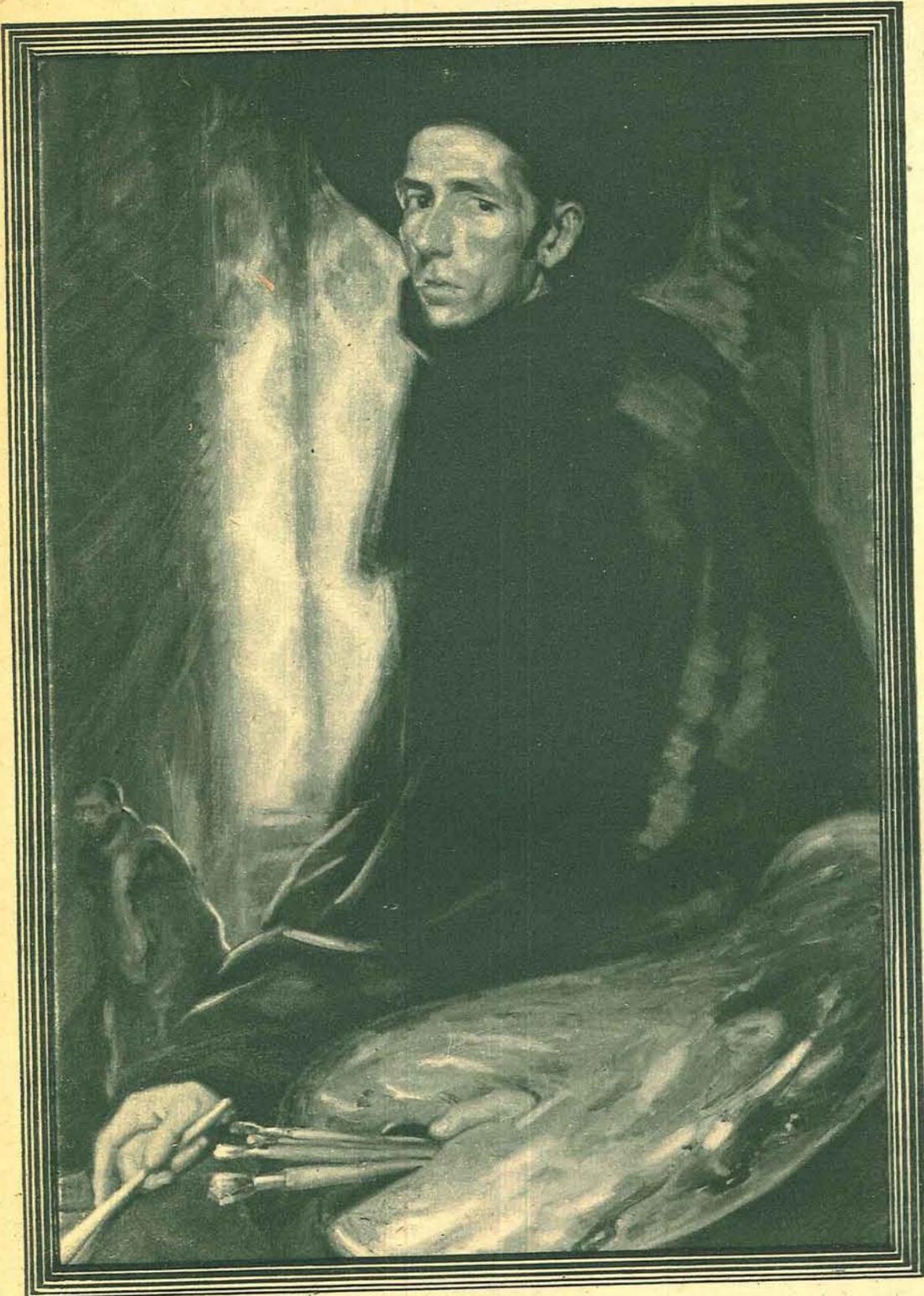
PINTORES ESPAÑOLES

figura en la que todo pardea entre dos algarabias de color, la de la paleta y la de la vidriera. Se ve al bohemio, en invierno, sin ropa que ponerse, envuelto en una capa, quizá prestada, pintando en su estudio, soñando con escalar la gloria. Este cuadro es un acierto y hará un gran papel en el Museo precitado.

Dícese que llevamos veinte años de desorientación en la pintura, y, sin embargo, en

presencia de una exposición como esta de Ismael Blat se comprende que la orientación única está en pintar bien, sin academismo, sin fórmulas ni recetas, y hasta sin cánones, cuando la pintura es resultante de la emoción, que es lo que ocurrió en las obras geniales de El Greco, Goya y Muñoz Degraín. Esos cánones, cuando no están regidos por la emoción, que es la ley más principal en el arte, apenas tienen valor: "cánones sin leyes, arado sin bueyes".

En la actualidad predomina en el mundo el snobismo. Los "snobs" idioticos (la mayoría)



"El bohemio", cuadro de Ismael Blat, adquirido para el Museo Moderno

ISMAEL BLAT

POR
**LEOPOLDO
BASA**

(Para LA NACION)
MADRID, abril de 1930.



El valor efectivo del arte contemporáneo español se aprecia principalmente en Madrid y en Barcelona. En Madrid, además del Palacio del Retiro, hay tres grandes locales, semioficiales, donde se celebran exposiciones de arte. También hay otros particulares. En Barcelona solamente hay galerías de esta clase, pero importantes.

Entre las exposiciones que en todos estos sitios se están efectuando hace cuatro meses, ha destacado notablemente la del joven pintor valenciano Ismael Blat, que con éxito asombroso acaba de exponer sus cuadros en el mejor salón del Palacio de Bibliotecas y Museos, aquí en Madrid. La prensa toda así lo ha consignado. Los mejores críticos, como Gil Fiol en "Estampa", Méndez Casal en "Blanco y Negro", Luis Galinsoga en "A B C", Jorge de la Cueva en "El Debate", y arqueólogos y escrito-

res como Carlos Navarro y el Marqués de Lozoya, le han dedicado artículos muy laudatorios. El público, que durante quince días llenó aquel salón, decía satisfactoriamente: "al fin", y algunos de los pintores que la visitaban aseguraban que muchos primeras medallas ni pintaban ni habían pintado con tal maestría.

En la caótica desorientación de estos tiempos, que a todos envuelve, a unos permanentemente, a otros por momentos nada más, exposiciones como ésta a que aludo señalan las únicas rutas posibles para el retorno al buen juicio.

Todas las ferocidades del vanguardismo no son más que escarbaduras en la insania, ceguera, impotencia: los que pintan como Ismael Blat, sin ser académicos ni dislocados, hacen un arte nuevo que pudiera clasificarse de reintegración al equilibrio.

Entre retratos, paisajes, estudios y dibujos presentó sesenta y cuatro obras. Tres notas muy salientes predominaban en ellos, y eran: cuadros luminosos de Marruecos y Valencia; cuadros grises de Girona, Florencia y Santiago de Compostela, y retratos magistrales que recordaban al pintor alemán del siglo XVII Holbein el joven. La admiración y el aplauso que despertaron esos retratos ha sido unánime. En ellos se advierte el arte de es-

tilizar con elegancia, sintetizando y afinando, sin que el artista deje de ser tributario de la psicología del retratado. En los retratos femeninos tiene este pintor la estimable particularidad de avivar la parte bella sin restar nada el parecido, y esto, como es natural, agranda la estimativa de las mujeres.

En los cuadros luminosos de tal pintor hay comunión pictórica, hay una técnica vibrante, intensa, sin nada de exageraciones, hay belleza de ejecución, y en los de tintas grisáceas hay belleza de emoción, están pintados de otro modo, sin la menor insistencia, con cierta blandura poética, poniendo alas a la ilusión con acierto ardiente. En unos y otros no hay intoxicaciones, ni patrones, ni trucos, ni afectación, ni amaneramiento. Pintura honrada, sin arabescos ni equilibrios, arte y sólo arte, más fuerte en unos, más flojo en otros, pero en todos arte de inquietud, sin dejar de ser en cada sitio arte paciente. Arte objetivo al par que subjetivo, más objetivo en los cuadros luminosos, más subjetivo en los cuadros grises de humedales, porque en la luz están sus impresiones vernáculos y en el misterio gris están las impresiones de su mayoría artística.

Para el Museo Moderno adquirieron sus directores el cuadro titulado "El bohemio". Una

Dorothy Gray

Los años nos acechan en la sombra.



¿Maltratarán nuestra juvenil belleza?

LA EDAD está en acecho bajo la sombra de la barba. Si la papada pierde su firmeza es signo innegable de que el tiempo o el descuido han empezado sus crueles ataques contra nuestra juventud. Pero Dorothy Gray ha descubierto una serie de sencillos tratamientos y preparaciones para evitar o remediar la papada. Los ha puesto en práctica con sorprendente buen éxito en sus salones de Estética Facial de París y Nueva York y ahora le ofrece a usted la oportunidad de usarlos en su propio hogar. En el librito "Nuestro Patrimonio de Belleza" que le ofrecemos gratis se describe el tratamiento adecuado para cada caso y en las mejores tiendas de la república puede adquirir las preparaciones de Dorothy Gray que necesite. No pierda tiempo. Empiece a atenderse antes de que sea demasiado tarde.

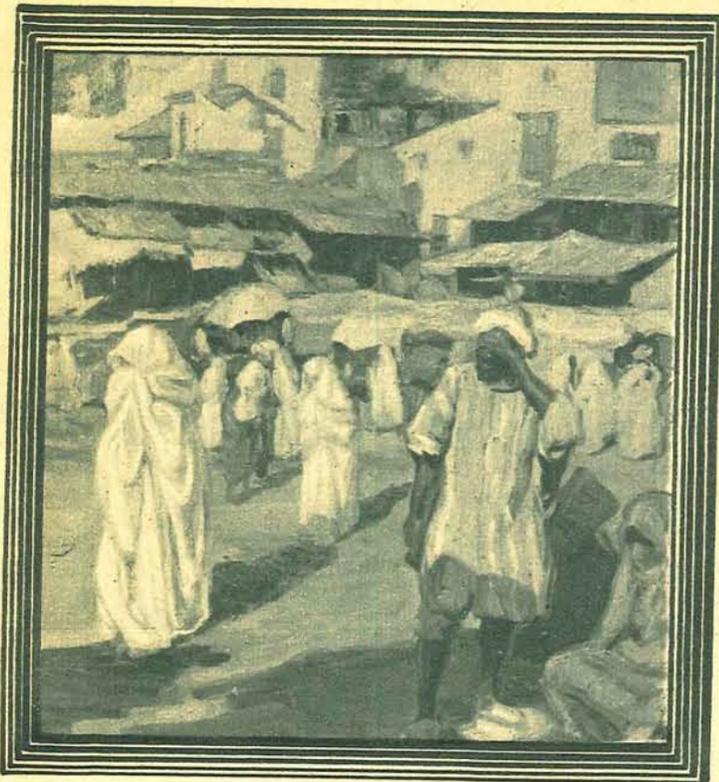


CREACIONES

DOROTHY GRAY



DOROTHY GRAY, Casilla de Correo 2492, Buenos Aires
Srvase enviarme un ejemplar de "Nuestro Patrimonio de Belleza". Estoy especialmente interesada en los siguientes tratamientos: Contra las líneas y arrugas. Contra la papada. Contra la flajedad de los músculos y la sarganta marchita.
Sra. o Srta. _____
Calle y No. _____
Ciudad _____ Provincia _____



Sol de Zoco (Marruecos), por Ismael Blat

han llegado a extasiarse ante tallas groseras hechas con hachas por negros, elogiando su síntesis. No han caído en la cuenta de que más sintético es

el leño y más aun el propio árbol.

Será muy fácil que después del anarquismo artístico, creado por el suprerrealismo, el cubismo, la negrofilia, etc., se vuelva a caer en la lactancia académica; pero fuera de ella,

como cosa ponderada de equilibrio y de acierto, estará siempre la rosa náutica, que en el arte mantienen los pintores como Blat, señalando rumbos honrados, o sean los únicos que pueden llevar a la obra perfecta o genial.

Los expresionistas, para crear sus cuadros, no contemplan lo que se puede ver y, por lo tanto, pintar: dicen que pintan estados de conciencia y subconsciencia, y lo que en realidad parece que pintan son estados de una mala digestión. Es el arte de todos igual en todas partes, para el que no hay fronteras ni cielos ni escuelas; vale menos que un oficio.

Lo interino, que actualmente es lo que predomina en todo, en arte no puede ser. Ciertos cánones lo impiden. La maestría tradicional no perdió su influjo y sólo son cotizables y admisibles las variantes que resulten de la impresión y expresión personales: el estilo, la manera, el ritmo, la emoción; en fin.

La buena floración de pintores no se interrumpe en España, sobre todo en Valencia. La cronología de los pintores valencianos así lo estatuye: desde Juan de Juanes, Rivalta, Ribera y Espinosa hasta Domingo, Muñoz Degrain, Pinazo, Sorolla, Benedito Mongrell y ahora Ismael Blat, panoja de brillantes de la que sólo Valencia se puede enorgullecer.

En esa región de manzanas de oro hubo casi siempre un pintor que con toda justicia empujó el cetro de la pintura española. Al propio tiempo que ta ocurría, haciase ver el probable heredero de tal insignia soberana: el Príncipe. Últimamente tuvo el cetro Sorolla, y Benedito parecía el llamado a heredarlo, pero este príncipe medio se marchitó. Las valvas madrileñas lo encerraron y emustiaron. Su pintura culminó en un retrato que hizo de su señora madre y regaló a la Academia de San Fernando. Después hizo un esfuerzo para presentarse dignamente en Norte América, y a partir de ese momento su declinar fué notorio. Hoy pinta por oficio, sin emoción, agradando mucho al vulgo copetudo; pero el vulgo, en cualquier orden de la vida, lleva consigo aire mefítico, negativo en su misma afirmación. El vulgo encopetado esterilizó el arte pujante con que se había presentado Benedito, perdió por esto su principado y ahora parece haberlo recogido Ismael Blat.

De la vida de éste voy a referir algo que bosqueja su carácter de dominio. Huérfano de madre, sólo conoció a su padre, un honrado labrador que toca el violín cuando el cultivo le deja media hora libre. La Valencia ubérrima, la de las ufanías del perfume y del oro con que se engrían los naranjos, tiene un cielo casi siempre sin nubes. Este magnífico doselete azul despertó en el niño labriego dos amores: uno a la tierra agradecida que trabajaba su padre, y otro a una cosa misteriosa que él creyó encontrar en Manises, simpático pueblo vecino al suyo, cuyos habitantes (6000) viven todos de la cerámica. El arte del barro despertó en el jovencito el amor al dibujo, y todos los días se iba a pie desde su pueblo (Benimamet) a la Academia de Bellas Artes de Valencia, por Manises, recorriendo en ida y vuelta diez y siete kilómetros. Ribera (El Españolito) hizo más: se fué a pie de Valencia a Roma. Este pintor, el pintor de la reciedumbre al par que de la emoción, no ha sido aún colocado en el lugar que le corresponde. Hubo un tiempo en que sólo sonaban Velázquez, Murillo y Ribera; hoy sólo sueñan, de tal jerarquía, Velázquez, El Greco y Goya. Ribera está un poco olvidado injustamente, porque en muchas obras se codea con Velázquez y en dibujo y solidez nadie le supera.

Volviendo a los primeros pasos de Blat, he de citar algo de su vida en el colegio de Burjasot, institución de doña Carolina Alvarez para jóvenes

sin recursos que quieran estudiar. Allí estudiantes de medicina, farmacia y leyes, allí consiguió entrar Blat como artista principiante. El gasto que hacía de pinturas y lienzos alarmaba al director, un cura que era la negación de todo sentimiento artístico, por lo cual restó elementos al pintor en capullo. Este descubrió que su cama y la de sus compañeros tenían una lona entre el colchón metálico y el de lana; subrepticamente se apoderó de todas, las preparó y las convirtió en paisajes. Cuando el cura director lo descubrió hizo un escándalo atronante.

El pintorcito tenía su habitación-estudio en una torre del edificio, sobre el tejado del mismo. Por la noche abría la ventana a la luz de la luna. Veía en el fondo la silueta de Valencia, a su izquierda el mar, y en primer término los árboles magníficos del parque del colegio, donde cantaban los ruiseñores. La emoción que todo esto le producía le empujaba a echar el colchón de su cama sobre el tejado, y allí dormía, bajo las estrellas, ante horizontes tan poéticos como misteriosos, oyendo las melódicas querellas de aquellas aves cantoras. Cuando el cura descubrió aquello lo trató como se trata a un loco y ordenó que clavasen fuertemente aquellas ventanas para que el loco no durmiese en el tejado, sino en su cama.

De Burjasot saltó a Valencia, de Valencia a Madrid, donde llevó cuatro años trabajando silenciosamente, y al presentarse con lo más selecto de su bagaje en esta corte, triunfó resueltamente.

El cura director del colegio de Burjasot, asombrado ante todo lo que decían los periódicos, le escribió felicitándolo cariñosamente y reconociendo que en este caso el loco había sido él.

Así empieza Ismael Blat, hijo de la huerta valenciana, que es como decir hijo de la energía y la luz. Artista ubicuo, cuya pintura es el resultado de la emoción vibrante y de la visión exacta. En su obra se advierte al punto que olvida hoy lo que ha pintado ayer, con lo cual el amaneramiento no puede existir y el amanecer perdura.

Si el arte es la vida vista a través de un temperamento, los cuadros de Ismael Blat son eso, cristales que dejan ver la policromía de la vida a través de un alma, lo mismo que hacen con la luz solar los "vitraux" de algunas catedrales encantadas.

Grandezas pasadas (Gerona), por Ismael Blat

Las Tres Gracias Modernas

La gracia de la sonrisa

reside en los dientes sanos y blancos en contraste con unos labios muy rojos. La

PASTA DENS

es la salud de la boca y la salud es siempre belleza. Limpia la dentadura sin rayar el esmalte. Desinfecta las encías y perfuma el aliento.

Tubo, \$ 1.25



En la Capital Federal



La gracia de un rostro lindo

matizado con la suavidad impalpable de los

POLVOS TRINI

adquiere un nuevo encanto porque la sutilísima capa perfumada que ponen sobre la piel, hace desaparecer todas las pequeñas imperfecciones del cutis, dejándolo fresco e igualado.

Caja, \$ 2.-



En la Capital Federal

La gracia del cutis suave

es la suprema gracia, porque no hay belleza absoluta sin una piel tersa y fina que haga resaltar los encantos naturales del rostro. El



Jabón Heno de Pravia

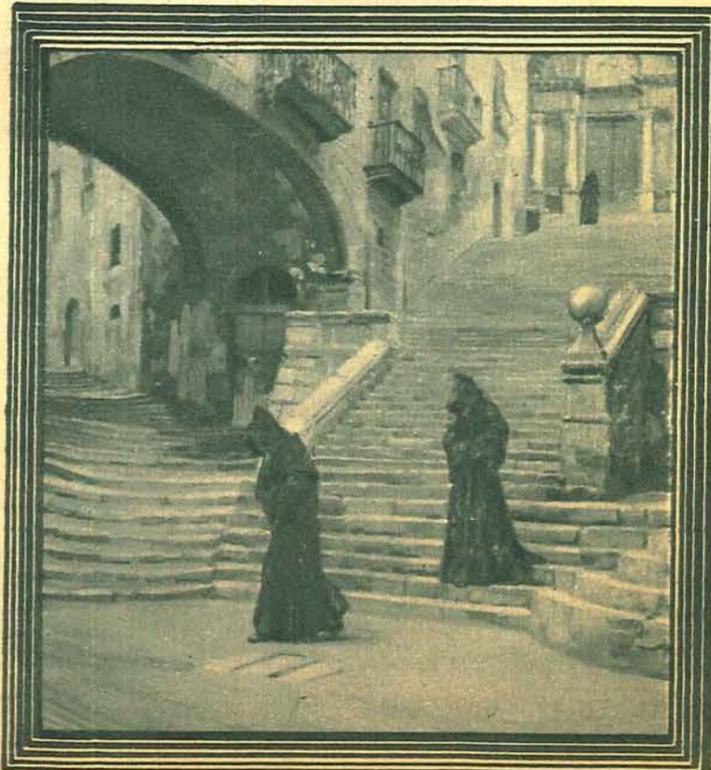
limpia los poros, iguala y mejora el cutis, manteniendo sus tejidos flexibles con el purísimo aceite de oliva que contiene. Su espuma abundante deja la piel impregnada de un perfume característico e inimitable.

\$ 0,70

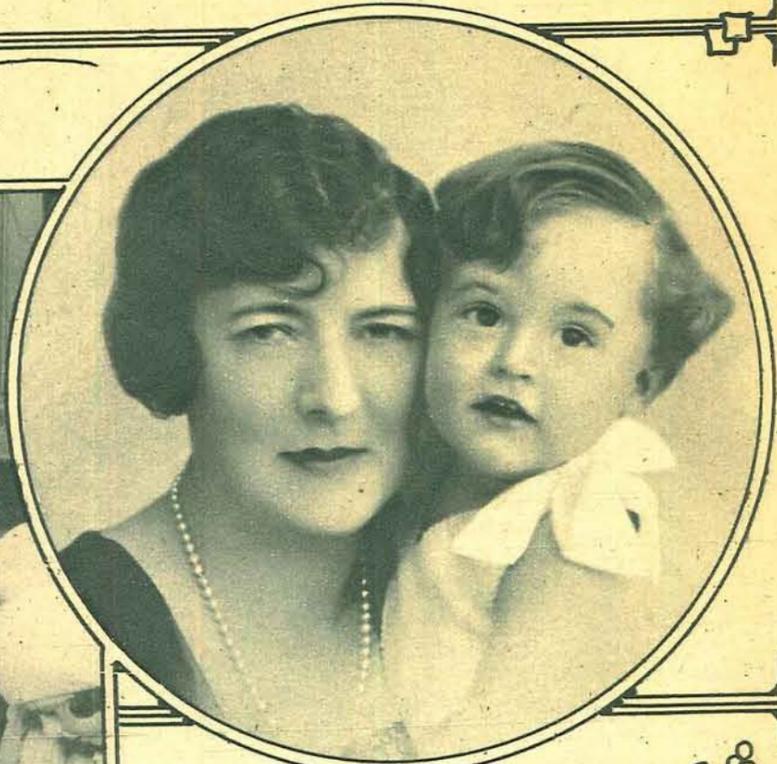
en Tiendas, Farmacias y Perfumerías de toda la República.

PERFUMERÍA GAL

INDUSTRIA ARGENTINA
MADRID - BUENOS AIRES
LONDON - NEW YORK
FABRICA EN BUENOS AIRES: MAURE, 2010-14



Film Social



La señora Helena Cabral Hunter de Méndez y su nieto Eduardo Acevedo (hijo).

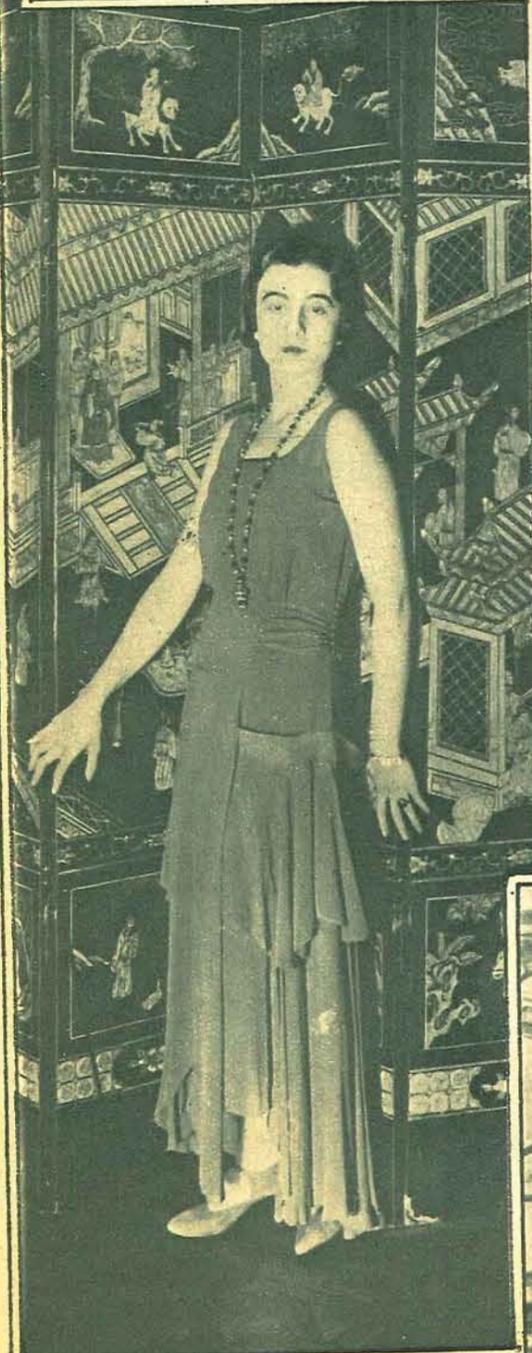


El taller noelista reúne periódicamente a un grupo de señoras que realizan una interesante obra de ayuda social. De izquierda a derecha: Estela Fernández, María Julia Bafico Miguens, Marta Fernández, María Isabel Llambi Terrero, María Luisa Bafico Miguens, María Rosa Méndez, María Elena Lezica, Irene Estrada Saguier, Elena Cichero Tezanos Pintos. De pie: María Isabel Obarrio y Julia Elena Giménez Zapiola.

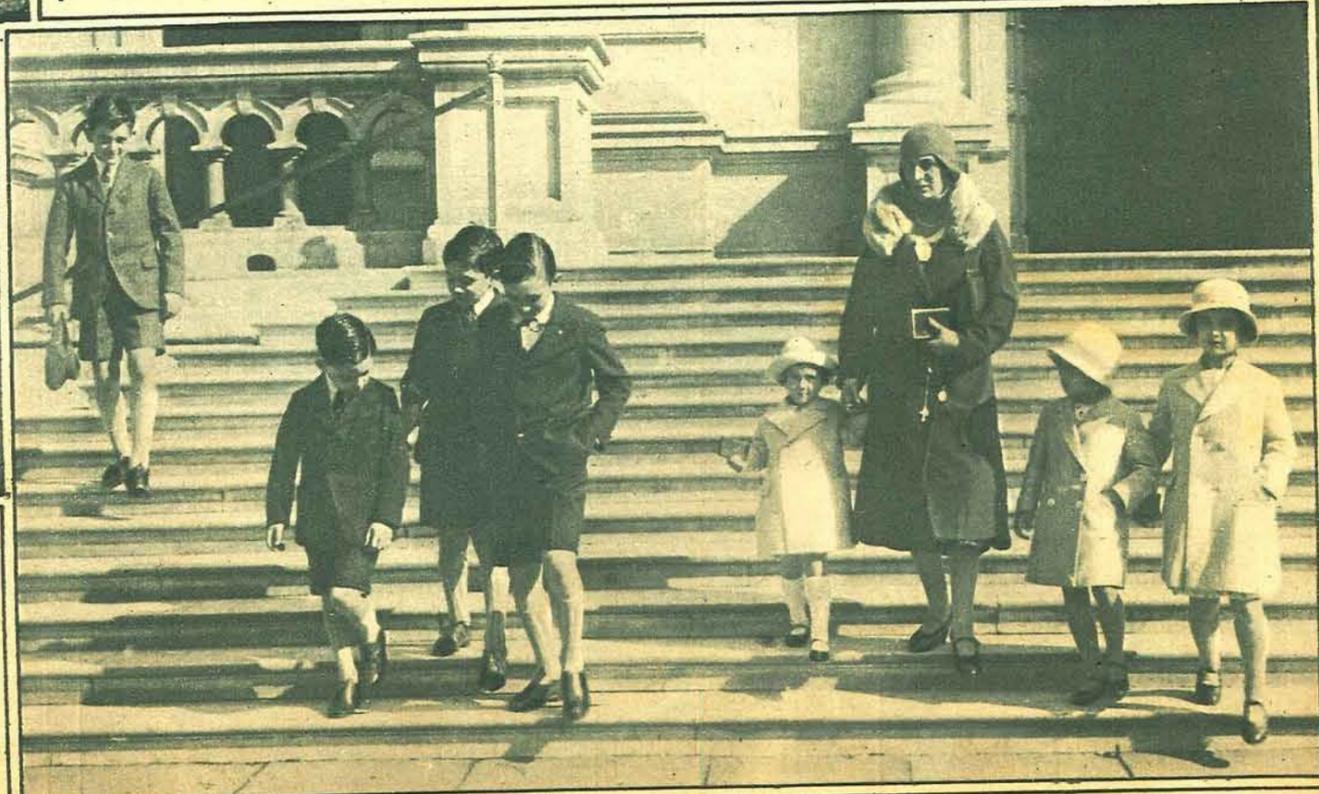


En su último viaje, el "Giulio Cesare" condujo a Europa a un grupo de familias que aparecen en la cubierta del trasatlántico. De pie, de izquierda a derecha: Julio Avellaneda Santamarina, Marta del Campillo, doctor Gregorio Aráoz Alfaro, Lelia Hughes Castex, y Carlos Hartig. Sentados, de izquierda a derecha: Belén Zapiola de Cobo, Celia Hughes Castex, y Mario Avellaneda Santamarina.

La señora Blanca Ayerza de Bustillo, saliendo de misa en compañía de sus hijos César, Jorge, Alejandro, Mario, Nelky, Marta y Blanca.



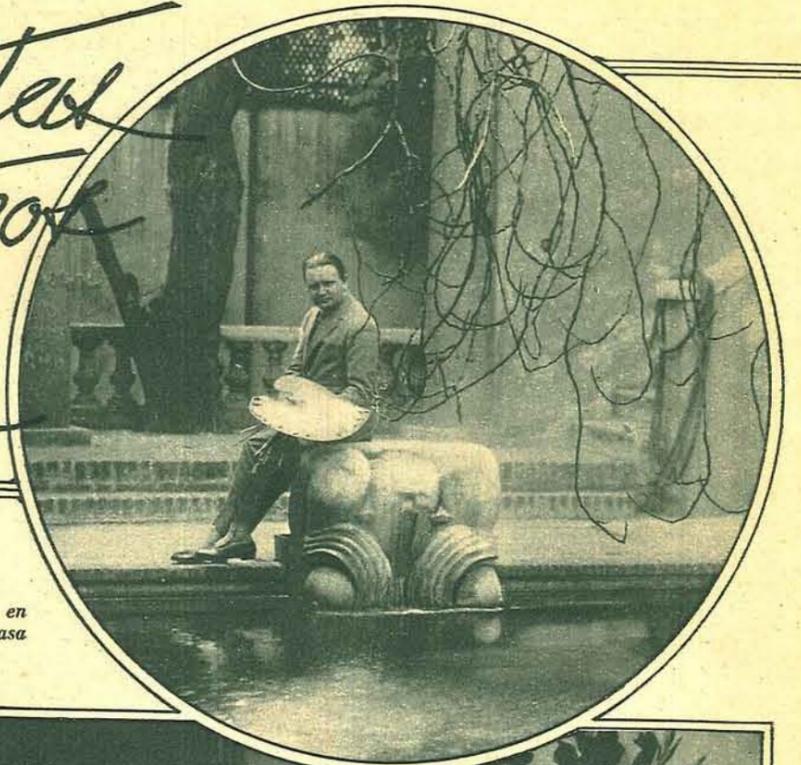
La señorita Delia Bosch Blaya allega, al presentarse en nuestros salones el atractivo de su singular elegancia.



Artistas argentinos en París



Cesáreo Bernaldo de Quirós, terminando de pintar el retrato de doña Zelmira Paz de Gainza.



Roberto Ramaugé en el jardín de su casa de París.



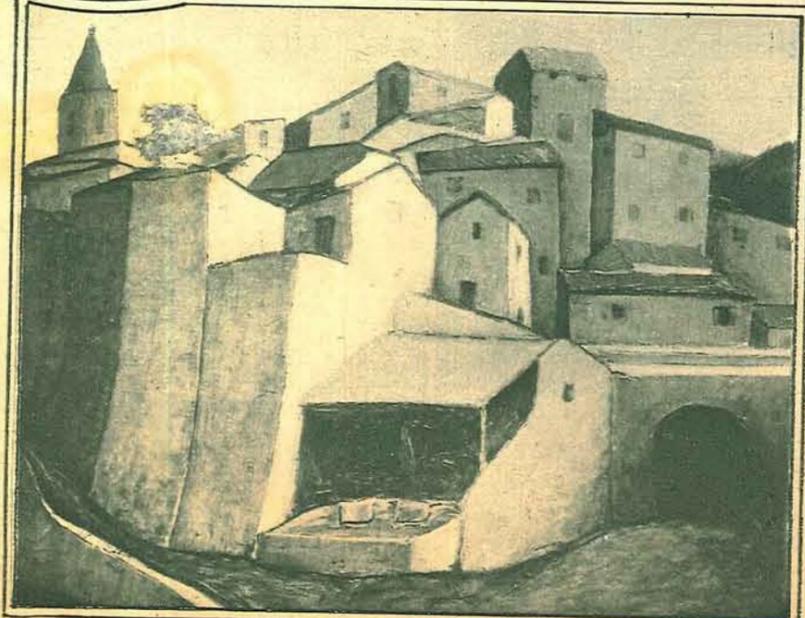
"Serenidad", pieza escultórica de Alberto Lagos.



J. M. Gavazzo Buchardo en su estudio.



El escultor Pablo Curatella Manes.



"Ceriana", de Rodolfo Alcorta.

Ahora es fácil tener los pisos siempre lustrosos pues todo el trabajo lo hace a perfección la **LUSTROLA PROGRESS**



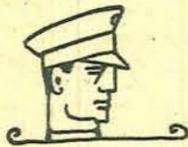
LLAME AL 37-RIVADAVIA-5332 para más detalles

FOLLETO GRATIS **Cassels & Co.** MAIPU 271

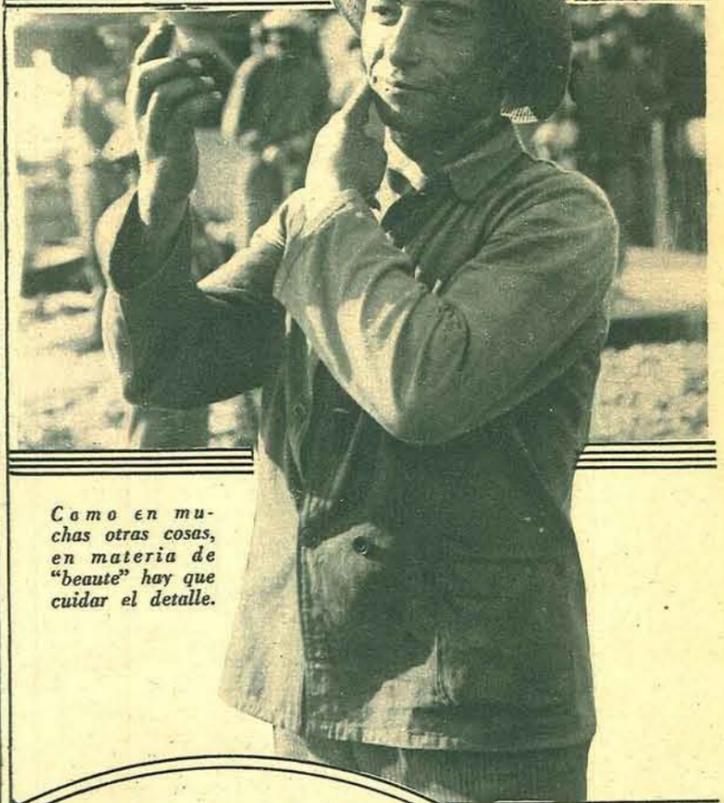
INSTANTANEAS



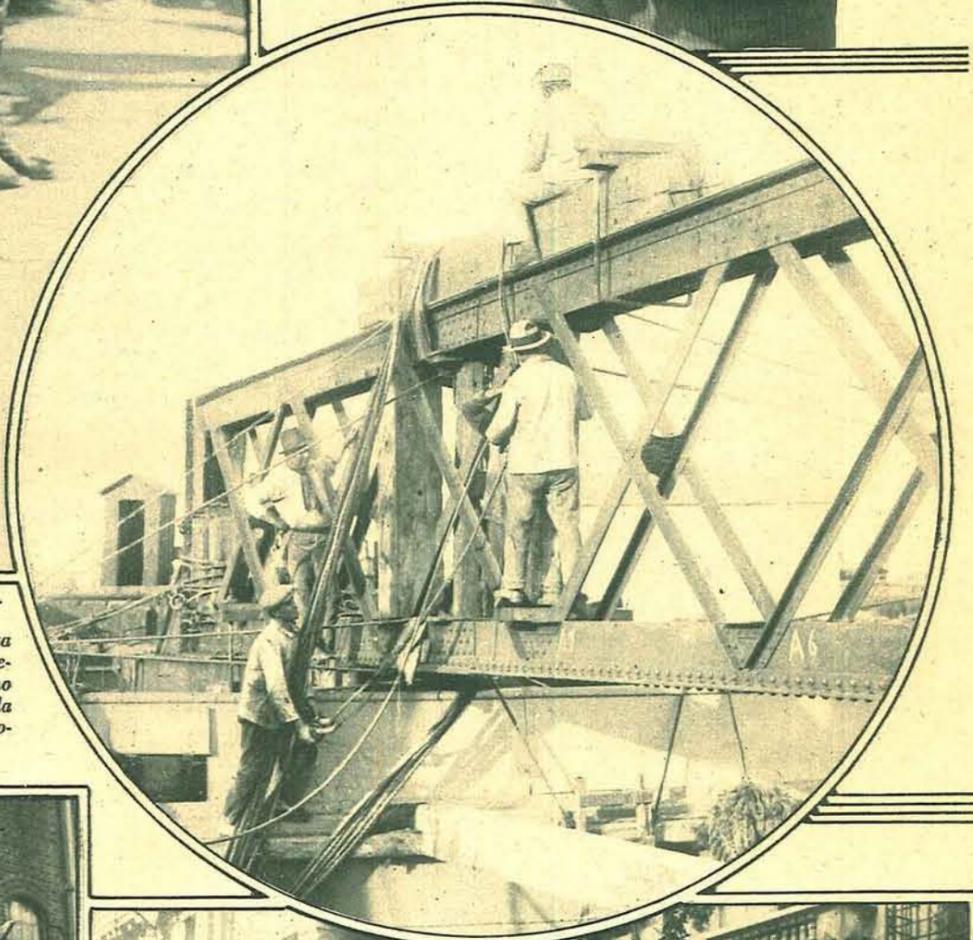
Los clarines, con sus notas vibrantes, son un estímulo en la marcha.



El trabajo cuando se realiza a conciencia, exige una preocupación excluyente que no permite advertir siquiera la presencia indiscreta del fotógrafo.



Como en muchas otras cosas, en materia de "beaute" hoy que cuidar el detalle.



Escenas del puerto. Llegando al lugar de embarque.



Anticipándose al espectáculo becqueriano de la caída de las hojas, la Intendencia ha dispuesto la poda de todos los árboles de la Avenida de Mayo, librándonos así de la evocación poética obligada.



De los Am



CAFIASPIRINA



EN las populosas capitales como en los más apartados rincones del país... En el palacio del potentado lo mismo que en la casa del humilde jornalero, **Cafiaspirina** es sinónimo proverbial de **Seguridad y Confianza**.

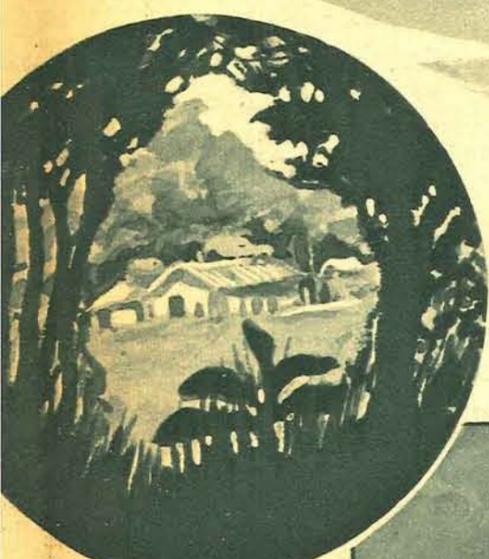
Y esto sucede porque no existe otro producto tan eficaz y de tan sorprendente rapidez de acción para combatir los *dolores de cabeza, muelas y oídos* y para prevenir las molestias de los *resfrios* y la *gripe*.

La Cafiaspirina es única e insustituible.



Pida siempre el tubo original o un Sobre "Bayer"

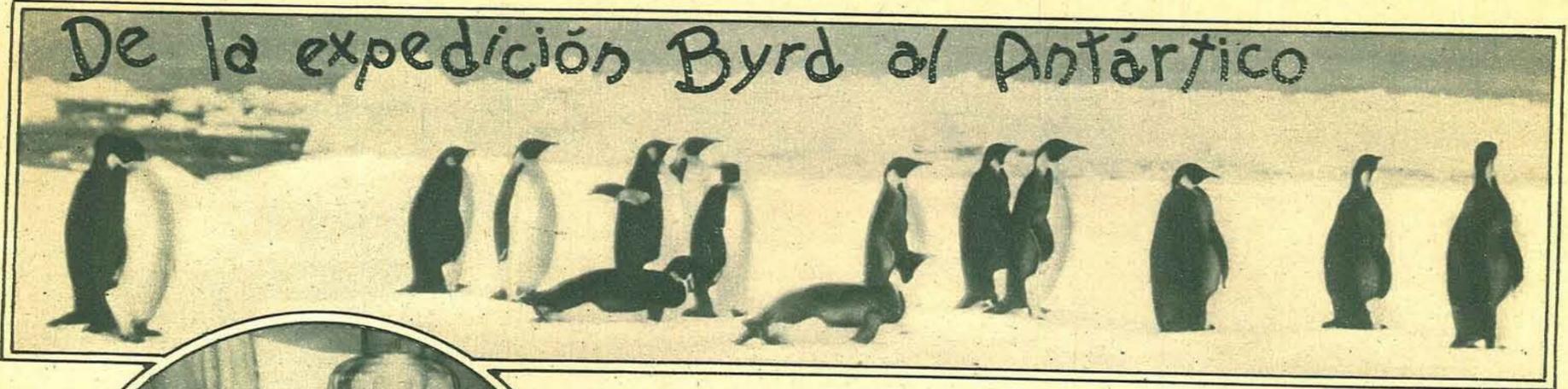
des al Plata...



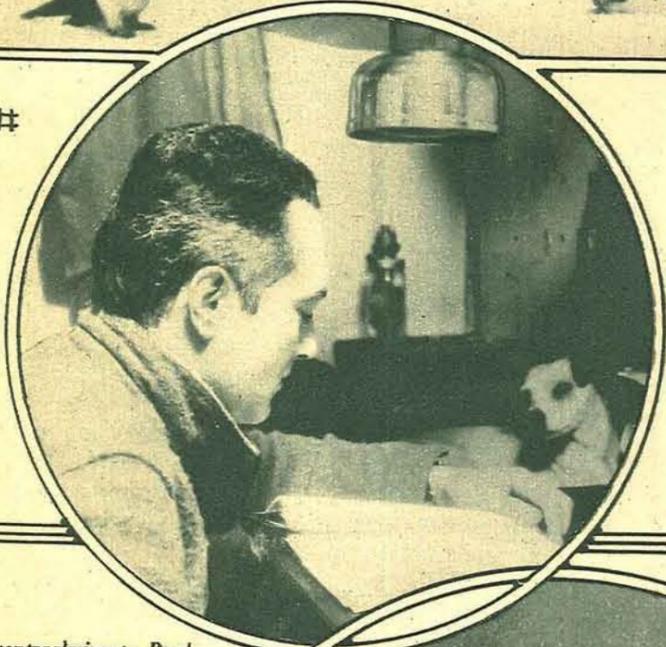
Cafiaspirina
 restablece el bienestar como por encanto.
 No afecta al corazón, estómago ni riñones.



De la expedición Byrd al Antártico



Grupo de pingüinos reales en una de las llanuras heladas del Sur.



El contraalmirante Byrd estudiando en su habitación del campamento. Acostado en la litera aparece "Igloo", el fiel perro del jefe de la expedición.



Los miembros de la expedición distrayendo sus ocios con una partida de "poker".

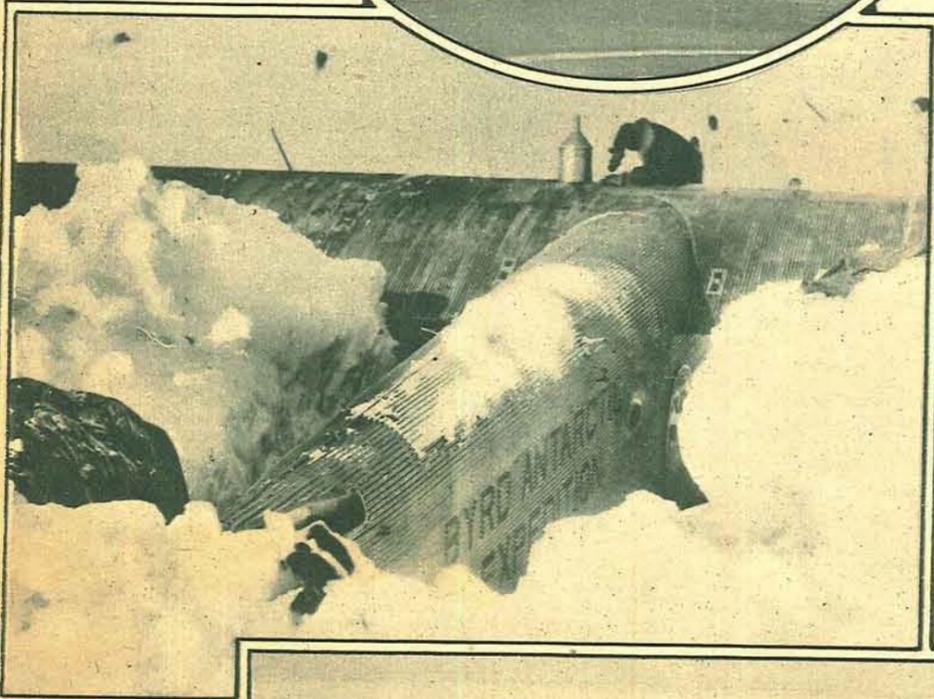


Crestas de hielo en los límites de la barrera.



Equipo de perros descansando en un intervalo de la fatigosa jornada al filo del "pack-ice".

Uno de los aviones de la expedición enterrado bajo las nieves invernales.



Aspecto del límite de la barrera de hielo junto al mar libre.





Con motivo de la llegada del dirigible Graf Zepelin a España procedente de Alemania, la reina Victoria Eugenia concurrió al aeropuerto de Tablada, en Sevilla, para visitar la nave aérea.

Las "hermanas" en el teatro, como número de variedades, son un producto de la guerra. Puede decirse que antes de la guerra no había hermanas. Quizá contribuyera a su formación aquel anhelo de solidaridad humana que estremeció al mundo después del armisticio, cuando Wilson llegó a Europa con su evangelio. De todo aquello apenas quedan las hermanas.

Primeras en el tiempo y en jerarquía artística fueron las Dolly sisters, norteamericanas, cuya fama ya palidece. Hay también las hermanas Guy, francesas, tan bellas que su feliz mamá fué propuesta para la Legión de Honor. Dollie and Billie, conocidas de nuestro público, cultivan asimismo con éxito el género fraternal. Pero las que triunfan ahora en París son las "Rowe sisters", cuya fotografía reproducimos. Además de hermanas auténticas, son gemelas en belleza y en gracia. Montecarlo, Londres, Viena, Berlín, Bruselas..., las han aplaudido sucesivamente, y en París, donde se han aclimatado estas británicas, actúan cuando quieren en las más prestigiosas escenas, dignificando un género decadente con la gracia alada de sus danzas.



Dora Belbi, destacada actriz milanesa.

Un aroma suave, un gusto fino
y grandes cualidades nutritivas...
¡Todo lo encontrará en este chocolate!

SUÁVEMENTE, con el prolijó cuidado de quien reparte un líquido precioso, el ama de casa va llenando las tazas... Una apetitosa espuma las corona, mientras se satura el ambiente con un aroma delicado, sutil, que invita a tomar el rico chocolate... Usted lo ha adivinado ya... ¡Están sirviendo el sabroso Chocolate Noel!

Preparado por un procedimiento secreto, su fama ha corrido de boca en boca. Hoy es el chocolate preferido por todas las personas de paladar delicado. En él se suman el aroma finísimo del cacao del Ecuador, el sabor pronunciado del cacao del Brasil y las propiedades altamente nutritivas del cacao de Venezuela. Usted también, como todas las personas distinguidas del país, debe servir en su mesa este chocolate exquisito. ¡Hoy mismo, pídale a su proveedor una libra del riquísimo Chocolate Noel!

Este es uno de los 88 manjares

NOEL
NOEL & Cía. Lda. Fundada en 1847 Buenos Aires

INDUSTRIA ARGENTINA
CASA FUNDADA EN 1847
M. R.
CHOCOLATE
PRODUCCION 1930

Miss Mildred Markell exhibiendo el valioso trofeo donado por sir Thomas Lipton, como premio de la prueba de canoas automóviles que se realiza anualmente entre Long Beach, California, y San Francisco.



Un grupo de residentes portugueses en Chile, ofreció una demostración al nuevo ministro de Portugal en ese país, don Jorge Santos. Consistió en un te, que fué brindado por don Arthur Vieira y señora, al que concurrieron calificados representantes de la colectividad lusitana.



Rebaje su peso - ¡2 kilos por noche! sin arriesgar la salud.



Los médicos previenen a usted del peligro de una dieta excesiva para rebajar de peso. Miles de personas jóvenes han visto minada la salud a causa de la insuficiencia de los alimentos ingeridos. Tenga usted un cuerpo esbelto, sí, pero no pague con el vigor de su organismo. Con este nuevo y agradable tratamiento usted puede rebajar uno a dos kilos en una noche dos veces por semana, beneficiando su organismo al mismo tiempo que

adelgaza sin dejar de comer.

El afamado tratamiento de baños de esbeltez con "Polvos para Baños Sarowal" es la sensación de Europa. A usted los "Polvos para Baños Sarowal" le brindan el mismo método para adelgazar inofensivo que ha probado su eficacia al otro lado del océano.

Médicos alemanes e ingleses lo recomiendan y lo declararon inofensivo.

Antes de que se hubiese vendido la primera caja, miles de paquetes fueron probados por eminentes médicos en Alemania. Cuando éstos lo declararon inofensivo en absoluto, este método se convirtió en la moda del continente entero. En Inglaterra los profesionales médicos lo endosaron. Así mismo este sistema de los baños para adelgazar fué introducido en los hospitales norteamericanos mejor equipados. Enfermeras diplomadas, médicos y especialistas en hidroterapia vigilaron los resultados. Quedaron satisfechos. Ningún tratamiento de tocador ha despertado tanto la atención pública en Europa y en América.

Resumen de las aguas de 22 fuentes termales famosas.

El estudio de los análisis de las aguas de 22 fuentes ha contado el secreto de los resultados. Los beneficios, puede usted ahora experimentarlos en su hogar. Con una alimentación y vida normal estos baños le permiten a usted reducir su peso rápidamente. Su uso es la sencillez misma. En una bañadera con agua caliente eche usted el contenido de uno de los paquetes de los cuales cada caja de "Polvos para Baño Sarowal" trae dos. Mientras usted reposa en el agua, tiene lugar un agradable proceso físico fisiológico. Donde otros métodos han fallado, los Baños Sarowal disuelven las grasas y los tejidos adiposos. Determinan su expulsión a través de los poros o la reabsorción por el cuerpo.

Controle los resultados.

Comience esta noche a tomar Baños Sarowal. Pésease antes de entrar al baño e inmediatamente después de salir del agua. Constatará por sí misma que ha perdido de uno a dos kilos. Y noches después, al repetir el baño usted experimentará otra igual disminución de peso. Así puede usted tomar dos baños por semana hasta alcanzar el peso que corresponde a su estatura. Después un baño por semana bastará para conservar la línea. Los baños Sarowal constituyen al mismo tiempo un encantador tratamiento de belleza. Las carnes siempre quedan firmes, duras. Las arrugas que hubiesen en la piel, se alisan. La epidermis adquiere suavidad y juvenil lozanía. Y al mismo tiempo que los "Polvos para Baños Sarowal" rebajan su peso y confieren belleza, expulsan de su cuerpo, por medio de los baños, las toxinas acumuladas. Usted se sentirá después de cada baño Sarowal como si hubiese descansado una semana.

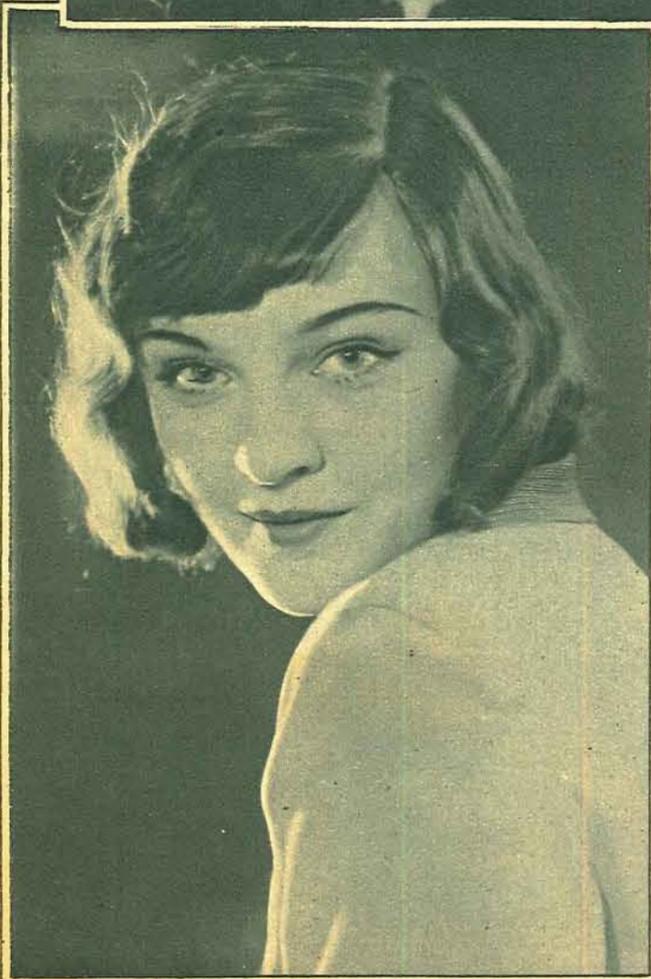
Prácticamente todas las buenas farmacias, tiendas y perfumerías pueden venderle Polvos para Baño y Pomada Reductora Sarowal. Con toda seguridad hallará esos productos en las siguientes casas:

- | | | | |
|--|------------------------|------------------------|---------------------------|
| Franka Inglesa | Laboratorios Vindobona | Perfumería Vislowa | Gath & Chaves |
| Sarmiento y Florida | Florida 8 - Piso 1º | Cabildo 1589 | Casa Central y Sucursales |
| Casa Argentina Scherrer | Farmacia Inglesa | Farmacia Chialvo | Tienda La Piedad |
| Sulpacha 171 | Av. de Mayo 900 | Sarmiento y Talcahuano | Cerrito y Bm. Mitre |
| Farmacia Nelson | Farmacia Scasso | Farmacia L'Aiglon | Farmacia Canning |
| Sulpacha 477 | Rivadavia 6912 | Cangallo y Callao | Santa Fe y Canning |
| Farmacia Scannapico | Ciudad de Méjico | Perfumería Oasis | En Rosario: Farm. Collazo |
| Esmeralda y Tucumán | Florida y Sarmiento | Cangallo 1180 | Córdoba 864 |
| En Montevideo, Andes 1338, 2º piso. En Córdoba, Lima 34. En Mendoza, San Martín y Laralle. | | | |



También puede adelgazar sólo las partes del cuerpo que desee.

Para reducir los tobillos gruesos, la papada o cualquier parte del cuerpo sin rebajar de peso las restantes, recomendamos usar la Pomada Reductora Sarowal. Por medio de ligeros masajes penetra por los poros y disuelve la grasa y los tejidos adiposos. Puede usarla sola o en combinación con los "Polvos para Baño Sarowal".



Ana Sten, famosa artista rusa de la pantalla.

POLVOS PARA BAÑOS Y POMADA REDUCTORA

SAROWAL

Para la belleza del rostro Evita Franco considera primordial el uso de Crema de Oriente Vindobona

"Se me pide mi opinión sobre la mejor manera de embellecer el cutis. Creo primordial tratar el cutis con Crema de Oriente Vindobona. He comprobado que los perjuicios causados por el viento, el frío y los colores cuyo uso exige la escena, desaparecen rápidamente con aquel maravilloso producto y he visto casi milagros realizados con ella borrando arrugas profundas y manchas pronunciadas. El uso de la Crema de Oriente Vindobona es habitual en mí y en muchas actrices."

Evita Franco

Crema de Oriente Vindobona no es simplemente una crema más. Sus resultados superan a todo lo que usted pueda haber ensayado, porque es la única crema de tocador que posee propiedades de vaso constructor. Puede formar una piel nueva. Haga usted penetrar esta crema mediante ligeros masajes. Sus ingredientes evitarán que en las nuevas células se repitan los defectos. Quita las pecas, paños y manchas cutáneas. Contrae los poros. Aclara la tez y le confiere frescura y lozanía. Las arrugas se alisan, porque tonifica los tejidos. Adquiera un pote hoy. Se vende en las buenas casas del ramo y en la Sucursal Argentina de los



LABORATORIOS VINDOBONA FLORIDA Nº 8, piso 1º Atendida por señoritas. BUENOS AIRES



Una escena obtenida durante el cross-country efectuado recientemente en Saint Cloud, en el que participaron numerosos atletas de varios países



Mlle. Susana Lengien, la ex campeón mundial de tennis, comparte ahora su tiempo entre el sport y otras ocupaciones. En el grabado aparece diseñando un nuevo modelo de traje para el tennis, para una casa de modas

SPORT EXTRAN- JERO



Herman Brix, de Los Angeles Athletic Club, ha cumplido una performance meritisima: en bala alcanzó una distancia de 15 metros 96

No malogre su dentadura por limpiarla a medias

Una simple cepillada no es bastante protección. Se necesita la penetrante espuma de un dentrífico como el Colgate, para limpiar de impurezas las pequeñas hendiduras donde comienzan las caries.



\$ 1²⁰

el tubo grande en la Capital.

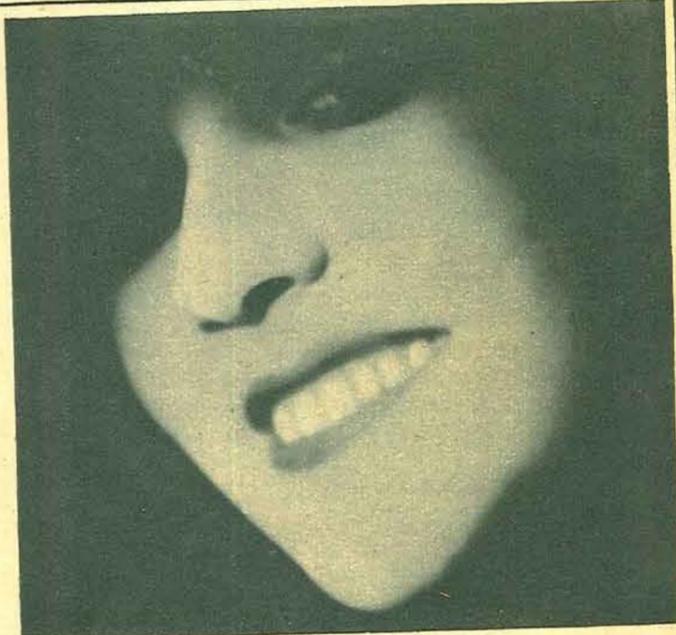
ECONOMICO

El tubo de Colgate que se vende, a \$ 1.20, contiene más pasta dentífrica que cualquier otra marca conocida del mismo precio.

Colgate se fabrica también en polvo, para quienes lo prefieran así. Pida el Polvo Dentífrico Colgate.

¡He aquí porqué Colgate limpia mejor!

CREMA DENTIFRICA COLGATE



La verdadera prueba de un dentífrico es, según los dentistas: "¿Qué tal limpia?"

Pues ningún dentífrico puede hacer otra cosa que limpiar. Decir que "curan" piorrea, acidez bucal y encías blandas, son afirmaciones falsas y engañosas, según las altas autoridades en Odontología.

La Crema Dentífrica Colgate limpia mejor debido a la acción extraordinaria de su penetrante espuma higiénica, que llega hasta donde otros dentífricos comunes no pueden alcanzar, es decir, hasta las últimas hendiduras de dientes y encías donde se acumulan partículas de alimentos e impurezas.

No malogre su dentadura por limpiarla a medias. Use Crema Dentífrica Colgate que no sólo pule la superficie externa de la dentadura, sino que llega hasta los lugares más difíciles de limpiar y purificar, dando a los dientes una protección extraordinaria, justamente donde ellos más la necesitan.

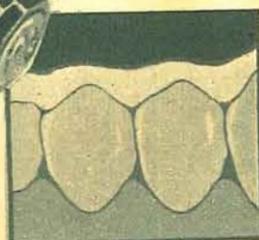
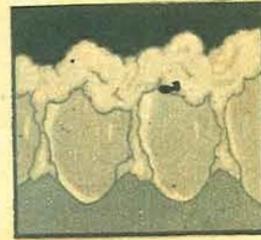


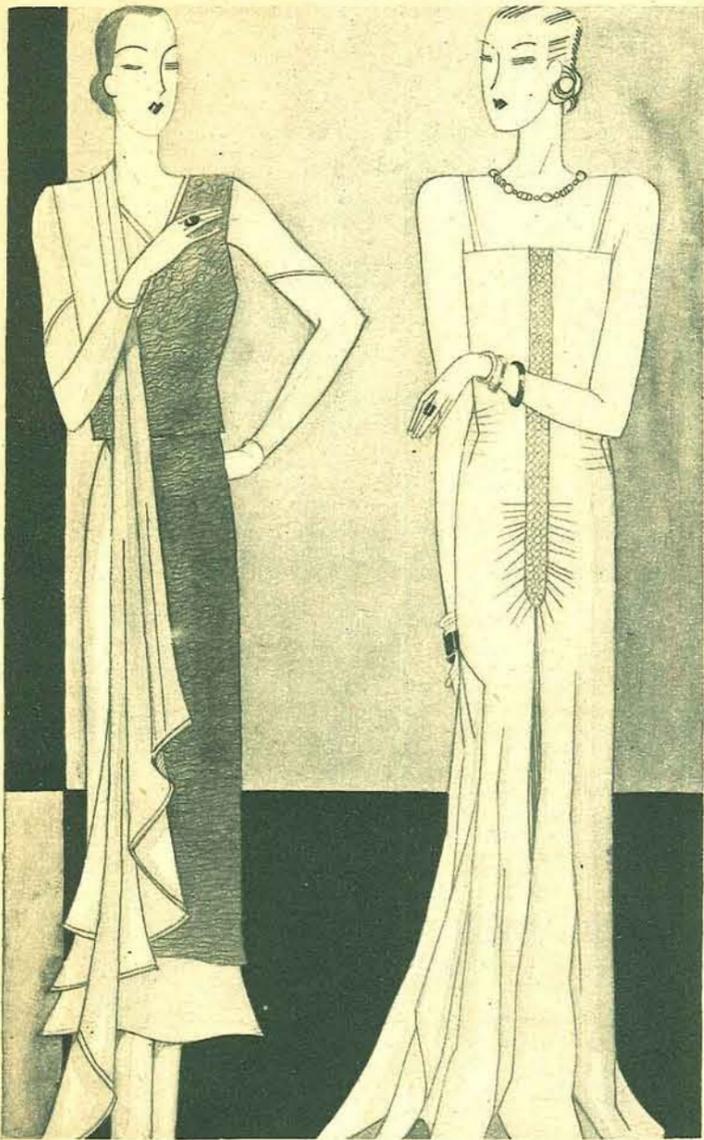
Diagrama ampliado de los intersticios de los dientes. Los dentífricos ordinarios con "tensión superficial" alta dejan de penetrar en el sitio donde comienza generalmente la caries.



Este diagrama demuestra como la espuma eficaz de la Crema Dentífrica Colgate, con "tensión superficial" baja penetra en los más pequeños intersticios, donde el cepillo no alcanza a limpiar.

LA ELEGANCIA FEMENINA

UNA COLECCION INTERESANTE



Modelo de vestido de Jenny, en satén rosa beige liso y satén chiné. Vestido de noche de Cheruit, en satén blanco con franja de perlas



Tapado de Jenny, en caracul con franjas de zorro



Vestido de Callot, con cuerpo en taffetas rosa y falda en taffetas negro. Modelo de noche de Jenny, en chiffon azul nocturno



Traje forma redingote en verde reseda en terciopelo princesa

PARA hablar con justicia de la colección de Callot habría que mencionar todos sus modelos de interés y maravillosos de colorido. Sus trajes de noche son perfectos a pesar de ser cortos, mientras que otros tienen las "trains" (colas) más largas que se han visto en París.

Los trajes de tarde son de ruedo irregular, alargados en transparencia y cortos en telas más tupidas. No tiene pretinas

o canesú en las caderas, sino que ajustan, sin cortar la línea. Tiene algunos modelos con varios volados que suben adelante. Muchos de éstos son en una tela nueva llamada Tigresa, mitad gasa y mitad chiffon. Tiene una serie de trajes de noche en broches lamés como en satén y lamé floreado, gasas rebordadas y cayendo en cascadas. Hacen el efecto de telas sutuosas sin cortar, recogidas con joyas.

LA IDEA DEL CONJUNTO

Por DRECOLL BEER

CADA vez alcanza mayor perfección la idea del conjunto. Hay una armonía perfecta no sólo entre el vestido y el sombrero, sino también entre el sombrero, los zapatos, guantes, cartera, joyas, etc.

La línea alargada sienta a todas; la alta adquiere un magnífico señorío; la pequeña se alarga de manera invisible, pero positiva. Adquiere una majestad de "allure" imposible hasta ahora.

En su última colección, Drecol Beer exhibe: El talle en su lugar normal o muy cerca de él; cinturones angostos; cuerpos ligeramente ablusados o líneas cortas cruzadas o hasta la ro-

dilla adelante y más largos detrás; telas para traje sastre en diseños pequeños en tweed ingleses, cuadros o rayas finas y lunares diminutos; tweed jersey, jersey fino y las telas de verano; faldas trabajadas con incrustaciones, alforzas y tablas; vestidos de todo andar con capas cortas, adornadas con piqué y con boutonnières; tapados en tweed o lanas mezcladas. Suelen tener bolsillos grandes, cinturones y cuellos; muy frecuentemente son en piel.

Los conjuntos de tarde son en crêpe imprimé, marocain en lana y seda y otras telas. Los tapados son tres cuartos o largos; muchos con pequeñas capas.

Muchos vestidos negros en georgette con pequenitas alforzas y líneas princesa, terminadas en godets o plissé soleil.

LAS AVENTURAS DE NENA

A mal tiempo, buena cara

Gracias a la CREMA HINDS



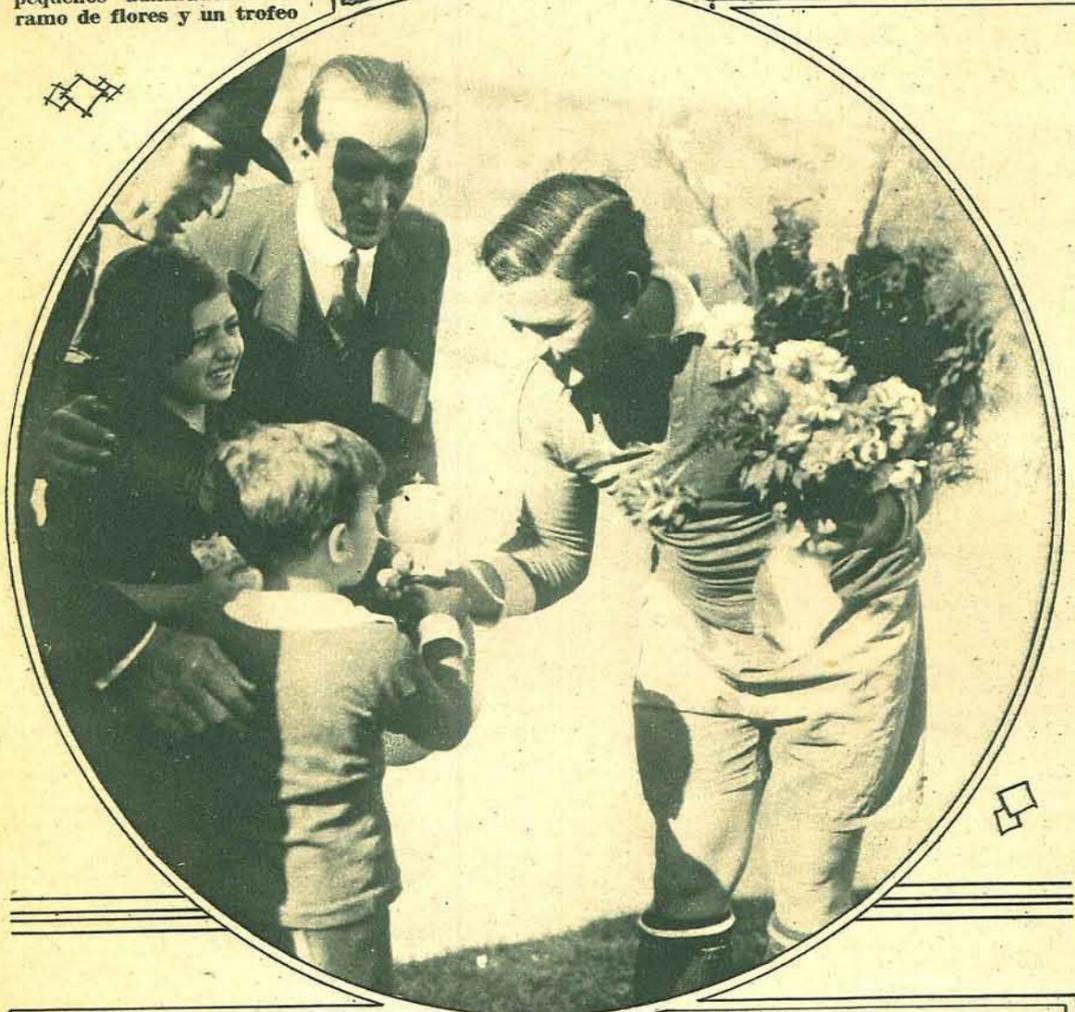
DIBUJOS DE PIERRE FOSSEY

Generalmente las formas exteriores no suelen preocupar a los buenos aficionados al football. Por eso el compacto elemento femenino que corona la pared que muestra el grabado, con tal de ver cómo se desarrolla el partido, no se preocupa del infimo detalle de la falta de estética de tan empinada tribuna



Mosaico
Sportivo

El entusiasmo sportivo de los "pibes" se revela domingo tras domingo en nuestras canchas de football. Véase a Seoane con qué satisfacción recibe de manos de una pareja de pequeños admiradores un ramo de flores y un trofeo



El sport debe difundirse entre los niños, para preparar lentamente a los campeones de mañana. Así lo entienden los aficionados al rugby que en el Belgrano Athletic Club, como se advierte aquí, adiestran a los cadetes en el difícil arte del catch



Alguien debería decírselo

PARA cada mujer debería ser una lección el caso de esta preciosa niña de Córdoba (nos reservamos el nombre). Al aire libre — es para todos la más encantadora, la más graciosa. Pero en el salón la evaden muy cortésmente. Ella no llega a comprenderlo. La verdad es que la causa — que pasa desapercibida al aire libre — se manifiesta instantáneamente — en forma ofensiva — en el salón. Alguien debería decírselo. Le harían un gran favor. Pero no hay nadie que tenga el coraje de hacerlo. Aún una amiga íntima titubearía en hablar de una cosa como ésta.

Es una tontería suponer que usted nunca tiene mal aliento, la falta social más detestable e imperdonable. Una de cada tres personas es un ofensor ocasional o habitual, según lo demuestran las estadísticas. El mal aliento es causado por partículas de alimentos que

fermentan en la boca o por pequeñas infecciones bucales, o dientes cariados o piorrea.

Mata los gérmenes — destruye los olores

Ya que Usted misma, nunca puede saber cuándo sufre de mal aliento, es una precaución sabia el hacer gárgaras con Estomatine — todas las mañanas — todas las noches — y también antes de reuniones. — Estomatine elimina la causa de los olores porque es un germicida activo y seguro. Además, siendo un poderoso desodorante, destruye inmediatamente los olores que surgen de la boca y deja su aliento fresco y normal.

Esté siempre como en sus mejores días

Tenga siempre un frasco de Estomatine en su casa y úselo todos los días y con frecuencia.

El mal aliento *no perdona a nadie...* elimínelo con

ESTOMATINE

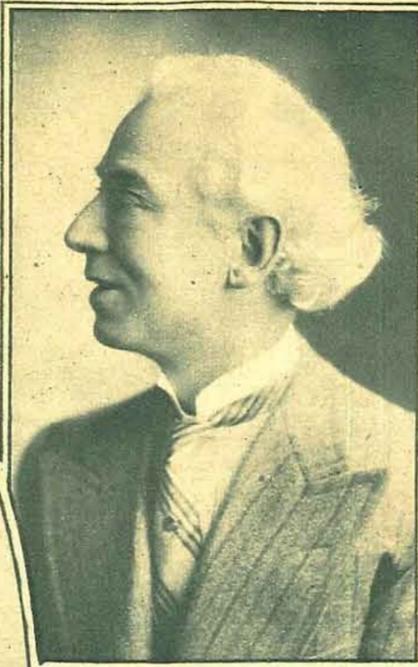
El Antiséptico Seguro

Cómpralo en las buenas farmacias. Se vende en frascos de 240 cc. a \$2.— y de 480 cc. a \$3:20. - Cía. Industrial Farmacéutica - Cangallo 2563-Bs.As

KODAK TEATRAI



Graciela, aplaudida bailarina española de la compañía del Teatro Avenida



El prestigioso maestro don Pietro Paggi, a quien se ha confiado la dirección honoraria de la escuela de canto de la Sociedad Lago di Como. En esa escuela podrán educar gratuitamente su voz las personas de cualquier nacionalidad e incorporarse a la sección lírica



Roberto Durot y Anita Orizona, artistas italianos de opereta, en la creación de un tango.



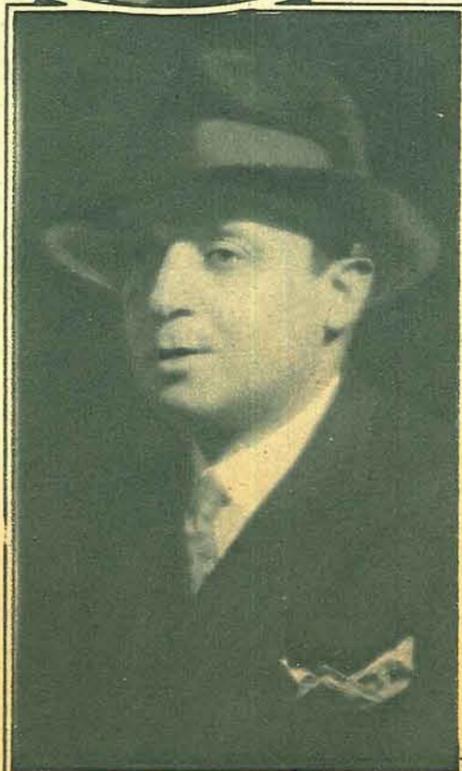
El barítono José Muñiz, del Fémima, recuerda, con el maestro Eliseo Grenet, aires cubanos.



Pepe Ratti y Juan Mangiante, en "Palermo chico", el "sainete turfístico" en 4 cuadros que se representa en el Apolo



Enrique de Rosas, que el 23 debutará en el San Martín



Cuando quiera teñir en su hogar exija el legítimo SUNSET, el único que da resultados seguros y comunica a las telas la apariencia de nuevas.

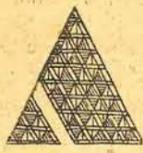
Sunset tiene todos los colores de moda. Guárdese de las imitaciones y anilinas...



SUNSET

MI VIDA

POR
LEON TROTZKI



CERCABASE el otoño, cuando los caminos se harían intransitables. A fin de apresurar mi evasión, decidí combinarse con las próximas.

dos jornadas próximas. Un campesino se comprometió a llevarnos de Verkholensk a mí y a E. G., una de nuestras compañeras, que traducía a Marx De noche, en el campo, nos escondió en su carro entre heno y esteras, como si hubiera acomodado mercaderías. Para ganar tiempo a la policía, dos días, cubrieron con una sábana en mi choza mi simulado cuerpo enfermo.

El carretero nos llevaba a la manera siberiana, a una velocidad de unos veinte kilómetros por hora. Yo contaba con mi espalda los baches del camino y oía los quejidos ahogados de mi compañera. Durante nuestra jornada cambiamos dos veces de caballos. Antes de llegar al ferrocarril, mi amiga y yo nos separamos para no multiplicar nuestros riesgos y equivocaciones.

Subí sin equivocarme al vagón de ferrocarril, en donde amigos de Irkutsk me habían llevado camisas almidonadas, cuellos y otras comididades de la civilización. Llevaba una edición rusa de "Homero", la traducción de "Gneditch" en hexámetros y en el bolsillo un pasaporte expedido a un Trotzki cuyo nombre había grabado en mi memoria, habiéndolo elegido al azar, sin imaginar a la sazón que sería mi nombre definitivo.

Viajé hacia el Oeste en el ferrocarril siberiano, sin que los gendarmes de las estaciones me molestasen. Hice un alto en Samara, donde a la sazón residía el Gran Cuartel General de la Iskra. Estaba a cargo de Krzizanovski, un ingeniero cuyo nombre partidario era Claire y que actualmente preside el Gosplan (Consejo del Plan Económico del Estado). El y su esposa eran amigos de Lenin y fueron sus colaboradores en la campaña socialista-democrática realizada en Petersburgo entre 1894 y 95, así como sus compañeros de deportación a Siberia. Poco después del fracaso de la revolución de 1905, Claire, como miles de otros, se separó del partido y, como ingeniero competente que era, se dedicó a los negocios con mucho éxito. Gentes de "nivel inferior" se quejaban de que les había negado hasta el auxilio que simples liberales darían sin vacilar. Después de un intervalo de diez o doce años, Krzizanovski reingresó al partido, cuando ya éste se encontraba en el poder. Tal fue el caso de muchísimos otros miembros de la "inteligentzia", que son ahora el sostén principal de Stalin. En Samara ingresé oficialmente en el partido con el nombre de Pedro ("La Pluma"), propuesto por Claire como tributo a mi labor periodística.

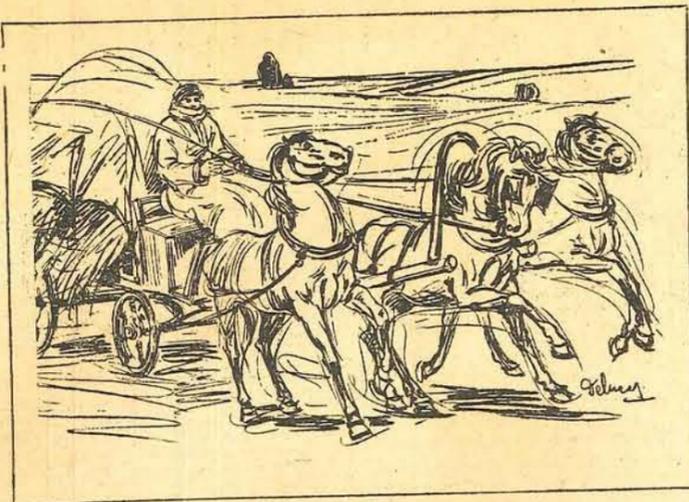
DINERO EN CUSTODIA

(Continuación de la pág. 7)

entregándole el dinero confiado a su custodia.

—¡Ah!— exclamó el Padre Spaventa, luego de echar una rápida mirada a los papeles y sepultarlos en las profundidades de sus ropas. Estaba seguro de que hoy encontraría usted la llave. Se lo había pedido a San Antonio, a quien debemos acudir para recuperar los objetos perdidos.

Y en recuerdo, el sacerdote o obsequió con una estampa. Y cuando el Padre Spaventa subió partido rumbo a su fel-



El carretero nos llevaba a la manera siberiana

Luego de visitar a Kharkoff, Poltava, Kieff, para ver a algunos revolucionarios que, o bien eran ya miembros del Comité Central de la Iskra o cuya afiliación deseábamos lograr, volví a Samara. Claire mantenía correspondencia constante con Lenin y con Krupskaya, la mujer de Lenin, que a la sazón estaban en el extranjero, donde Krupskaya desempeñaba funciones secretariles en la oficina editorial de la Iskra. Claire me dijo que me esperaban por allá y me proporcionó instrucciones y dinero para el viaje.

La cadena de aventuras, más cómicas que trágicas, de este viaje empezó en la estación del ferrocarril de Samara. Para evitar que me examinasen con mucha detención los gendarmes del ferrocarril, decidí llegar a la estación a última hora. En el tren debía reservarme un asiento y cuidarme mi valija Soloviev, estudiante por entonces y hoy uno de los jefes del Sindicato de la Nafta. Me paseaba tranquilamente en un campo situado detrás de la estación, mirando de rato en rato mi reloj, cuando de pronto oí la segunda campanada (en Rusia se toca tres campanadas antes de partir los trenes). Creyendo que me habían informado erróneamente acerca de la hora en que debía partir el tren, corrí a la estación a toda velocidad. Soloviev, que me había estado aguardando fielmente en el vagón convenido, saltó al andén al arrancar el tren, siendo rodeado por funcionarios del ferrocarril y gendarmes. La llegada a la estación y la veloz subida al tren de un hombre jadeante, tal como yo lo hice, llamó la atención de todos. Soloviev, a quien casi arrestaron aquellos individuos, tomándolo por ladrón de trenes, fué dejado en libertad entre imprecações contra él y contra mí.

Llegué a la frontera sano y salvo. En la última estación, el policía me pidió mi pasaporte, y me sorprendió sinceramente que encontrase en regla el que le presenté, hecho por mí. El transporte ilegal de revolucionarios a través de la frontera estaba a cargo de un estudiante de colegio, hoy químico de cierta reputación y jefe de una de las instituciones científicas de la República Soviética. De noche, me instalé en la habitación de un viajante de comercio, que se esperaba volvería la noche siguiente. Recuerdo vagamente que tuve que en-

gresía, Ginesillo, admirando la cándida credulidad del buen cura de campaña, cogió entre sus manos el pasajón que aconsejaba a los pasajeros entregar el dinero y cosas de valor, y rompiéndolo, arrojó los pedazos al centro de la calle. Pensó que con ese acto punitivo su conciencia recobraba el sosiego.

V

El doctor Pérez Smith, de regreso de Reconquista, corrió al Alkazar.

—Aquí te traigo, Ginesillo, tus cinco billetes de cien pesos para que los repongas. Buen disgusto se va a llevar tu sacerdote cuando compruebe que son falsos, más falsos que Judas.

trar por la ventana. A medianoche me despertó una luz repentina. Un desconocido, un hombrecito, se inclinaba sobre mí con un sombrero hongo en la cabeza, una bujía en una mano y un bastón en la otra. "¿Quién es usted?", le pregunté indignado. "Me hace gracia, respondió el desconocido con voz trágica; ¡ocupa mi cama y todavía me pregunta quién soy!" Era evidente que se trataba del ocupante legal del cuarto. Mi tentativa para darle a entender que no debería haber vuelto sino a la noche siguiente no tuvo éxito. "El tiempo en que deba volver a mi habitación es asunto mío", replicó, no sin razón. La situación se complicaba. "Veo, exclamó mi huésped, suspendiendo todavía la bujía sobre mi cara, que esta es una nueva treta del precioso Alejandro. Mañana tendré una entrevista definitiva con él". Sin vacilar, subscribí la opinión de que la culpa era toda de Alejandro, fuese quien fuese. Pasé el resto de la noche con el viajante de comercio, que hasta me invitó a tomar té caliente.

A la mañana siguiente el estudiante me puso en manos de unos contrabandistas de la Municipalidad de Brody. Tuve que pasar todo el día escondido entre la paja de una granja, cuyo propietario, de noche, bajo una lluvia torrencial, me llevó hasta la frontera. "Muy bien, me dijo mi compañero; ahora siéntese en mi espalda. Tenemos que cruzar un vado". Vacilé. "Usted no debe llegar mojado a la otra orilla", me recomendó mi guía. Me vi obligado a viajar a horcajadas y, sin embargo, me mojé hasta la cintura. Unos quince minutos después, los dos llegábamos secos ante el hogar de la casa de un judío austriaco, en territorio austriaco de Brody. Allí me aseguraron que el guía me condujo a propósito por lo más hondo del vado para percibir una paga mayor. A su vez, el guía, un campesino de Ucrania, me previno, antes de partir, contra los judíos, siempre dispuestos a engañar a la gente.

Entretanto, mis recursos se evaporaban rápidamente. Todavía tuve que recorrer de noche ocho kilómetros en coche para llegar a la estación del ferrocarril. El camino era difícil y peligroso por espacio de uno o dos kilómetros a lo largo de

—¿Falsos?—interrogó Ginesillo entre sorprendido y alarmado.

Un cotejo ratificó la verdad de la afirmación.

—¿Cómo explico yo ahora al Padre Spaventa que sus billetes no son aquellos que le di, sino estos fallutos que tengo en mi poder?—se preguntaba Ginesillo, perplejo y angustiado.

Y optó por confesar noblemente lo sucedido. El Padre Spaventa era, aunque un tanto inocente, capaz de comprender y aqulatar las debilidades humanas. Le compuso una extensa carta, conmovedor homenaje a la Verdad, que despachó, con abundancia de lacre, por correo certificado.

MI PRIMERA EVASION DEL DESTIERRO

ILUSTRACION DE PEDRO DELUCCHI

la frontera. Tuvimos que viajar sobre una especie de pantano, a consecuencia de las fuertes lluvias. Un viejo obrero judío conducía el vehículo. "Un buen día me agarrarán, a pesar de todo, y de seguro que me matarán", rezongó. "¿Por qué?" "Los soldados dan el alto, y si no se les responde, hacen fuego. Allí está su luz. Felizmente, la noche es muy oscura". En realidad, la noche era una boca de lobo; una lluvia incesante nos azotaba la cara y los cascos del caballo se hundían en el fango. Empezamos a subir una cuesta; las ruedas resbalaban; el viejo, con voz sorda, azuzaba al caballo; las ruedas se hundían más y más en el lodo; el endeble vehículo se atollaba cada vez más y al fin se volcó. El pantano era un pantano de otoño, es decir, hondo y frío. Me hundí en él por un instante, y para colmo de males perdí mis anteojos. Pero lo peor fué que inmediatamente después que se volcó nuestro carruaje, un grito penetrante salió de algún lugar muy cerca de nosotros, un quejido desesperado, un grito de auxilio, y era un misterio qué voz pudiera ser aquella en esa noche oscura y lluviosa, voz tan expresiva y, sin embargo, no humana. "Le aseguro que nos costará la vida", mascullaba el viejo con desesperación. "Pero, ¿qué es?" pregunté. "Es el gallo, maldito sea, que me entregó el tipo para que lo llevara al matarife que debe matarlo para el sábado..." El grito desgarrador se repetía a intervalos. "Nos costará la vida; estamos a cien pasos del puesto del centinela, y de un momento a otro podrá venir un soldado". "Tuérzale el cuello", murmuré, furioso. "¿A quién?" "Al gallo". "Y ¿dónde estará?" Estaba debajo de algo. Los dos nos arrastramos en las tinieblas y buscamos a tientas en el hondo pantano, hasta que el viejo encontró al gallo bajo mi valija. Agradecido, el gallo libertado enmudeció al punto. Enderezamos nuestro coche de dos ruedas y proseguimos nuestra jornada.

Una vez en la estación, perdí tres horas en secarme y asearme. Después de cambiar mi dinero me encontré con que lo que me restaba no me alcanzaba para llegar a mi destino, es decir, Zurich. Así es que decidí quedarme en Viena: allí vería. Viena me impresionó principalmente por la circunstancia de que no podía entender a nadie y apenas hacerme entender de pocos. Sin embargo, logré hacer comprender a un viejo de gorro colorado que deseaba ir a la oficina de la "Arbeiter Zeitung". Decidí comunicar personalmente a Viktor Adler, jefe de los socialdemocráticos austriacos, que los intereses de la revolución rusa exigían mi viaje inmediato a Zurich. Vagamos durante una hora. Al llegar a la dirección indicada se nos dijo que hacía unos dos años las oficinas del diario habían sido trasladadas

a otro lugar. Seguimos agitando por espacio de media hora más. Llegados al local actual del periódico, el portero nos dijo que no se recibían visitas. Yo no tenía dinero con que pagar a mi guía, estaba hambriento y tenía que ir a Zurich. Un caballero alto, de aspecto nada amistoso, bajaba por la escalera. Lo abordé y le pregunté por Adler. "¿No sabe usted qué día es hoy?", me respondió secamente. No lo sabía. En mi odisea en el ferrocarril, en el coche, en el cuarto del viajante de comercio, en la granja del campesino, en el apuro nocturno con el gallo, perdí la cuenta de los días de la semana. "Hoy es domingo", me dijo el caballero alto con un dejo zumbón, y me iba a dejar plantado; pero yo le respondí: "De todos modos, necesito ver a Adler". Entonces el hombre a quien la fatalidad me puso en el camino, me respondió con una voz que habría oído un batallón durante una tormenta: "Le digo que el doctor Adler no recibe visitas los domingos!" "Pero tengo asuntos muy urgentes que comunicarle". "Aunque tenga usted diez asuntos de esa clase, le repito que no puede recibirle, ¿me entiende?" Era el propio Fritz Austerlitz, terror de sus compañeros mismos de redacción, de cuya conversación podría haber dicho Victor Hugo que consistía en relámpagos. "Aunque usted traiga las noticias de que su zar ha sido asesinado y que en Rusia ha estallado la revolución, ni esto le daría derecho para perturbar el descanso dominical del doctor". Pero yo tenía que seguir a Zurich. Insistí y vencí. Un portero me condujo a casa de Adler. Llegados allí, salió a abrirme un hombre de baja estatura, semienconrado, casi jorobado, de párpados hinchados en un rostro cansado.

—Disculpeme, doctor, por turbar su descanso dominical...

—Diga qué le trae...—respondió con sequedad aparente, pero en tono que no atemorizaba, sino alentaba.

—Soy ruso...

—No necesito que me lo diga para saberlo.

Referí al doctor lo que me habían dicho en la puerta de la redacción del diario.

—¿Fue así? ¿Le dijeron eso? No haga caso. Si me ha de traer siempre noticias como estas de Rusia, puede llamar a mi puerta hasta de noche. ¡Katia! ¡Katia!—llamó de improviso. Su nuera, una muchacha rusa, entró en la habitación—. Ahora podrá usted continuar más a sus anchas—dijo, dejándonos.

MI jornada ulterior estaba asegurada.

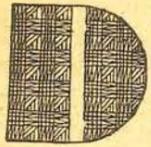
(Continuará).



En casos de irritaciones, quemaduras u otras lesiones de la piel... y siempre que la humedad sea un irritante lo indicado es poner un poco de Kora Konia. Forma una capa impermeable que aisla de la humedad y del aire, lo que apresura el proceso de cicatrización y alivio

Es uno de los productos de calidad

MENNEN



DURANTE el proceso del remate conviene observar prudencia y ciertos matices de refinada malicia, que sólo se adquieren a través de una larga práctica y entrenamiento entre buenos jugadores. Todas las enseñanzas y reglas, más o menos precisas al respecto, valen poco para ese aprendizaje y lo más queda supeditado al tacto intuitivo y circunstancias ocasionales de los componentes de una partida en su conjunto y separadamente.

Jugamos Auction Bridge. Supongamos iniciado el Remate por el dador con un Sin Triunfo. Ninguna escaramuza, o pocas en todo caso, se derivarán de ello, y desde el primer momento habrá que entrar en combate con algo positivo: el valor real de las propias cartas, sin disfraz ni "camoufflage" de ninguna especie. Esta será la única manera de quebrantar la marca inicial sin peligros inútiles.

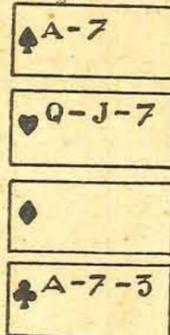
Sin probabilidades de ganar el "game", conviene tener bien presente la desproporción enorme entre el beneficio y el peligro posible. La declaración inicial de un Sin Triunfo implica una declaración adversaria de dos a un palo, y si ella no es posible, el riesgo que se corre equivale a una multa de tres cifras contra un pequeño beneficio de dos cifras.

Es enorme la diferencia entre una declaración espontánea y la misma forzada por otra anterior. No obstante, muchos jugadores—la mayoría tal vez

ELOCUCENCIA

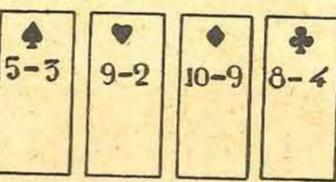
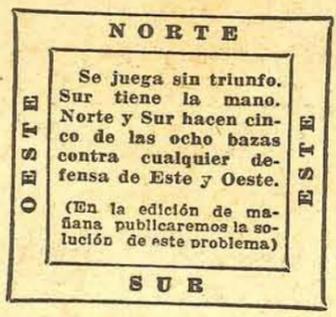
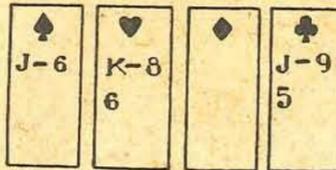
—no alcanzan a apreciarla, equiparándola en concepto y deducciones.

Al jugador que declara obligado y muy ajustado no puede suponerse más elementos que los indispensables para hacer una declaración original de "uno". Por tanto, su compañero sólo debe aumentar esa declaración forzada con elementos superiores a los establecidos para la declaración libre.



Si, por el contrario, la declaración forzada ha sido batida, y a su vez mejorada por el que la escogió, el compañero del vencido hasta ese momento puede acudir en socorro de su compañero con elementos normales o aprovechar el alza contraria para doblarlo, o como puente de salvación. Hay autores que autorizan el aumento de una declaración forzada teniendo tres bazas. Yo creo esta ayuda insuficiente en general, pero sin dejar de reconocer que en algún caso puede corresponder de acuerdo a la

BRIDGE



LEON CASABAL

EN EL REMATE

idiosincrasia personal del declarante.

Es difícil explicar las razones intuitivas que puede tener un jugador para hablar o callar, pues todo depende del momento; de la observación detenida de los preliminares de la subasta; de la compulsa del valor de las propias cartas en relación a la ubicación con las ofertas oídas; del estado del "score" y miles de otros deta-

además, en lanzarse con la posible premura y en su oportunidad a ganar el partido por sus propios medios, sin que ello signifique abandono absoluto del precioso conjunto armónico.

A veces es conveniente y necesario cambiar la declaración del propio compañero por causas fundadas y es cuestión de buen tono respetar esas razones. Transcribir a continuación un caso típico ocurrido hace poco:

Sur dió las cartas y remató un corazón; Oeste pasó; Norte, con un juego completo en los tres palos restantes, se decidió por Sin Triunfo, y Este se declaró conforme, disponiendo de un palo largo, del que algo podía esperar en caso de jugarse Sin Triunfo. Sur, que había rematado con seis corazones por cuatro honores, apreciando en el acto lo que sumarian para el marcador, anuló la declaración de su compañero con dos corazones, consiguiendo hacer con el juego de su compañero un grande "chelem". Jugada la mano, y reconstituida la distribución de las cartas, tras minucioso análisis, quedó reconocido por unanimidad que para llegar al mismo resultado jugando Sin Triunfo hubiera sido necesario correr el riesgo de finezas problemáticas y no se hubieran marcado los honores dobles.

lles que sirven para deducir una serie de consecuencias tan significativas que deciden, conocida la intención del compañero, a ayudarlo o a callar para que él doble con éxito o tenga franca retirada.

Y es así como el Bridge resulta encantador, jugando en perfecto acuerdo con quienes ponen al mutuo servicio facultades de prudencia y seguridad, de solidez y acierto en el discurrir. Perder el mínimo con mala suerte y ganar el máximo en la buena racha, tienen que ser los resultados de ese buen juego, el cual consiste,

Es por ello que hay que ser prudente y tratar de evitar reproches para quien cambia una declaración con toda buena intención, y para mayor seguridad, a fin de evitarse el desagrado en algún caso, de tener que reconocer que el compañero ha procedido con toda destreza y éxito.

CARTAS A UN MUCHACHO QUE SE VA A PARIS

(Continuación de la pág. 12)

tan sabio consejo, pero no ya a ambular de un lado para otro, sino de acuerdo con el siguiente itinerario: suba por los Campos Eliseos, a pie, se entiende, en dirección a la Estrella. Trate, luego de haber cruzado la avenida Víctor Manuel III, de caminar por el borde de la acera, contrarrestando la presión que ha de hacer, en el sentido opuesto, para acercarse a los escaparates, la compañera que, indudablemente, fatalmente, irá colgada de su brazo, y con quien usted la vispera, o quizá esa misma mañana, se habrá ligado por toda la eternidad. La eternidad en estos asuntos, y sobre todo en París, dura algunas horas, algunos días o algunas semanas, pero — ¡tenga cuidado! — suele ocurrir que se dilata por el espacio de toda la vida. Ya adivinará usted por qué le aconsejo que se aleje de los escaparates de las tiendas y casas de modas cuando vaya con una compañera como la que supongo ha de llevar en esta excursión que estoy planeándole teniendo en cuenta, exclusivamente, su educación literaria.

Ya está usted en el Arco de Triunfo, frente a la tumba del soldado desconocido, en donde arde una llama inextinguible, símbolo de la gratitud de Francia a los héroes anónimos que la salvaron.

No es necesario que le diga que se recoja. Si no la tumba misma, lo obligará a reconcentrarse, lleno de emoción, la peregrinación constante de gente que llega allí con su ofrenda de flores. He ahí un anciano profundamente ensimismado. En su semblante adivinará usted lo que pasa por su ánimo. Piensa que los restos allí sepultados tal vez sean los de su hijo que partió en su hora, entonando una alegre canción, a cumplir con su deber, y del cual

nunca nadie le trajo una noticia. He ahí una mujer llorosa y compungida. Para ella, los restos allí guardados bien pueden ser los de su novio muerto en la guerra, y con ese pensamiento deja en la losa funeraria un manojito de lilas.

Pero ahora fíjese en el epitafio: "Ici repose un soldat français mort pour le patrie". Aquí reposa un soldado francés muerto por la patria. ¿Concibe usted mayor grandeza dentro de mayor sencillez? Allí está condensado el genio sintético de Francia y su genio literario, desde luego, y si usted reflexiona en esas palabras y en su significado, nunca habrá recibido, como en ese día, tan provechosa lección de literatura. La sencillez, decía Jorge Sand en carta dirigida a Flaubert, es algo muy difícil de obtener, es el último límite de la experiencia. Para lograrla es necesario, ante todo, poseer ese sentido de que le he hablado y que usted adquirirá en ese vagar por la ciudad que le he aconsejado ante su explicable asombro. Y la sencillez no es virtud de que podamos envanecernos los argentinos. En lugar de emplear pocas palabras para decir mucho, gastamos muchas palabras para decir poco, y, con frecuencia, para no decir nada.

Imagine usted a nuestra patria en un trance como el de Francia, y suponga, también, que se nos hubiese ocurrido la idea genial de tributar un homenaje en la forma que lo hizo aquella nación, recogiendo al azar, entre otros innumerables, el cuerpo de un soldado muerto en la guerra, para consagrarlo como símbolo de nuestros héroes ignorados. Tendríamos que dar forma, grabándola en la lápida de la tumba de nuestro soldado, a la expresión de gratitud de nuestra patria. Encarguemos su redacción a Fulano, a Zutano, a Mengano, hombres de letras o políticos de nombre bien acreditado. Todo esto sería fácil. Pero, después, ¿en qué cantera encontraríamos la piedra suficiente para contener tanta palabra?

Esa lección que usted habrá

recibido bajo el Arco de Triunfo, en el corazón de París, y al lado mismo de una tumba gloriosa, tendrá el mismo carácter, pero mucho más eficaz, que la recibida de labios de Beranger por un joven escritor francés. La mansión de aquel célebre agitador y poeta fué en una época el lugar de cita de innumerables jóvenes literatos que iban allí a escuchar la palabra del maestro. Los tertulianos consultaban al dueño de casa sobre diversos puntos, sometían a su juicio, siempre benévolo, las composiciones inéditas de que eran autores y le planteaban cuestiones literarias de la más variada índole. Cierta día, uno de esos jóvenes, preocupado ante el problema de la expresión en sus relaciones con la cosa expresada, y todavía con el recuerdo de lo aprendido en el Liceo en lo concerniente al lenguaje figurado, le hizo estas preguntas:

—Maestro, ¿cómo debemos de llamar al sol? ¿Febo? ¿El rubicundo Apolo? Y al mar, ¿con qué palabras debemos designarlo? ¿Le parece correcto que al referirnos al mar digamos, "La Fuente de Neptuno"? Y Beranger contestó:

—Mi amigo, cuando usted quiera hablar del mar diga sencillamente, "el mar" y si tiene necesidad de hacer referencia al sol, designelo con su nombre: "el sol".

Tenía razón el maestro, quien, por otra parte y como tantos, no aplicaba él mismo en sus obras los preceptos cuya bondad preconizaba.

Pero, por hoy, basta, mi amigo. Ya le llegarán a usted junto con noticias mías, otros consejos e indicaciones. Lo he distraído demasiado de la atención de sus preparativos de viaje. Continúe en la tarea de violar el principio de física según el cual el contenido debe ser menor que el continente. Haga caer un traje más en su ya repleto baúl. Apresúrese. Pronto va a sonar la sirena del vapor, música tan deliciosa para el que la oye desde cubierta como triste ¡ay! para el que la escucha desde el muelle.

EL PROBLEMA DEL NACIONALISMO EN EL ARTE

(Continuación de la pág. 11)

mal orientado, al que se le convence de que es dueño de una vigorosa personalidad sin ser ello cierto, corre el riesgo de no llegar a tenerla nunca.

Imaginemos un escritor de quince años, de constitución normal, vale decir, no un genio ni un monstruo de precocidad, seguro de poseer un estilo y de que los entrecortados balbuceos de su primera infancia literaria son la expresión más perfecta de su inteligencia. Semejante equivocación al no ser destruída, impediría el porvenir de ese joven de una manera tan lamentable como segura.

No hay que olvidar que las naciones son tan humanas como los individuos que las forman, y que no gozan del privilegio de ser como Palas Atenea, sacada del cerebro de Zeus armada de toda prudencia y sabiduría. Otra superchería que conviene abandonar es la que el nacionalismo pueda residir en ciertos y determinados utensilios que adquieren caracteres casi sagrados de iconos.

Un gaucho debe seguir siendo gaucho, aun desprovisto de sus boleadoras, mate, chiripá, talero y demás aditamentos. Convengamos en que de no ser así ese personaje no pasará de ser un maniquí de utilería.

Y quien dice eso de los utensilios debe extenderlo al lenguaje. Sabido es el prestigio casi místico que suelen adquirir ciertas palabras. Es saludable ejercicio investigar de vez en cuando qué es lo que se oculta detrás de ellas.

Raskolnikof puede cambiar su nombre por el de Juan Pérez, y no por eso dejará de ser un auténtico ruso. Mr. Picwick no porque le llamemos Giuseppe Martinelli cesará en su condición de inglés de pies a cabeza. La nacionalidad de estos

personajes es algo hondo, por lo mismo que sus autores no se preocupan de ella, sino únicamente de su condición de humanos; es algo indefinible, pero cierto e indubitable y que de ninguna manera depende del hecho secundario de su vestido o vocabulario. Mr. Picwick no es inglés por el hecho de tomar ponche tras ponche. Toma ponche, no con un fin premeditado, sino simplemente porque es inglés. Raskolnikof no es ruso por la simple circunstancia de beber té. La reciprocidad es lo cierto: toma té porque es ruso. Esta verdad perogrullesca encierra, sin embargo, una saludable lección literaria.

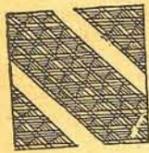
Y la lección es ésta: en arte nada es tan perjudicial como las segundas intenciones y las ideas preconcebidas.

El artista no debe ni—lo que es más grave—puede imponer condiciones a sus creaturas. Procediendo sin ideas deliberadas, sin querer imponer a sus personajes otras modalidades que aquellas que los mismos "necesiten" es la única forma, a mi modo de ver, por la que se llegará a reflejar algo ineditamente argentino el día que eso exista de veras. Y no hay que ser tan pesimista. Acaso algo de eso exista ya en potencia, y sólo nos impida verlo la bambolla de los convencionalismos y el abigarrado "bric a brac" del simbolismo folklorico.

De seguir las cosas así, se hará necesario un 25 de mayo poético, que así como el político acabó con la dominación española acabe con la tiranía india. No querer ser europeos es un hermoso programa y una magnífica aspiración, pero siempre que no sea para retroceder a los indios. La aspiración argentina y americana, tiene que ser mucho más alto que eso.

"MASCARA BLANCA"

P O R
EDGAR WALLACE
CAPITULO XIII



UNCA, ni en horas diurnas, ni nocturnas, había andado Michael Quigley sin compañía por aquel maloliente y sucio Gallows Court. Por eso, se detuvo vacilante en la entrada del pasaje y experimentó una especie de desazón, extraña en él. Abarcó en vano la calle arriba y abajo con una mirada en busca de un policía; lamentó en lo íntimo de su conciencia no haber hecho esperar al conductor del taxímetro. No obstante, Gallows Court no se diferenciaba de otros miserables pasadizos. En cualquier gran ciudad se encontraban millares de lugares semejantes, ninguno más misterioso o siniestro que otro. Hace doscientos años, cuando los asesinos acechaban en estos antros, la cosa era distinto cantar. Pero vivimos en el siglo XX. Contamos con fuerzas policiales formidablemente organizadas, con sociedades de beneficencia y resueltos inspectores que se arrojan a internarse en los sitios más lóbregos. Que no se atreven a internarse en las primeras horas de la madrugada, ha dicho una voz malévolamente. Ahora, por ejemplo, estarían dormidos.

Mr. Mason solía repetir que los inquilinos del Gallows Court no se entregaban jamás al sueño. Mr. Mason era, en realidad, propenso a la exageración. Michael clavó la vista en la fachada de la clínica del doctor Marford. Las ventanas del cuarto superior estaban abiertas. Era, evidentemente, la alcoba del médico. El periodista alimentaba la débil esperanza de que el doctor aun estuviese en pie. En refrendo de su resolución avanzó unos pasos en el oscuro portal. No había indicio o rumor de vida. Todas las ventanas del pasaje permanecían envueltas en sombras.

O la tormenta o algún malintencionado habían apagado el farol de gas situado en el fondo del pasaje. A tientas, arrimándose a la pared, el periodista llegó a la puerta que comunicaba con el patio del médico. Estaba cerrada y prefirió adelantarse un poco. De repente, se detuvo, el alma en un hilo. Había oído un gemido, un profundo y penoso gemido, que se prolongaba en un largo "¡oh... oh!"

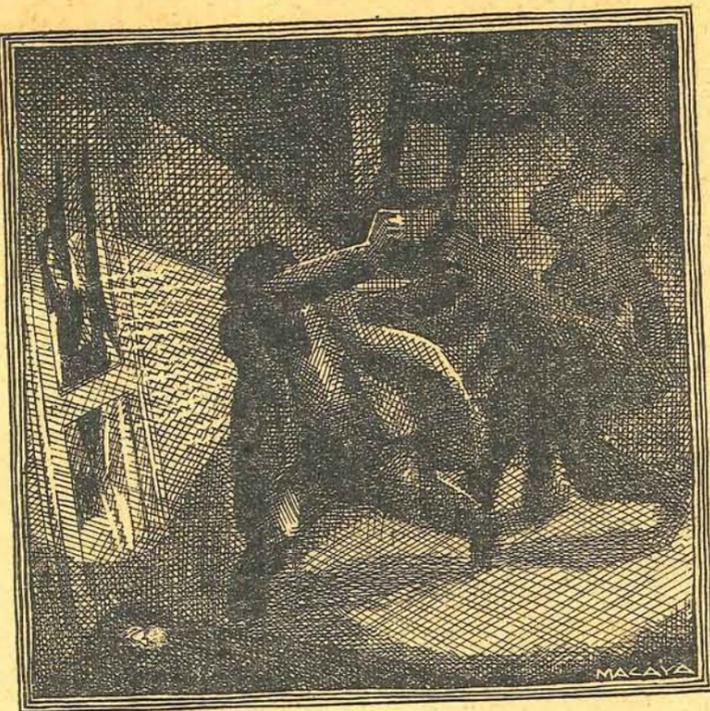
¿De dónde provenía? El repórter miró a su alrededor. No pudo ver nada. Y oyó de nuevo el inquietante gemido. Parecía partir de algún lugar cercano. Aguardó, determinado a localizar el sonido, pero no se repitió. En su lugar, escuchó una débil carcajada que, materialmente, le erizó el cabello. En seguida, le llegó una voz ronca:

—¡Siga, señor periodista! ¡Nadie le va a hacer daño! Reconoció al que hablaba, aunque no podía verlo. Era el desequilibrado que había seguido a Mason y a él por la calle.

—¿No tenemos ratas?... Ojos como ratas — dijo el sujeto —. ¡Le escucho! ¡Yo escucho todo!

Michael se orientó por la voz y divisó una inidentificable masa negra recostada contra la pared.

—¡Ya sé adónde se dirige usted! — El loco hablaba con un sordo susurro —. Usted quiere averiguar qué hay de delictuoso en la vida del viejo Gregorio... ¡inteligente! Más



inteligente que Mason. ¡Venga acá! — Una mano invisible se aferró al saco de Quigley, quien tuvo que recurrir a su imperio sobre sí mismo para recobrar su libertad de movimientos —. Le contaré algo... — El susurro se tornó más confidencial —. No han encontrado a Rudd, el médico de la policía. Están rastreando el río, revolviendo el fango, pero no lo han encontrado.

La invisible criatura rompió a reír hasta que le acometió un acceso de tos.

—¡Todos los entrometidos de Tidal Basin preocupándose por el Rudd ese! Usted cree que es un buen médico... ¡Yo, no! Yo no lo dejaría recetarme! No. Que le cuenten, señor, lo que dije en la comisaría; ¡gástelos una travesura! ¡Explíquenos que el médico está en el vientre de una gabarra!

Volvió a reírse.

—Máscara Azul duerme sobre el peldaño de la puerta del viejo Gregorio. Máscara Azul, no Máscara Blanca.

Se renovaba la risa cascada del sujeto, aquella risa que finalizaba en un ataque de tos. Michael se apartó y anduvo unos pasos, hasta enfrentar el número 9. El hombre que él había visto sentado en el peldaño de la puerta de Gregorio Wicks, dormía acurrucado, la jarra todavía sostenida en las rodillas. Sus brazos estaban cruzados y su cabeza se inclinaba hacia adelante. Roncaba regularmente.

A Michael le asustaba recordar de nuevo el camino seguido anteriormente. Salí por el extremo opuesto del pasaje, dió la vuelta a la manzana y se halló con el loco reclinado contra la pared de la entrada del Gallows Court.

—El viejo Gregorio ha regresado; regresó hace un cuarto de hora. Un anciano como él no debía de conducir taxímetros, ¡y yo soy el único hombre que sabe por qué no debía hacerlo! El Dr. Marford lo sabe, también, pero no es un individuo que husmee en lo que no le importa.

"Husmear" significa "olfatear" y "olfatear" significa "informar". El Dr. Marford gozaba fama de ser el recipiendario de secretos cuya simple mención causaría terror.

—¿Qué misterio hay en el viejo Gregorio Wicks? ¿No es eso lo que le estoy preguntando a usted?...

Y el perturbado, tras proférer estas palabras y sin transparentar sus intenciones, se estremeció con brusquedad y se introdujo silenciosamente, a grandes zancadas, en la oscura entrada. Debía de estar en medias o con los pies desnudos, porque no hizo ruido alguno sino que se alejó en medio de un pavoroso silencio. Acaso fuise el espectro de todo lo re-

pugnante y perverso del pasaje.

Pero dijo al periodista algo que éste deseaba saber. Gregorio había regresado, había regresado hacia un cuarto de hora. Michael se encaminó con lentitud a la comisaría de policía e inquirió noticias al sargento.

—No; no hemos encontrado al doctor Rudd. Prosiguen las pesquisas en el río. Hay una circunstancia que permite creer que se haya ido al West. Ha amueblado un piso en las cercanías de Langham Place, y pudo irse para allá a última hora. Mr. Mason viene hacia la comisaría y si usted quiere verle...

—¿Por qué retorna aquí?...

—preguntó Michael, sorprendido. El sargento no pudo o no quiso suministrarle ninguna información sobre este punto.

A Quigley le puso de buen talante la noticia: estaba ansioso, en efecto, por verse con el inspector general, al que deseaba solicitar las novedades de la instrucción.

—Personalmente, no me inquieto por Rudd—. El sargento de la comisaría despojaba de toda clase de títulos ceremoniosos a sus superiores si charlaba ante un oyente simpático y comprensivo—. Es un carcamal pintoresco... No sé cuántos años tiene, aunque, desde luego, es joven comparado con Matusalén. Un hombre que dispone de dinero, no debe perder el tiempo por estos barrios.

—¿Que dispone de una fortuna?...

—¡Le cayó del cielo! — dijo el sargento —. Una señora de edad, a quien él atendía, murió y le legó una fortuna. De ser el Dr. Rudd mejor médico, quizá viviese todavía la dama... — añadió incisivamente.

Reprimió un bostezo. —Sí; cataratas de dinero. Posee un piso en el West End de Londres. Algunos de los agentes de la Sección Leyes Especiales de Scotland Yard me han dicho que a menudo lo ven en los clubs nocturnos. ¡Gracias a Dios, un hombre nunca es demasiado viejo para librarse de ser imbécil!

Michael, que conocía bien la zona, no había concedido jamás importancia al Dr. Rudd. No le atraía su personalidad. Hay caracteres que, por sí mismos, no inspiran el menor interés. Simples figuras, hombres o mujeres, que ocupan posiciones señaladas, que no tienen más existencia que la visible en sus relaciones y menesteres casuales. Es tarea difícil especular acerca de sus predilecciones o costumbres. Casi sorprende descubrir que juegan al "bridge" o que reúnen el don de distinguir un Chateau Lafitte de un Imperial Tokay. Cualquier cosa por ellos realizada, por hu-

DONDE REAPARECEN UN LOCO Y "MASCARA BLANCA" Y DESAPARECE EL "DOCTOR PENIQUE"

ILUSTRACION DE LUIS MACAYA

mana que sea, parece un fenómeno maravilloso.

El periodista buceó en su memoria y trató de estudiar al médico de la policía como factor individual, pero, excesivamente fatigado o excesivamente severo, no atinó a imprimir significación a la borrosa figura del Dr. Rudd.

Mason llegó acompañado por Bray y Shale. El inspector general rebotaba jovialidad. Díjese que acababa de levantarse, después de un largo y refrescante sueño. Saludó a Michael alegremente.

Las noticias que le proporcionó el sargento barrieron, sin embargo, la sonrisa de su rostro francote.

—¿Qué?... — exclamó —. ¿Aun no se ha dado con Rudd?...

Se había olvidado por completo del Dr. Rudd. Lo mismo que Quigley, no concedía al médico una personalidad interesante. Permaneció mudo durante un buen rato. Se mantuvo arrimado al hogar, calentándose las manos.

—No me preocupo por él lo que debería preocuparme — habló, al fin —. Es un pájaro raro, que me saca de mis casillas con mayor facilidad que ningún otro hombre. Creo, no obstante, que nunca he dejado entrever tal sentimiento. Por otra parte, no me resigno a creer que sea él "algo" que me rezca inquietar.

—Yo le diré a usted unas palabras que lo inquietarán, Mason, si distrae en mi honor unos cuantos minutos — dijo Michael.

El inspector general miró detentadamente al periodista.

—Eso resuena en mis oídos como una amenaza. ¡Bueno, bueno! ¡Nos permite entrar en su despacho, Bray?

A Bray le desagradó un poco que no lo invitasen a la conferencia. Aborrecía a los periodistas y no les ocultaba su antipatía. A su vez, claro está, los periodistas lo aborrecían, le modificaban maliciosamente el nombre al citarlo en sus crónicas, y en ocasiones ni siquiera lo citaban.

A puertas cerradas, en el despacho de Bray, Michael reveló todas sus sospechas a Mason, que las acogía con algunos breves comentarios.

—Yo también abrigué ese recelo — expresó —. No quiero adularle, Michael. No quiero, conviniendo en su sospecha, crea usted que trato de apoderarme de sus inteligentes suposiciones. Mas Gregorio Wicks es hombre de una pieza. Le conozco desde mis días juveniles. Yo he nacido en este barrio, y no pienso que a nadie le interese ello. Gregorio reúne los antecedentes más hermosos del gremio de conductores de taxímetros de Londres. El importe de los objetos y dinero devueltos por él a sus legítimos dueños ascienden a una suma crecidísima.

—Renguea, ¿no? — preguntó Michael.

Mason arrugó el ceño.

—Sí; renguea — profirió con voz débil —. Se cayó del pescante de un coche hace unos cuantos años. Sí, sí; renguea —. Se quedó pensativo —. ¿Por qué olvidé ese detalle?

—Usted me manifestó que el hombre al que se vio salir del departamento de Mrs. Weston también rengueaba, ¿no?

Mason asintió. —Sí. No se me ocurrió establecer relación entre ambas personas. ¡Caramba, Gregorio Wicks!... — Se rió —. ¡La idea es ridícula! Ese muchachote tiene setenta y seis años, y es el hombre más invariablemente correcto que conozco.

—El loco del Gallows Court le sugirió a usted que averiguase qué hay de delictuoso en la vida de Gregorio, ¿lo hizo usted? — interrogó Michael.

Mason se rascó la pelada cabeza.

—Abundan los locos que me sugieren teorías — dijo sutilmente —. No; no me refiero a usted, Michael.

—¿Por qué no le pregunta al médico?

—¿A Marford? ¿Es que voy a explicarle que lo arranque de la blandura del lecho para que me confirme lo dicho por un perturbado acerca de uno de sus pacientes? ¿Y querría él contarme la verdad? No olvidemos que esa es la única cosa a que no se puede obligar a un médico, a menos que se le lleve al escaño de los testigos. Aun así, la Asociación de Medicina promoverá un alboroto si el jurista se propasa un poquitito.

—Despiértelo con cualquier otra excusa — propuso Michael —. Al cabo, nos sería útil en el caso de Rudd...

Mr. Mason hundió las manos todavía más en los bolsillos y aceptó de mejor talante la versión.

—Lo positivo es que el tipo cojeaba, si la testigo no ha mentado. Y ahora recuerdo que a "Máscara Blanca" se le presentó siempre como cojo. Tal se le identificaba en una de las primeras versiones que circularon. Acostumbraba a emplear una motocicleta, ¿no se acuerda?

—Se vió a muchos motociclistas que procedían del lugar del robo o de sus alrededores, pero nadie pudo atestiguar que eran los ladrones — comentó Michael —. Todos han contribuido a que tomase incremento esa especie y todos, por carecer de medios comprobatorios, han contribuido también a que se desvaneciese. Piense usted un poco y convenga en que las motocicletas son cosas demasiado visibles en Londres después de cierta hora. ¿No será más probable que Máscara Blanca llevase a efecto sus magníficas escapatorias dentro de un taxímetro?

—¿Y es más probable — planteó Mason — que un hombre con un historial de cincuenta años de intachable honestidad, un hombre que despreció un montón de dinero, sin parientes o amigos, sin vicios, un hombre que nunca se descarrió, que no ha cometido en su vida un acto deshonesto, se transforme de repente en un malhechor? Usted ha presenciado fechorías de Máscara Blanca y se ha enterado, por lecturas, de las demás. ¿Qué ha ocurrido constantemente? Penetró en el restaurante y profirió dos palabras... ¿Cuáles son esas palabras?

—"¡Arriba las manos!" — respondió Michael.

Mason asintió con repetidos movimientos de cabeza.

—Exactamente: "¡Arriba las manos!" Era una expresión de los antiguos asaltantes de caminos australianos. La profieren aún algunos asaltantes en Australia. Gregorio no ha salido nunca de Londres. A lo sumo, cruzó las puertas londinenses para transportar a los alrededores a algún cliente ebrio... Yo le revelaré quien es Máscara Blanca: es Tommy Furse.

—¿Y quién diablos es Tommy Furse? — preguntó Michael sorprendido.

—Ya obtendrá usted un relato íntegro cuando el plato esté a punto; por el momento, se está cocinando.

Se levantó súbitamente de la silla.

—Llamaré al médico y le comunicaré que necesito ir a su

—A ese hombre le pasa algo, ¿no es cierto?—insistió Mason, y el Dr. Marford asintió con un ligero cabeceo.

—“¡Anno Domini!” No se puede pedir a los setenta y seis años de edad una salud perfecta, que el organismo marche sin una pequeña falla. En los hombres de edad avanzada hay indicios de cansancio, cierta debilidad, quiebres mentales y físicas características, que ningún médico puede componer. A mí me sorprende que Gregorio realice lo que realiza a su edad. Jamás le he visto realmente enfermo o triste... Ha poseído la voz más fuerte de Tidal Basin, y certifico, pues cuidé a la víctima, que todavía puede aseter un puñetazo que dejará “knock-out” a un púgil regular. ¿Por qué le interesan a usted estos detalles?

—De todos modos, la cosa no me agrada mucho—expresó Michael, recordando la frialdad de maneras del Dr. Marford.

Al llegar a la clínica, Mason encontró al Dr. Marford en pie. No se había metido en la cama aquella noche; acababa de regresar de atender a una paciente cuando recibió el mensaje telefónico.

—¿Niño o niña?—interrogó Mason bromeando.

—Ambas cosas a la vez—respondió el médico.

No le placía discutir acerca de sus enfermos. Bray, que lo conocía mejor que Mason, lo sabía bien.

—No estoy extremadamente preocupado por el Dr. Rudd. No quise manifestárselo a usted en primera intención, porque temía que pensase que aspiraba a rebajar los merecimientos del médico policial. Viniendo para acá, me detuve en la enfermería, para observar a aquella mujer. Parecía dormir y el enfermo creyó conveniente aconsejarme que no la viese.

—¿La señora Weston?

El “doctor penique” asintió.

—¿Cuándo estará en condiciones de declarar?

—Mañana; es decir, esta mañana, a mi entender.

Tomó una botella de whisky de una alacena y la puso, con un sífon, sobre la mesa.

—Esto es todo lo que puedo ofrecerles. Lo guardo exclusivamente para mis visitantes. Yo nunca bebo después de las diez de la noche.

Con respecto a Rudd, no atinaba a indicarle ninguna pista.

—Reaparecerá—dijo confidencialmente—, y profetizo que reaparecerá con dolor de cabeza y que será incapaz de dedicarse a ninguna actividad durante un día o dos.

—¿Qué cree usted que le habrá ocurrido?—inquirió Mason. El doctor sonrió.

—Preferiría no decirlo.

—Usted preferiría no decir nada acerca de una infinidad de gente, doctor.

Mason se sirvió whisky y soda.

—Me han contado que usted podría colgar a la mitad de los habitantes de Gallows Court y enviar a la otra mitad a prisiones por el término de sus naturales vidas...

—Si pudiese, lo haría...—replicó Marford—. Créame que no experimento ninguna simpatía por esa gentuza...

—Excepto Gregorio Wicks...—apuntó Mason. Una sombra nubló el semblante del médico.

—Excepto Gregorio Wicks...—convino lentamente.

—Gregorio Wicks—comentó Bray—es uno de los mejores tipos de esta zona...

—Sí, sí. Estoy seguro de que el doctor comparte esa opinión—señaló Mason—. Pero, ¿por qué no Gregorio Wicks?

—Por muchas razones—replicó Marford—. Es una excelente persona...

—¿Qué le pasa a ese hombre? ¿Usted lo atiende, no?

El Dr. Marford esbozó una sonrisa.

—Yo atiendo a mucha gente buena, pero nunca divulgo lo que le sucede, ni siquiera para corresponder a las deferencias de eminentes funcionarios policiales.

—A ese hombre le pasa algo, ¿no es cierto?—insistió Mason, y el Dr. Marford asintió con un ligero cabeceo.

—“¡Anno Domini!” No se puede pedir a los setenta y seis años de edad una salud perfecta, que el organismo marche sin una pequeña falla. En los hombres de edad avanzada hay indicios de cansancio, cierta debilidad, quiebres mentales y físicas características, que ningún médico puede componer. A mí me sorprende que Gregorio realice lo que realiza a su edad. Jamás le he visto realmente enfermo o triste... Ha poseído la voz más fuerte de Tidal Basin, y certifico, pues cuidé a la víctima, que todavía puede aseter un puñetazo que dejará “knock-out” a un púgil regular. ¿Por qué le interesan a usted estos detalles?

Dió unos pasos a espaldas de Mason y lo contempló con faz turbada.

—Sepa usted, Mr. Mason—continuó el médico, recalando las palabras—, que instintivamente se me ha venido la idea de que usted entró en mi casa no para charlar sobre el doctor Rudd, sino para charlar sobre ese anciano cochero. Un tipo, de cuyo nombre no me acuerdo, que vive en el Gallows Court, sufre la obsesión de Gregorio Wicks. Vez que cruzo por el pasaje, vez que me agarra del brazo y me pregunta qué sucede con el viejo Gregorio... ¿No le habrá preguntado a usted lo mismo?

Mason se sintió momentáneamente confundido. Por propia estimación, rehusaba confesar que obraba como instrumento de un desequilibrio.

—Bueno... Sí...—dijo, y rió de mala gana—. He oído a ese hombre; en efecto, me planteó la misma pregunta. Pero, desde luego, mi estupidez no es tanta que, para decidir la verdad en una interrogación abierta por un loco, me anime a practicar investigaciones y causar molestias a medianoche. Es que me interesa ese muchachote de setenta y seis años.

El médico permanecía tras su escritorio, recostado indolentemente, con aspecto de estar muy fatigado. Mason dió gracias a Dios en lo íntimo de su ser por no haber nacido en una posición tan favorable, que sus padres acordaran hacerle estudiar para médico.

—Tendrá usted que interrogar mañana por la mañana al anciano. Yo lo lamento; me gustaría complacerle, Mr. Mason. No se trata en absoluto de una cuestión de secreto profesional. No dejaría yo que mi profesión obstaculizase la labor de un funcionario policial entregado a la investigación de un crimen grave. No me imagino tampoco qué papel ha de jugar en un asunto criminal el pobre viejo Gregorio. Pero debo a Gregorio algo más que una lealtad superficial. Es, por otra parte, un camarada mío y me espanta el hecho de que usted vaya a someterlo a un interrogatorio a él mismo mañana.

—¿No sufre ninguna enfermedad en el rostro?

Marford vaciló.

—Sí—habló—. Si usted lo desea, le llamaremos enfermedad. Y en seguida alzó la vista y la fijó en Mason.

—¿No querrá usted sugerir que le temblaban los labios—que el anciano es el “Máscara Blanca” que buscan sus gentes?

—Yo no sugiero nada por el estilo—dijo Mason apresuradamente y con reproche—. ¡Claro que no! Es mera curiosidad. El loco ese me irritó los nervios. Lo admito. Ciertamente, interrogaré al mismo Gregorio mañana por la mañana. Esta noche lo hubiera interrogado de no ser por no molestar a esa piltrafa que dormita en el peldaño de la puerta de Gregorio de media noche en adelante.

—¿Es un hombre de nariz muy colorada?—terció Bray, interesado—. Si lo es, yo lo he visto a menudo allí. Muchas

veces cruzo por Gallows Court solo, más o menos solo. Un hombre embriagado, al parecer, de nariz colorada...

—No le he inspeccionado la nariz—cortó Mason, friamente.

—Probablemente, se le habrá vuelto colorada por meterla en asuntos ajenos.

—Es muy probable—respondió Mr. Bray.

—¿Cree usted que todo hombre que lleva una máscara de lino es un criminal?—interrogó Marford con tranquilidad—. No, usted no cree eso; es usted demasiado comprensivo. Cualquiera, menos usted, cree que todos los chinos son perversos. —Le pregunto esto—manifestó, expresándose con parsimonia— porque el hombre de quien habló usted esta noche a primera hora viene hacia acá—miró el reloj—; estará aquí antes de diez minutos.

—¿“Máscara Blanca”?—gritó Mason, atónito.

—Me telefoneó un momento antes de que ustedes llegasen.



—Dígame, doctor Marford—Bray no pudo reprimir su ansiedad—¿cómo está vestido ese “Máscara Blanca” cuando usted lo ve?

Marford reflexionó unos instantes.

—Luce generalmente un saco muy largo, que le llega casi hasta los talones, y un sombrero obscuro, liviano.

—¿Negro?—preguntó Bray vehementemente.

—Quizá. Nunca me fijé, realmente.

—¿Y por qué viene ahora, de madrugada?—exclamó Mason.

—Me dijo que quiso venir al anochecer, pero que las calles estaban llenas de policías. Estoy repitiendo, sencillamente, lo que él me manifestó. No constituye un timbre de honor, por cierto, de ningún hombre el hecho de que rehuya el encuentro con la policía. Pero este sujeto, fantásticamente impresionable, evita de buena gana que lo vean.

—¿Desde dónde le telefoneó a usted?

—No estoy seguro. No fué, evidentemente, desde la oficina telefónica del barrio, porque las llamadas de ésta se reducen a un campanilleo continuo y la suya fué de toques intermitentes.

Dió unos pasos hasta el gran ventanal, levantó la cortina y echó una ojeada al exterior.

—Ahí afuera se halla estacionado alguien—dijo—. ¿Es un oficial de la policía? No, no es; veo que no es. Se trata del periodista, ¿no?

—Sí.

—Pídanle que entre.

Mason hizo una seña a un subordinado y el sargento Shale salió en busca del repórter.

—Si yo pudiese parar un golpe destinado a usted, Michael, lo haría, pero hay cuestiones que no están enteramente en mis manos. Ahora tendrá que recurrir usted, probablemente, a su reconocida discreción. Espero que la confianza que yo deposito en usted, seguro de que se mantendrá fuera de su papel de periodista el tiempo imprescindible, no será defraudada.

—¿Qué ocurre?...—

—“Máscara Blanca”—dijo Mr. Bray, y tosó significativamente al captar la mirada fulminante de su superior.

—Como ha declarado ese activo y “discreto” funcionario, se trata de alguien que se cu-

bre con una máscara blanca; de un hombre al que se ve en estos contornos, y posiblemente en otros contornos. Creo que usted lo vió en el Howdah Club. Y debe caer aquí de un minuto a otro. Supongo que no desea encontrarse con un montón de gente—Mason se dirigía a Marford—, pero usted aceptará que yo exija al sujeto que me rinda cuentas.

El doctor, que estaba arreglando un instrumento muy reluciente, expuso su asentimiento.

—Innegablemente, mi visitante es cautelosísimo. Mas si he resuelto traicionar a cualquiera en bien de la justicia, puedo, también, traicionar a éste. No es una actitud admirable y no la afirmaré que me enorgullezca.

Acercó la lámpara a su escritorio, cambió el conmutador y Mason vió proyectarse en el piso un círculo de luz verdosa. Los reflejos que las otras luces arrojaban atravesaron el círculo con resplandores rojizos. Marford cerró la llave y explicó que la corriente no procedía de la red eléctrica general, sino de un acumulador.

—Les advierto—agregó—que este hombre quizá se niegue a entrar en la clínica. La última vez que estuvo aquí me entreuve un largo rato persuadiéndolo para que entrase.

—¿Por qué lado viene?

—A través del patio y remontando el pasaje hasta aquella puerta—. Señaló la puerta próxima a los anaqueles de frascos medicinales—. Me da una señal: dos repiques largos y dos cortos. Eso es lo que le propuse yo en vista de su incurable recelo. No volveré a verle nunca si él se da cuenta de la presencia de alguno de ustedes.

Mason se arrimó a la puerta; estaba cerrada. Sonó en ese momento la campanilla del teléfono, cuando todos los nervios se hallaban en tensión. Marford se sentó en el escritorio y tomó el auricular.

—“...Sí, está aquí—dijo—. Habla el doctor Marford... ¿Está mejor la señora?... Me alegro... Seguramente”.

Pasó el aparato a Mason.

—Esa mujer, Weston, ha recordado el sentido y pide que la lleven a la comisaría, pues quiere verse con usted.

Mason escuchó, dando monosilábicas respuestas. Colgó el auricular y pareció quedar muy pensativo.

—Píde que la lleven a la comisaría. Era Elk; creí reconocer su voz. Me gustaría que llegase aquí a tiempo—explicó Mason, en actitud meditativa—. Tenía mucho interés en encontrarse con “Máscara Blanca”; ya tropezó una vez con el sujeto esta noche.

—Acaso haya tiempo...—expresó Marford.

Rompí el silencio un toque de campana largo y agudo, se repitió; luego, sonaron dos repiques cortos. Los hombres cambiaron unas significativas miradas.

—Ese es su “Máscara Blanca”, ¿no?

Era ronca la voz de Mason. La mano del inspector general se deslizó automáticamente a un bolsillo. Bray experimentó una recóndita alegría: el rumor de que Mason portaba siempre un arma se confirmaba.

Michael Quigley, silencioso participante de la escena, sintió un ligero escalofrío al observar una indicación que Mason hacía a sus dos subordinados.

—¿Ustedes dos métense ahí detrás de esas cortinas! Michael, sería mejor que se fuese al vestíbulo. Yo me acomodaré detrás del escritorio, si usted no se opone.

—¿Y qué hago yo?—preguntó Marford, a la par que extraña una llave de un bolsillo.

—Déjelo entrar no más. Yo procuraré que él no se marche de nuevo—habló Mason—. Usted puede colaborar con nos-

otros cerrando la puerta tras él.

Marford asintió. Introdujo la llave y abrió lentamente la puerta. Vigiándolo por encima del escritorio, Mason le vió sonreír.

—¡Buenas noches!—dijo el médico—. ¿No quiere usted venir?

Desapareció, y al rato oyeron el farfullar de una voz que profería unas palabras indistinguibles. Era una voz que salía, indudablemente, de una máscara.

—Mi querido señor—oyeron decir a Marford—, yo nunca le he prometido recibirle completamente a solas, pero usted no tiene por qué temer nada. Pase...

Se internó, al parecer, en el pasaje. Mason contuvo la respiración. De pronto se batió con violencia la puerta. Llegó el ruido de un cerrojo que se corre y, a continuación, un grito:

—¡Auxilio!—Era la voz de Marford—. ¡Mason, Mason! ¡Por amor de Dios!

Se escuchó un grito aterrador que demudó los semblantes de los oyentes.

Mason se puso en pie instantáneamente. Estaba ya a punto de llegar a la puerta cuando se apagaron las luces de la sala. Venía desde el pasaje un apagado rumor de lucha.

—¡Bray! ¡Vaya a la puerta del frente! ¡Rápido! ¡Acompáñelo, Shale!

Se allegaron a la puerta del frente y comprobaron que, cerrada por dentro, no cedía a sus empujones. Mason recordó que el médico le había contado que había inutilizado las puertas que daban a la clínica y que él sólo empleaba la puerta trasera que abría sobre el pasaje.

Retrocedieron a tientas. Mason se apoderó de una silla y la lanzó contra los tableros de la puerta. Un rayo de luz de la linterna de Bray iluminó la lámpara.

—Esto sirve—exclamó. Buscó el conmutador y pronto se proyectó en el piso el círculo verdusco. Con esta luz prosiguieron su labor. Unos minutos después, saltaban, deshechos, dos tableros de la puerta. Bray, que era el más corpulento de los presentes, introdujo un brazo y descorrió el pestillo. Había otro cerrojo corrido en la parte inferior de la puerta y se precisó romper otro tablero para descorrerlo y dejar expedito el paso.

Bray fué el primero en adentrarse en el pasaje. No se divisaba un alma. La puerta del extremo estaba abierta de par en par. Exploró el patio con idéntico resultado.

—Aquí hay sangre—gritó—. No veo a Marford. ¿Quiéren traer aquí una luz?

Shale examinó el cordón eléctrico. Bastaba para arrastrar la lámpara a lo largo del corredor. Pero con la iluminación no se descubrió nada, excepto unos manchones de algo rojo y reluciente en el suelo y en las paredes. El “doctor penique” y su asaltante se habían desvanecido.

(Continuará).

EL HUMO Y LAS LLUVIAS

PUEDEN haber alguna relación entre el humo y las lluvias?

Esto es lo que acaba de anunciar el doctor Ashworth, de la Royal Meteorological Society, después de 30 años de pacientes estudios.

Gracias a una estadística perfectamente documentada, se puede comprobar que durante ese tiempo, la lluvia ha caído en un 13 por ciento menos durante los domingos, que en cualquier otro día de la semana. La explicación de este fenómeno se debería a la disminución de humo y de aire caliente durante esos días en la infinidad de chimeneas que rodean a Rochdale, donde se ha hecho el experimento. El lunes, que parece ser el día más lluvioso, es también el día en que se refuerza más el fuego en las calderas.

NOTAS

CINEMATOGRAFICAS

Lilian Harvey y Willy Frissch en una escena de "El vals del amor", adaptación de la opereta vienesa del mismo título, que se estrenará próximamente



—¿Y en cuanto vende la caja? — preguntó el actor.
—A un penique.
—Bien. Deme una.
El amigo de Aileen Pringle la tomó, sacó un fósforo, encendió su cigarrillo y después arrojando la caja sobre el mostrador, anunció friamente al sorprendido dependiente:
—¿Ve esa caja de fósforos? ¿Sí? Pues bien, cuando venga otro fumador a pedirle fuego, sea lo suficiente amable para ofrecerle uno de "mis" fósforos; hasta la vista, señor.
Y se retiró dignamente.

EL "SET" NUMERO VEINTE MIL

Hace poco, los directores técnicos del "studio" de la compañía First National, construyeron el "set" número veinte mil.

El primero de los escenarios cinematográficos que se construyó en el amplio y bien cuidado "studio" de la First National, fué para la película titulada "Forever After", que por actores principales tenía al galán Lloyd Hughes y a la primera dama joven Mary Astor.

El "set" que acaba de alcanzar la monumental cifra, representa la cabeza de un monstruoso animal con la enorme boca abierta, que sirve de escenario para el "ballet" de 200 "girls" que serán las que iniciarán la primera escena del espectacular "film" tecnicolor parlante "La corista de Hollywood", que tendrá por intérpretes a la luminosa Alice White y Jack Mulhall.

NUEVO CONTRATO PARA REGINALD DENNY

Reginald Denny, que ha liquidado sus asuntos personales con la Compañía Universal, ha sido contratado por Cecil B. De Mille para actuar en el papel principal de la película "Madame Satán", argumento cinematográfico original de la popular escritora Jeannie Mac Pherson, autora de 38 historias. Todas ellas serán llevadas a la pantalla por el director De Mille.

RESTABLECIOSE ALMA RUBENS

Alma Rubens está completamente restablecida de la enfermedad que le obligó a mantenerse ausente de los "sets" y las canchas de golf. Actualmente realiza preparativos para una gira teatral por las principales ciudades de la Unión. Alma y su esposo el actor Ricardo Cortez, que hace un año experimentaron ciertas diferencias de caracteres, mantuvieron muy ocupados a la prensa con una serie de intentonas de divorcio, que después de todo, no pasó de una amistosa separación y mucha publicidad. Los inconvenientes habidos en la vida matrimonial, han sido salvados con todo éxito por la pareja, y ahora han vuelto a reunirse para olvidar lo ocurrido y empezar una nueva vida.

SIEMPRE LA NOSTALGIA

Cuando la hermosa y fina June Collyer llegó por primera vez a Hollywood, sentía una terrible nostalgia por la ciudad de los rascacielos. Extrañaba su familia, la Quinta Avenida, sus negocios, tiendas, teatros, cinematógrafos, hoteles, y aunque trataba con toda su mejor voluntad de aclimatarse a esta ciudad, se veía claramente en sus ojos la infinita nostalgia de la gran ciudad neoyorquina.

Después de varios años de ausencia de Nueva York y ya libre de contratos, June tomó el expreso Santa Fe, rumbo al Este. Miss Collyer ha visitado a su familia, ha visto muchas revistas y comedias musicales, ha cenado repetidas veces en el Plaza, Sherry, Embassy, etc., ha visitado las mejores tiendas de Park y la Quinta Avenida, pero a pesar de toda esta supuesta felicidad, en la mente de June siempre estaba presente el sol, el aire puro y los escenarios naturales de California, y tal es el cambio experimentado en la nostalgia de June, que la actriz ha regresado con su familia para radicarse definitivamente en la risueña y alegre tierra de las naranjas.

EL SEPTIMO ARTE
CARTA DE HOLLYWOOD

POR
WHITE SCREEN

(Para LA NACION)
HOLLYWOOD, abril de 1930

UN MATRIMONIO CON PERCANCES

LORETTA Young y Grant Whithers acaban de sorprender a la colonia cinematográfica con la noticia de su casamiento, que tuvo efecto en el pequeño pueblo de Yuma, Arizona. Después Loretta Young y su esposo regresaron a casa de la joven esposa para dar la grata nueva a la madre de la hermosa Loretta. Pero la noticia no tuvo el efecto esperado, y la mamá en vez de la consabida bendición y felicitación, censuró la conducta de los desposados. La

mamá pedirá al juez la anulación del matrimonio.

ACTORES "SPORTSMEN"

Las películas nos presentan a menudo batallas, riñas, puñetazos y otras delicadezas por el estilo. Todo ello es estudiado a fondo, y a veces es necesario un rudo entrenamiento.

Con este fin, una de las principales firmas de Hollywood posee un gimnasio maravillosamente equipado donde, bajo la dirección del maestro Richard Kline, los actores pueden desarrollar sus gustos deportivos.

Richard Arlon, Dennis King y Maurice Chevalier son ases de boxeo. Charles Rogers es un perfecto acróbata y campeón de carrera a pie. Gary Cooper juega a la pelota como ninguno y ha conservado de su vida campestre habilidades ecuestres de primer orden. George Bancroft es un lucha-

dor de importancia y posee el "punch" admirable que la pantalla ha hecho conocer a sus admiradores.

EN BUSCA DE ENANOS

Las exigencias del cinematógrafo son a veces tiránicas.

Lucien Hubbard, director de "La isla misteriosa", de Julio Verne, pidió recientemente que le proporcionaran quinientos enanos para el episodio del descubrimiento hecho por el capitán Nemo, de una tierra submarina habitada. El departamento de reparto de la compañía productora tuvo buen trabajo para encontrar en todos los circos y "music-halls" de los Estados Unidos, estos actores minúsculos; pero el éxito coronó los esfuerzos de los buscadores. Al cabo de una semana, y después de haber recurrido en ciertos casos a agencias de detectives, el batallón de enanos estaba completo.

ALICE COCEA

Alice Cocea, cuyos éxitos en el teatro son numerosos, debutará en la pantalla con el "film" que Jean de Limur ha adaptado de la obra de Leopoldo Mar-

chand, "Mon gosse de père". Alice Cocea tendrá el privilegio de ser compañera de Adolfo Menjou, quien, tan pronto como termine su interpretación, deberá volver a los Estados Unidos, donde lo esperan nuevos contratos.

No hay duda que Alice Cocea alcanzará en el cinematógrafo parlante, el mismo éxito que logra en cada una de sus creaciones escénicas.

FOSFOROS AL POR MENOR

Aileen Pringle, la popular estrella de la pantalla, contaba últimamente esta pequeña aventura:

Uno de sus amigos, actor muy conocido, se dió cuenta un día, estando en la calle, que no tenía un solo fósforo para encender un cigarrillo. Como divisara una cigarrería a algunos pasos de distancia, se dirigió a ella y pidió fuego al dependiente que estaba dignamente sentado detrás del mostrador.

—Yo no regalo fósforos en esta forma — le respondió el otro con aire arrogante—. Los vendo solamente. Si los quiere en esta forma, está bien; si no... puede retirarse.

NAHUEL HUAPI DE LOS



STA incomparable región, admirada por cuantos han llegado a ella, puede decirse que es desconocida entre nosotros, pues sólo un limitado número de personas — en su mayoría extranjeros — se han resuelto a realizar este viaje.

Con frecuencia observamos que, hijos del país de toda clase social, efectúan viajes a Europa o a los Estados Unidos, de una duración más o menos prolongada, viajes estos que se repiten en muchas ocasiones. Sus relatos al regreso coinciden invariablemente, tales son las maravillas de la naturaleza que han tenido oportunidad de admirar.

Visitar países extranjeros sin conocer el propio, es sólo explicable por motivos de emergencia o bien por considerarse de una monotonía tal, que por sí misma no despierte curiosidad ninguna de sus regiones.

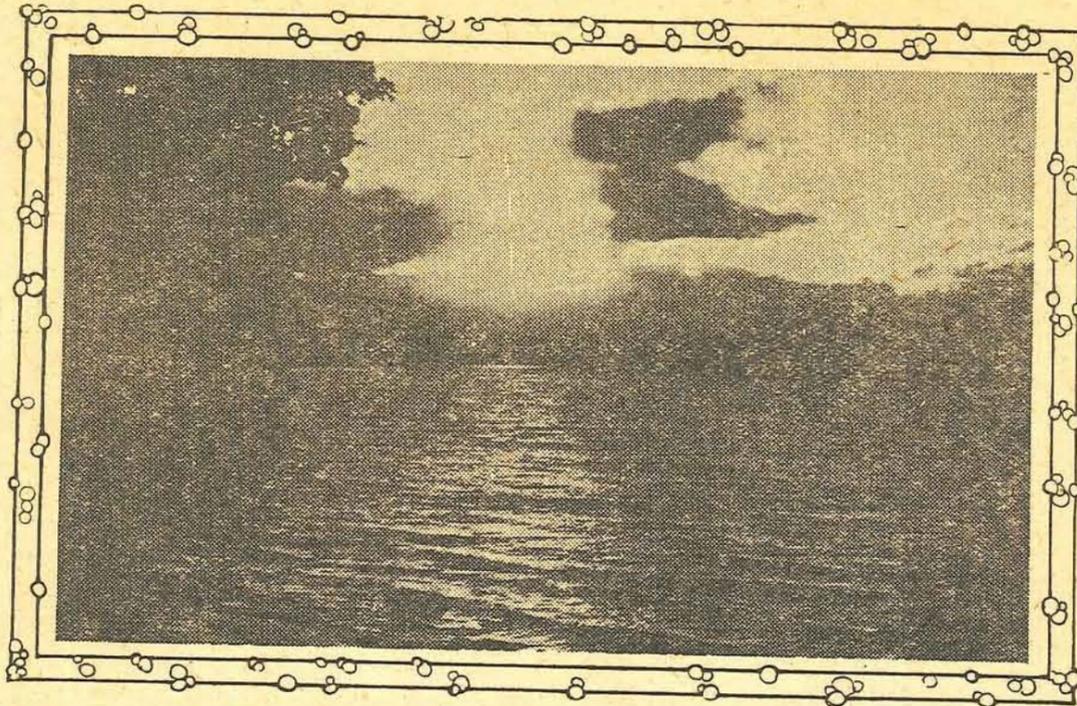
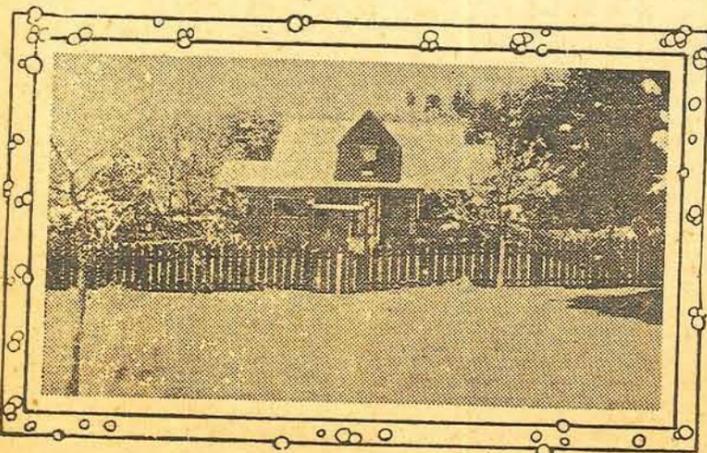
Si nuestros compatriotas hicieran en el extranjero un estudio comparativo entre lo que allí se presenta a su vista con lo similar observado en su país, seguramente que esa admiración sería muy relativa y no causarían tanta sorpresa las cataratas del Niágara comparadas con las del Iguazú, ni las montañas y bellas regiones de Italia, la nieve y los lagos de Suiza al recordar los panoramas que ofrecen las provincias de Tucumán, Córdoba, Salta y Jujuy, así como los del lago Nahuel Huapi y sus inmediaciones.

No es esta una opinión nuestra, y al decir nuestra, queremos significar que no es una opinión local. Ya hemos dicho que el turismo a esas regiones está compuesto por extranjeros en su mayoría, entre los cuales pueden contarse a Mr. Pershing, el ilustre jefe norteamericano, y al Dr. Luther, ex presidente del Consejo de Ministros de Alemania; ambos entraron a nuestro país por la Cordillera de los Andes, precisamente a la altura del lago Nahuel Huapi, y se expresaron elogiosamente sobre las maravillas de las zonas visitadas.

El último de estos ilustres visitantes tuvo la oportunidad de manifestar en el momento de embarcarse para su viaje de regreso que, "llevaba grabada en su retina, la incomparable belleza de la región de los lagos".

Esta región se encuentra dentro del Parque Nacional, el que fué diseñado sobre la base de una donación de tres leguas situadas en el lugar en que hoy existe el Puerto Blest, donación efectuada por el peri-

La administración de la isla Victoria cubierta de nieve



to D. Francisco P. Moreno, las que formaban parte de las veinte leguas que le fueron donadas a su vez por el Gobierno Nacional, como premio a su actuación en la Comisión de Límites con Chile.

En la actualidad el Parque Nacional abarca una extensión de 785.000 hectáreas, dentro de la cual existen más de setenta lagos de todas dimensiones; veinte de ellos constan de una superficie de más de una legua, y cincuenta de menor extensión. El de mayor superficie es el de Nahuel Huapi, que consta de veinticuatro leguas; sus costas miden 400 kilómetros, siendo su profundidad media de 390 metros.

Sus aguas son tan cristalinas que fácilmente se perciben desde la superficie los peces que se encuentran hasta veinte metros bajo el agua. En su interior existen varias islas, de las cuales la más grande es la isla Victoria (Victorica en un principio), la que se compone de una superficie de 4800 hectáreas y encierra en su interior un precioso lago.

Los de más fácil acceso por la vialidad y proximidad a San Carlos de Bariloche, son los lagos Moreno, Gutiérrez, Espejo y Mascardi, todos los que presentan al espectador distintas perspectivas dentro de una original belleza, que al no poderla describir, la dejamos librada a la visual de cada turista.

Algo más retirado se encuentra el lago Trafal, de una magnificencia que obliga a su visita, no sólo por su panorama espléndido, sino también por las alternativas que ofrece el camino.

En forma ordenada, iremos describiendo cada uno de ellos, comenzando por el río Limay, para luego continuar con las costas del lago Nahuel Huapi y los puertos o ensenadas de Huemul, puerto Manzano, isla Victoria, península Beatriz, Correntoso, puerto Tigre, puerto Blest, brazos de este último nombre y de la Tristeza, laguna Frías, penínsulas de Llao-Llao y San Pedro, para ter-

Puesta de sol en el lago Nahuel Huapi

minar con San Carlos de Bariloche.

El río Limay, que recibe las costas del lago Nahuel Huapi y que sirve de límite a los territorios de Neuquén y Río Negro, presenta un aspecto verdaderamente impresionante; encauzan su veloz corriente dos murallas cubiertas ya de verdes y fértiles pampas, ya de imponentes bosques de cipreses y coihues, como de enormes bloques de piedra desnuda.

Por su margen izquierda corre un camino lleno de peligros a la vista, peligros que tienen la particularidad de ir desapareciendo a medida que el automóvil avanza; recorridas unas seis leguas, se presenta, majestuoso, un gran anfiteatro de piedra a una profundidad de unos doscientos metros, y es tal la perfección de su semicírculo, que es difícil suponer que en su formación no haya intervenido la mano del hombre.

A esta altura se encuentra la estancia Rincón Grande, donde existe una gran hondonada sobre la cual puede admirarse una imponente casa de piedra, debida al capricho de la naturaleza y que completa su belleza una caída de agua de los deshielos.

Aunque dentro de campo particular, debido a la gentileza de sus propietarios D. Diego Neil y señora, los turistas tienen oportunidad de admirar esa zona, la que a la vez sirve de descanso. Este establecimiento se dedica a la cría de ovejas en gran cantidad y dentro de las prácticas más modernas; está administrado por su propietario, quien reside todo el año en él.

Pone término a esta senda el lago Trafal, cuyas aguas contrastan por su tranquilidad con las que en el río Limay forman los "rápidos", que, desgraciadamente, hacen que no sea navegable. De la tranquilidad de este lago resulta un silencio verdaderamente emocionante que ha de haber servido de inspiración a más de un turista poeta, también para entristecer a los místicos, provocar pasión o inspirar dudas a los enamorados y escalofríos a algún culpable.

En los comienzos del gran lago y navegando hacia el Norte, existe sobre la costa izquierda una dependencia del Ministerio de Agricultura, que atrae a todos los turistas, debido a la escasez de establecimientos de esta naturaleza. Se trata de la piscicultura, donde se incuban por medio de las normas más modernas, millares de truchas y de salmones, los que una vez arrojados al lago, constituyen uno de los

medios de alimentación más preciados.

Este vivero se encuentra sobre el río Nirihua, dentro del establecimiento El Cóndor, de propiedad de D. Conrado Molina, al que sirve de estancia un suntuoso palacio edificado con maderas de la región, en el que no faltan la comodidad ni el confort.

Dentro de su gran extensión pacen no menos de cincuenta mil ovejas de vientre, sus corderos y borregos, los que anualmente producen más de doscientos mil kilogramos de lana. El parque que rodea la población principal está compuesto de toda clase de árboles forestales y frutales, y la variedad de sus jardines en flor justifican su continuo cuidado.

Al frente y más hacia el Norte se divisa el puerto Sabana, hoy Huemul, donde se encuentra el establecimiento de este nombre; desde cierta distancia se percibe el chorro de un manantial que, deslizándose sobre el peñasco, arroja sus aguas al Nahuel Huapi.

Ya en puerto y acalladas las máquinas del vapor, comienza el incesante murmullo de las aguas del torrente, precursor de la alegría con que los moradores reciben a sus visitantes: es la estancia de D. Aarón Anchorena y de los hermanos Ortiz Basualdo. La fastuosa mansión no se muestra de "cuerpo entero" sino que, coquetamente semioculta, sugiere una duda, ya que para contemplarla en toda su magnitud, obliga al desembarco. ¿Será por modestia o será por el afán de cumplimentar a quienes llegan allí?

Con planos de un célebre arquitecto francés, está construida sobre piedra y, luego de cierta altura, se elevan gruesos muros de rústica madera extraída de los bosques del mismo establecimiento, como también las tejas de alerce que forman su tejado. Ahí se practican todos los sports, desde el parsimonioso croquet y el movido tennis, hasta los más viriles como son el polo y la caza de "baguales", para la que

Y LA REGION LAGOS

se emplean varios días, y que para conseguir una pieza es necesario, en ocasiones, hacer fuego desde una distancia de 800 metros (tiro de máuser).

Desviando de puerto Huemul hacia el N. O. comienza la isla Victoria, cuya exuberante vegetación no pasa inadvertida; el puerto Anchorena, que le sirve de acceso, está formado por una pequeña bahía con dos entradas, separadas entre sí por un angosto islote que atenúa la fuerte corriente del lago, dándole el aspecto de un dique artificial.

En esta isla existe un vivero compuesto de más de 300.000 plantas de todas las especies arbóreas susceptibles de aclimatación, lo que hace que éste sea el sitio más adecuado para la instalación de la primera escuela forestal, de las tantas que forzosamente habrán de fundarse para atender a nuestros bosques en la forma racional que los mismos requieren.

El Correntoso, situado en la extremidad norte del lago, es una población donde existe un aserradero de propiedad de don Primo Capraro, y un hotel de turismo. Una legua hacia el Este se encuentra el lago Espejo, un lago tranquilo, que desde la altura arroja sus aguas al Nahuel Huapi por medio de un arroyo denominado El Correntoso, y que da su nombre a la zona.

La península Beatriz, situada entre la isla Victoria y El Correntoso, está cubierta por bosques vírgenes de cipreses y coihues, los que dan la impresión del constante cuidado del doctor O'Connor, a cuya sucesión hoy pertenece. El doctor O'Connor fué uno de los primeros pobladores de esa región, gran admirador de sus bellezas y entusiasta propagandista.

Volviendo hacia el Sur y luego de pasar por puerto Tigre, propiedad del doctor Nordenholz, se encuentra la bifurcación de los brazos puerto Blest y de la Tristeza; el primero de ellos conduce al puerto de su nombre, donde se encuentra un hotel del que hacen uso generalmente los viajeros que se dirigen a Chile, por ser ésta la única comunicación.

Treinta cuerdas al Oeste está la laguna Frías, la que, al decir de algunos, su verdadero nombre es el de laguna "Fria", pues este es el nombre que en un principio se le dió, debido a la baja temperatura de sus aguas.

Del centro de esta laguna puede observarse desde su base el cerro Tronador, el que tiene por característica la de encontrarse cubierto de nieve durante todas las estaciones. Su nombre se debe a los des-

Escuela Francisco P. Moreno, a la que concurren más de 400 alumnos



prendimientos de enormes trozos de nieve los que, al rodar hacia abajo, producen ruidos verdaderamente atronadores.

El Tronador es el punto de mirada de todos los turistas, hacia él se organizan cabalgatas, todas con el propósito de ascender hasta su cumbre; naturalmente que hasta la fecha no se tiene conocimiento de que ninguno lo haya conseguido, salvo contados exploradores.

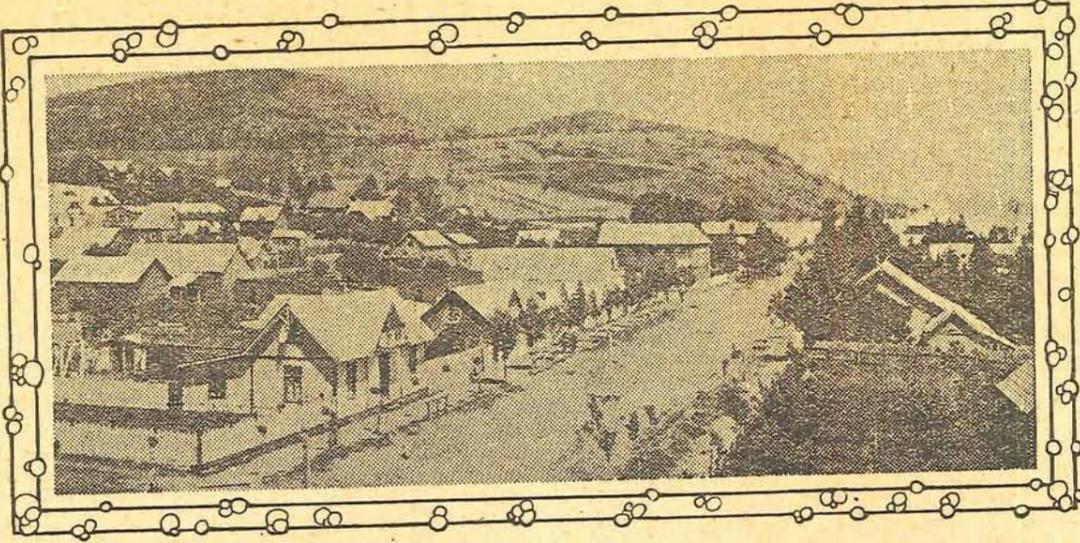
Quien consiguió ascender a mayor altura entre los excursionistas, no fué por cierto ningún representante del sexo feo, ni persona alguna acostumbrada a esta clase de deportes; aventajó a todos, una gentil e intrépida porteña: Da. Luisa Martínez de Hoz de Saint.

El otro de los brazos, el de la Tristeza, tiene sus costas completamente despobladas; si es cierto por tal motivo que así se le denomina, no hubiera sido un desierto tampoco llamarse de "Los Misterios". A poco de entrar en él, causa impresión el ruido infernal que produce el vapor, ruido que al detenerse el barco se convierte en un silencio sepulcral, con la particularidad de que una palabra pronunciada, así sea a media voz, se repite en lontananza con un gran aumento de tono; una palabra fuerte es contestada por un grito de guerra, lanzado desde las crestas nevadas de la cordillera.

Antes de llegar a San Carlos de Bariloche se presentan a la vista las penínsulas de Llaoliao y San Pedro, ambas muy pintorescas, sobre todo la primera, desde cuya costa puede divisarse el lago Moreno, situado algo más al Oeste; la última de estas penínsulas se encuentra muy poblada, haciendo mal efecto por la gran cantidad de árboles quemados, los que dan la impresión de un imperdonable abandono.

Lo que es realmente sensible es que estos viajes de turismo se lleven a efecto solamente en la estación de verano. De realizarse también durante el invierno, tendrían ellos oportunidad de apreciar al Parque Nacional, con toda la majestad de su belleza. Cubiertas de nieve las colinas que circundan al pueblo, se prestan en la forma más apropiada para practicar los deportes tan de moda hoy en Saint Moritz.

Existe un prejuicio entre nosotros en lo referente al poco confort de sus hoteles; nada más injusto que ello. En San Carlos de Bariloche solamente funcionan tres grandes hoteles, a saber: el Suizo, el Italia y el Central, todos ellos con excelente servicio de cocina y de baños a toda temperatura; dentro del lago, es decir, en los puntos de acceso de sus costas, se libran al servicio público un confortable hotel en El Corren-



tos y otro en puerto Blest, o sea el paso obligado para la República de Chile.

San Carlos de Bariloche es la población de más importancia de las costas del lago, fué descubierta por los frailes mercenarios, procedentes de Chile en el siglo XVI, exploración que abandonaron un siglo después, debido a una gran sublevación araucana, encabezada por el Fhoqui Paillamach.

Diego Flores de León, capitán de la Conquista, partió de Chiloé (Chile) a mediados del siglo XVII, dirigiéndose de ese lado de la cordillera en busca de los Césares, que se les suponía perdidos en los desiertos de la Patagonia. Más tarde, el jesuita Mascardi efectuó cuatro expediciones con el mismo objeto, hasta que fué asesinado por los indios, saqueadas y quemadas sus poblaciones por considerar que la imagen de la Virgen María era la causante de todas sus desdichas.

Se sucedieron más tarde varias expediciones, corriendo todas ellas suerte parecida, hasta que en 1862, Guillermo Cox llegó el 28 de diciembre de ese año a orillas del lago Nahuel Huapi, y quizá festejando el Día de los Inocentes, es que se decidiera a navegarlo en toda su extensión valiéndose para ello de una canoa, la que fué destruida en uno de los "rápidos" del río Limay, salvándose milagrosamente.

El Dr. Francisco P. Moreno fué el primero que del lado del Atlántico llegó al Nahuel Huapi; esto ocurría el 20 de enero de 1876. En una próxima excursión efectuada en 1880 por el mismo ex perito Moreno, éste llegó hasta las costas del gran lago, descubriendo en el Cerro León dibujos y señales que evidenciaban que habían sido habitados por cristianos.

En este segundo viaje, Moreno fué apresado y conducido por los indios a Caleofú, donde un consejo de Caciques re-

Avenida Bartolomé Mitre, arteria principal de San Carlos de Bariloche

solvió matarlo, por lo que fué atado a un ciprés para ejecutarlo a la mañana siguiente.

Condolido uno de los caciques llamado Foyel, resolvió facilitarle la evasión, la que se efectuó durante la noche, remontando en una canoa los ríos Limay y Negro, y luego de afrontar toda clase de peligros, consiguió por fin desembarcar en Carmen de Patagonias.

El ciprés en que fué maniatado Moreno existe aún, y es allí donde anualmente se reúnen, el 2 de noviembre, los alumnos de la escuela de San Carlos de Bariloche, escuela que lleva su nombre. Es esta una ceremonia tocante, en la que luego de oír los educandos palabras alusivas al acto, entonan el Himno Nacional acompañados por el murmullo de las aguas del lago.

En 1881 llegó a esas regiones el ejército argentino en su campaña al Desierto, al mando del coronel Villegas y del hoy general Tiscornia, enarbolando por primera vez el pabellón patrio en la base del Cerro Carmen, llamado hoy Carmen Villegas, el 3 de abril de ese año.

Este cerro se encuentra a orillas del río Limay y forma parte del establecimiento San Ramón, el que, administrado por el conde Van Blucher, es voz corriente, que su propietario es el ex kaiser Guillermo II. Festejando uno de sus aniversarios, el 3 de abril de 1927 se inauguró allí un monumento artístico en piedra, al que asistieron, además de las autoridades del territorio de

JOSE LUIS DOMINGUEZ

Río Negro, representantes del Ministerio de Guerra, del Ejército, del Círculo Militar, de los Expedicionarios al Desierto y varias otras entidades.

Estuvo también presente en el acto un sargento, el único sobreviviente de su clase el que, en lugar de encontrarse gozando de una pensión que le sirviese de alivio a su vejez, fué encontrado mientras desempeñaba las funciones de barrendero en San Antonio Oeste. El general Tiscornia tuvo oportunidad de reparar esta injusticia, al proporcionarle su retiro con el grado correspondiente. El asta de ciprés que sirvió para enarbolarse por primera vez la bandera argentina se encuentra custodiada como una reliquia — que en realidad lo es — en la Municipalidad de San Carlos de Bariloche.

El Dr. Moreno volvió años después nuevamente a Bariloche con el fin de actuar en la Comisión de Límites con Chile, secundándolo eficazmente el ingeniero Emilio Frey hasta el año 1903, fecha en que se disolvió dicha comisión.

San Carlos de Bariloche es una población que por su estilo difiere de la monotonía que presentan la casi totalidad de los puntos apartados de nuestro país. Como la fotografía lo demuestra, diríase que se trata de una población europea; allí todos los edificios están contruidos en madera, salvo raras excepciones; se trata de diversos "bungalows", que dentro de cierta homogeneidad difieren en su estilo.

Su primer poblador fué Carlos Wiederbold, y a él se debe que en los primeros tiempos se distinguiera este pueblo por su nombre, agregándosele más tarde "de Bariloche", palabra que castellanizada deriva de Vurriloche, o sea el de la tribu indígena que pobló anteriormente esa zona.

En general, las familias son

muy numerosas y una prueba de ello la constituye el hecho de que mientras toda la población no pasa de 2113 habitantes, según el censo llevado a efecto hace un año, más de cuatrocientos niños acuden a la escuela.

Una de las familias más numerosas es la de D. Bernardo Book, poblador de más de 30 años; esta familia la componen 22 hijos, de los cuales son mellizos los dos menores. En realidad la población no aumenta en la proporción que correspondería, pues a falta de trabajo en el pueblo, deben abandonarlo para dedicarse generalmente a las tareas rurales, fuera de su ejido.

El primer presidente de la comisión de fomento fué don Primo Capraro, uno de los hombres que más impulso dió a esos lugares, donde es propietario de un aserradero y varios otros negocios, adquiridos en la liquidación de la Sociedad Anónima La Chile-Argentina. Actualmente se encuentra al frente de la Municipalidad uno de los primeros argentinos que llegaron allí, y propietario de una de las más fuertes casas de comercio: don Rubén Fernández. El Juzgado de Paz está a cargo de don Manuel Castro Rivero, también antiguo y prestigioso vecino.

LOS HUEVOS DE PASCUA

Una costumbre antigua que se conserva aún

La costumbre de regalar huevos de Pascua tiene un significado religioso y se remonta a tiempos muy antiguos. Era ya muy conocida por los romanos y los egipcios, que los teñían de rojo, como recuerdo de la sangre derramada para la Redención.

En el tiempo del papa Pablo V, los señores poderosos, jefes de las principales familias, enviaban enormes cantidades de huevos a las iglesias para que se les bendijera antes de repararlos entre su gente.

Durante muchos siglos, ha sido, pues, costumbre el regalar un huevo, símbolo de una nueva vida, en el día de la Pascua. En Rusia y en los Balcanes se ha conservado esa costumbre hasta hace pocos años, tiéndolos de color rojo. Para esto empleaban algunas veces anilina, pero la gente más pobre se conformaba con frotarles con la telilla de la cebolla seca, lo que los pone brillantes y colorados en vetas como si fueran de mármol.

Entre la gente rica era costumbre en Rusia, regalar pequeños huevos de oro esmaltados con un arte exquisito, que era una especialidad de aquel país. También estuvieron de moda un tiempo las piedras preciosas talladas en esa misma forma.

Luego vinieron los huevos de chocolate que se ven aún en nuestros días y que seguramente los niños desean no desaparezcan nunca.

NAUFRAGIO EN AUTOMOVIL

(Continuación de la pág. 5)

cia el pequeño Jaime sollozando y dando diente con diente. —Yo también tengo frío, papá—murmuró Baica.

En realidad, los cuatro muchachos estaban hechos sopa, y con el frío de la noche sentíanse ateridos. Arturo, el mayorcito, callaba, pero parecía resignado a su suerte.

—Tú, Arturo, encárgate de Dick, ten cuidado; no vaya a llevarse la corriente. Si alguno de ustedes cae y se aturde, se ahogará sin remedio. No hay que abatarse, amigos. Si el río sigue creciendo, si el agua sube por encima de la capota, si el auto se vuelca, estamos perdidos, ¡y habrá que prepararse a nadar o a morir! En todo caso, hay que dejarse llevar por el agua, para que no los golpeen las piedras, y poco a poco tratar de salir a la orilla. Por uno y otro flanco del reparo formado por el coche, pasaban a cada rato arbustos

a la deriva... A lo lejos tronaba en las montañas y los relámpagos alumbraban los árboles azotados por la borrasca.

—¡Solo Dios puede salvarnos!—dijo el profesor Pangalos quitándose el sombrero. Los cuatro chiquillos, descubiertas las inocentes cabezas, con las caras pálidas, se persignaron en silencio. Ya entonces ninguno lloraba.

En esto, el profesor notó que el auto temblaba entero, a punto de volcarse:

—Bueno, muchachos—dijo—, intentaré salvar primero a dos, y si logro salir a la orilla, volveré por los otros. Arturo, quédate tú con Dick y espérame. Si después que nosotros nos largamos el auto se vuelca, tú, que sabes nadar, ¡abrázalo a Dick y no lo sueltes!

—¡Eso es, papá!

—Pero mientras el auto no se vuelque, no se muevan de la capota.

—¡Muy bien, papá!

Quitóse el cinturón de cuero, lo enganchó en el de su primo y cerró la hebilla.

—Yo también sé nadar, tío—

dijo Dick, afirmando su voluntad de vivir.

Entonces el padre se apoderó de los dos chicos más asustados. Con la derecha abrazó a Baica, a Jaime con la izquierda; dió la espalda a la creciente y con infinita cautela comenzó a deslizarse de flanco hacia el islote, pisando en el movedizo lecho del torrente, que por el fondo arrastraba pedrones tumbadores. Uno de ellos, al chocar con una pierna de Pangalos, lo arrojó de espaldas; el trio de naufragos zambulló de golpe, y la violencia de la caída fué tal, que el pequeño Jaime, zafándose del brazo paterno, se marchó solo, como marlo por acequia. La angustia del profesor fué mortal. incorporóse y gritó:

—¡Tirate a la orilla, tirate a la orilla, Jaime!

Volvió a caer, dió unas vuelatas sobre sí mismo y llegó a la barranca con Baica en los brazos.

—¡Salió a la orilla, papá!—gritó Arturo, que desde la capota del auto aguardaba el fin.

—¡Aquí estoy, papacito!

El chiquillo, aterrorizado, lloraba. Pangalos llegó a él corriendo, lo palpó:

—¿Te has golpeado?

—Sí, papá.

—¿Estás sano?

—¡Sano, papá!

—No llores, entonces. Como sabes nadar, te has salvado.

—¿Y Dick y Arturo?—preguntaron a una voz Baica y Jaime.

—Ahora hay que salvarlos a ellos. En esta isla, por ahora, ustedes no corren peligro. Esperen.

Iba a arrojarle de nuevo al agua, para llegar al automóvil, cuando distinguió en la orilla, del lado de Salta, un grupo de peones, la luz de un auto y una linterna. Vió que un criollo a caballo se lanzaba al río, para salvar a los chicos. El jinete, con el agua a las ancas del caballo, atracó junto al coche. Arturo saltó a la grupa y Dick se prendió a dos manos de un brazo del hombre.

Aquella noche los peones hospedaron a los pequeños naufragos en su campamento, les proporcionaron abrigo, camas y

ropas secas. Después el animoso salvador repasó el río, alzó en su caballo a Baica y a Jaime y los condujo hasta la casa paterna. Luego, el profesor Pangalos, solo, abrumado por su negra estrella, acabó de pasar el río a pie y llegó a su casa. Encontró a doña Lina Colonna—sabadora del término de la aventura—ya un tanto calmada, y le dijo:

—Abrazáme. ¡Haz de cuenta que hemos resucitado!

—Pero, ¿por qué pasaste? ¿Por qué no se fueron a dormir a Salta?

—Los chicos y yo teníamos que comer contigo esta noche. ¡Qué quieres! ¡Por volver a verte, yo hubiera pasado el Aqueronte!

—¡Ah, farsante! ¿Cuándo vas a ser más formal? Al reírte de mí, te ríes de ti mismo. ¿Cuándo vas a tomar la vida en serio?

—¡La vida!—respondió el profesor quitándose las botas llenas de agua.—me gusta como juego peligroso. ¡Tomarla en serio es más sensato, pero también mucho más aburrido!



STAMOS a 90 años de la Revolución del Sur y será oportuno recordar algunos de sus episodios.

Poco cabe agregar o rever sobre lo dicho por el Dr. A. J. Carranza en cuanto abarca hasta los instantes finales de la Batalla de Chascomús; mas de aquí adelante queda mucho por conocer.

Sabido está que la batalla duró de tres a cuatro horas, entre las 5 y las 9 de la mañana; hubo 1300 combatientes de cada parte y quedaron sobre el campo de la acción unos 200 entre muertos y heridos, y otros tantos prisioneros (1). Al jefe superior, D. Prudencio O. de Rosas, hubo que campearlo para anunciarle la victoria, pues antes de las primeras descargas dejó el coche en que viajaba para seguir a caballo y corrió con los dispersos del primer momento.

No hay duda que la arremetida de los libres fué enérgica, especialmente la del ala derecha y el centro; los primeros en flaquear fueron los milicianos de la Magdalena que formaban el ala izquierda, a las órdenes del coronel Miguel Valle, e hizo punta en esta disparada el teniente José Portillo (2), el primero que llega a Dolores la tarde del 7 de noviembre con la ingrata noticia de la derrota. No se anduvieron menos listos para disparar los soldados de Rosas, y cuéntese que era tropa veterana, más 200 indios aguerridos que comandaba el lenguaraz Ventura Miñana. Poco después de medio día llegaban los primeros dispersos hasta San Vicente: "En este momento acaba de llegar a este punto el sargento Teodoro García, del 3, con la infausta noticia de que en la mañana de este día, a las 5 ó 6 ha sido derrotada en Chascomús la fuerza que comandaba el coronel Prudencio Rosas y la del coronel N. Granada. Como se lo manifestará más por menor el mismo portador, con quien V. E. se dignará comunicarnos las órdenes que estime convenientes"... (nota del coronel Juan Aguilera, comandante del segundo escuadrón del regimiento No. 6 de milicias de caballería) (3). Ya puede colegirse cuánta zozobra llevaría al Tirano esta comunicación y el susto tiene que haber durado hasta que recibió el parte de D. Prudencio, muy avanzada la noche del 7 al 8 de noviembre.

El triunfo, obtenido por la acción decisiva del coronel Granada y de su segundo, Bustos, se debió, como bien lo explica Carranza (Historia de la Revolución del Sur), a la traición del mulato teniente Francisco Javier Funes, que actuaba como capitán de una de las compañías del quinto escuadrón del regimiento número 6 de milicias de caballería que comandaba el teniente coronel Olmos; y lo curioso es que la contrarrevolución de Dolores, que voy a relatar, fué obra de otro mulato, no menos célebre, el capitán Estanislao Vigorena.

★ ★ ★

¿Se quiere que anticipe alguna prueba de la triste celebridad del actor que voy a poner en escena?... Bastará con esta cita: "El 8 de agosto (1838) Rosas recibió la visita del capitán Estanislao Vigorena, tal como subscribía sus documentos, llamándosele por otros Amigorena y conocido además por "El Mulato", pues lo era de cuerpo y alma, quien venía a delatarle haber sido invitado por los comandantes Sellarayan, Céspedes y el teniente O'Gorman, a cooperar en un movimiento revolucionario contra el Gobierno, y que había aparentado aceptar la propuesta para penetrar mejor su se-

DESPUES DE LA BATALLA DE CHASCOMUS

CONTRARREVOLUCION
EN DOLORES

Por

JUAN B. SELVA

creto y descubrirles con más seguridad. Vigorena estaba a la sazón arrestado en Dolores por orden de Rosas, y quebrantando su prisión, prescindiendo de sus jefes inmediatos, se había dirigido a la ciudad para comunicarle directamente la interesante denuncia." (4).

Este personaje comanda un destacamento en el Tuyú encargado de vigilar esos parajes en previsión de algún desembarco de las naves francesas bloqueadoras. En febrero 10 de 1839 comunica a Rosas que "recorriendo la costa del Tuyú encontró en el canal que allí hay, a D. Amos Prescott, dueño, y a un marinero, ambos de un buque que estaba fondeado; dijeron que buscaban víveres y que habían huido de los de Montevideo". Vigorena lo remite a Rosas; pero el 24

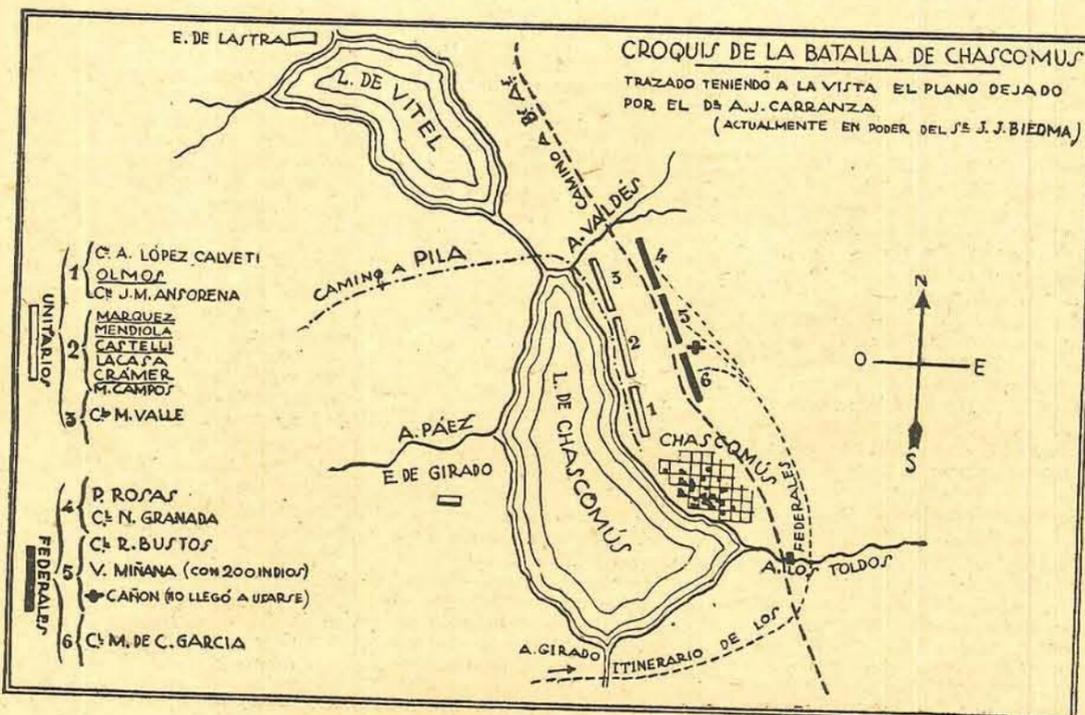
Rico, que ha quedado en las afueras de Dolores organizando las tropas más inermes, recibe y concentra a los dispersos que comienzan a llegar desde Chascomús al atardecer del día 7.

El desaliento fué grande en el pueblo cuando se tuvo la certeza de la derrota sufrida; los más timoratos se dieron a la fuga y hasta hubo familias enteras que abandonaron su hogar para ir a refugiarse en los montes del Tordillo.

Rico, comprendiendo que la

Ramírez estaban formadas en dos alas escalonadas de E. a O. en ambos lados de la plaza. Ante el continente marcial y decidido de la columna de Rico, estas fuerzas se retiraron sin hacer resistencia, siendo dispersadas a balazos en los suburbios por las otras columnas que llegaban.

Frente al juzgado quedó en formación un destacamento del cuerpo de cívicos; su capitán, el vecino D. Fernando Poveda, acababa de ser substituído por D. José M. López. A pesar de lo acontecido, esta fuerza se mantenía fiel a la revolución. Y tanto lo creyó así Rico, que al desembocar en la plaza, con su gente, avanzó resueltamente y gritó con voz potente: "Cívicos, ¿están en contra mía"? Poveda se adelantó entonces, y le contesta: "No, comandante, avance no más".



del mismo mes y año el mismo Prescott escribe al mayor Visuara, de Dolores, pidiéndole armamento y con la anuencia del Tirano se le facilita cuanto requiere, armas y víveres. En julio 10. (1839) Prescott se hace a la vela como corsario y regresa el 15 con una lancha francesa y sólo cinco marineros de quince que llevaba; éstos y su segundo jefe fueron apresados por los franceses. Queda alarmadísimo Vigorena con este contraste de su aliado el norteamericano Prescott y el 5 de julio reclama auxilios porque le avisan que las naves francesas están por atacar el canal del Tuyú; en el acto el coronel del Valle, jefe del 50. de milicias, destacado en Dolores, le remite 14 milicianos.

Doy estos datos para que se vea la importancia que tiene el paraje y la actuación de Vigorena.

Al producirse el estallido del 29 de octubre mal podía echarse en olvido el cantón del Tuyú. "Una comisión bien montada, a cargo de los vecinos Luis Córdoba y José Rosa Coria, fué desprendida sobre el Rincón del Tuyú para capturar, vivo o muerto, al aborrecido cojo Estanislao Vigorena". (Carranza. "La Revolución del Sur", segunda edición, página 138). D. Martín de la Serna presta el apoyo de sus peones y consiguen sublevar parte del destacamento; Vigorena y sus adictos fueron tomados a sangre y fuego. Dejan una guarnición de confianza en el paraje y vuelven a Dolores trayendo prisionero a Vigorena, maltrecho y herido. Bien saben que el mulato no merece confianza alguna.

★ ★ ★

El comandante D. Manuel

inacción aniquilaría el valor moral de su gente, se movió con su tropa hacia el SO. dejando en el pueblo un destacamento de 50 hombres a las órdenes de Mariano Albacete, conocido con el apodo de "Mosquito", quien actuaba como teniente. Este, puesto al habla con el sargento mayor Saturnino Visuara, retirado por inválido, con Vigorena, Mariano Ramírez y otros que estaban detenidos en la Guardia de Prevención, pone a todos en libertad la noche del 9 y al día siguiente amanece la población con la ruidosa novedad de que están en plena contrarrevolución. Han sido depuestas las autoridades, han reemplazado la inmaculada bandera azul y blanca, que flameaba sobre el Juzgado desde el 29, con las rojas insignias de la Tiranía. Sánchez ha vuelto a ser juez de paz y Albacete ha sido ascendido a capitán en premio de su traición.

Entre los libertados se cuenta D. Gervasio Rosas, que "fué prendido por López (López Calveti), y éste sorprendió El Tala tomando toda la gente de estos establecimientos".

Noticiado Rico de estos acontecimientos contramarchó en el acto viniendo a acampar en las lomas de Falcón (una legua al SO. del pueblo). Desde allí dispersó una parte de su tropa, para seguir adelante con los más decididos, con la gente que voluntariamente estuviera dispuesta a acompañarlo. Con ella formó varias columnas para entrar al pueblo por distintas calles. El, montado en un alto y brioso obscuro, avanzó al frente de cien hombres de caballería, armados a carabina y lanza, por la calle Caridina (hoy Moreno y San Martín). Las tropas que reunieron y organizaron Vigorena, Visuara y

En ese instante, el juez Sánchez, viendo mal parada su causa, abandona el juzgado, y tratando de substraerse a la vista de Rico, atravesaba presuroso la plaza en dirección a su casa, que estaba en frente. El miedo le hacía volar; mas Rico que le vió, picó espuelas a su caballo, y encarándosele, le pregunta con ironía: "Tocayo, ¿quién ha mandado poner esas banderas?" (aludiendo a las rojas enseñas que ostentaban el juzgado, la Guardia de Prevención y otras casas); Sánchez, a quien apenas quedaban fuerzas para estar de pie, tuvo la osadía de replicar: "El pueblo"... Los revolucionarios no eran asesinos y lo dejaron ir.

No fué chico el susto de los cabecillas de esta contrarrevolución; caro les costó el inmoderado afán de mostrarse gratos a la ominosa causa de la tiranía. Albacete se perdió entre unos pajales; Ramírez dió tan larga disparada que no se le volvió a ver por el pueblo; Vigorena y Visuara, con muchos de sus adeptos, corrían en dirección a Chascomús para alcanzar, como alcanzaron, las fuerzas de D. Prudencio.

A estos datos, que me fueron narrados hace 35 años por el ex convecino y actor de aquellos sucesos D. Pancho Galay, los he podido corroborar últimamente al revisar los papeles de la secretaria de Rosas, que están en el Archivo Nacional. Entre otros muchos documentos fehacientes está una nota que envía a Rosas, en diciembre 10. de 1839, Vigorena, comunicando cómo fué apresado después de recibir tres heridas graves, "las que aun están de manifiesto", y agrega que lo llevaron a Dolores a presencia de Rico, quien lo mandó a la cárcel después

de haberle exigido una relación del armamento y demás artículos de guerra que tenía en el puerto; que fué puesto en libertad el día 9 de noviembre a las 10 de la noche con otros individuos que se hallaban también presos, y agrega: "En el día siguiente, 10, el infrascripto hizo traer la caja de casa del unitario ex capitán de cívicos Inocencio Ortiz, y en el momento mandó tocar llamada para que se reunieran los ciudadanos que habían quedado en el pueblo, después de lo cual los proclamó el que firma para que se mostrasen siempre adictos a nuestro Ilustre Restaurador, y en seguida firmar las actas. Concluido esto tuvo noticia el que firma, que el unitario Rico, sabedor de los procedimientos del que subscribe, se dirigía al pueblo en busca de él. En efecto, no fué desmentida, pues allí en un momento entró a sangre y fuego, lo que precisó al que firma a huir acompañado de D. Reyes Peralta y otros ciudadanos que quisieron seguirlo hasta incorporarse al ejército del general D. Prudencio O. Rosas, el que instruido de los procedimientos del que firma, se dignó colocarlo otra vez en el puerto, que V. E. le había puesto, donde se halla a pesar del mal estado de su salud".

A esta contrarrevolución de opereta viene a referirse el Dr. Saldías, cuando dice (6): "Los vecindarios de Dolores y Monsalvo, donde tuvo lugar el movimiento revolucionario, aclamaron nuevamente a las autoridades locales que acababan de ser depuestas, y subscribieron un acta en la cual declaraban que habían cedido al imperio de la fuerza, y reproducían sus votos de adhesión al "Ilustre Restaurador de las leyes". El acta del vecindario de Dolores está subscripta por doscientos cuarenta y siete ciudadanos, entre los que figuran el mismo juez de paz Sánchez, destituido por los revolucionarios, y los Ramírez, Almada, Vigorena, Peralta, Suárez, Serantes, Gauna, etc."

★ ★ ★

Los más ligeros en la huida de los contrarrevolucionarios al llegar al campamento de don Prudencio motivaron con sus informes la siguiente comunicación, que no deja de ser interesante: (7).

"¡VIVA LA FEDERACION!"

"San Basilio, partido de Chascomús, noviembre 10 de 1839. — Al señor coronel don Martiniano Rodríguez, comandante en jefe del Fuerte Argentino: El coronel que firma se apresura a poner en conocimiento de V. S. que los sublevados salvajes unitarios de Dolores y Monsalvo, después de la vergonzosa derrota que sufrieron el 7 del corriente por la división del mando del que firma en las inmediaciones del pueblo de Chascomús, han abandonado el día de ayer el pueblo de Dolores" donde se estaban reuniendo, y siguen su marcha para afuera con ánimo de sorprender el Fuerte Independencia, Fuerte Argentino o el Azul, según los avisos fidedignos que el infrascripto acaba de tener en estos momentos, que son las 7 de la tarde. Los corifeos de los sublevados, Pedro Castelli y Manuel Rico, han ofrecido a los milicianos que los sigan darles el saqueo general de cualquiera de estos puntos que puedan tomar, por lo que se hace de necesidad que Vd. se sostenga en ese punto a toda fuerza, pues el que firma tiene divisiones volantes sobre los sublevados y el grueso de la fuerza que manda el que firma es de más de 5000 hombres; por lo que uno o dos días que Vd. se sostenga en ese punto en caso que lo ataquen, será

SENTENCIA INEDITA

Por
**GUILLERMO
CORREA**



N mayo de 1919, D. Andrés A. Figueroa, mi viejo amigo, paciente investigador de historia argentina y director del Archivo de

Santiago del Estero, tuvo la bondad de obsequiarme con algunas copias extraídas honradamente de la valiosa oficina confiada a su cargo.

Transcribo literalmente el párrafo de su carta, relacionado con este asunto, el que dice textualmente:

"Le remito copia del documento por el cual se extrañaba de Catamarca a D. Ramón Antonio Correa, su abuelo, si no estoy equivocado, y quien debió cometer el "delito" que cometió Güemes en Salta y Borges en Santiago, corriendo éste la peor suerte, pues fué fusilado."

El documento aludido, inédito hasta ahora, es de una sentencia pronunciada por el general Belgrano, cuya copia reproduzco a la letra. Dice así:

"Tucuman, a trece de Octubre de mil ochocientos diez y siete. VISTOS: resultando suficientemente calificado el criminal procedimiento de don Ramon Antonio Correa, de haber maquinado atentar contra la tranquilidad de la ciudad de Catamarca, su Gobierno, y demas autoridades, se condena por un efecto de conmiceracion acia su numerosa familia a existir confinado en el Partido y Curato de su residencia, jurisdiccion de Santiago del Estero, nombrado Guatana, sin que le sea permitido salir a otra jurisdiccion con ningun pretexto, sin permiso especial de este Gobierno, bajo la pena de aplicársele irremisiblemente la en que ha incurrido por el indicado exeso, encargándose al Juez del Partido indicado vele, y observe sus operaciones y dé cuenta bajo responsabilidad de las que notase trascendentales al reposo público, haciendo iguales prevenciones a sus sucesores. Devuélvase a Correa sus despachos, bien que su posterior conducta lo hace desmerecedor de ellos; los autos al Sr. Gobernador de la Provincia, para que disponiendo se archiven donde corresponde, obren en lo sucesivo los efectos que pueden hacer lugar.— MANUEL BELGRANO—Silvestre Yzacate, Secretario.— Tucuman, Octubre 13 de 1817.— Archívense, y sacándose copia de la Sentencia pronunciada en 13 de Octubre de mil ochocientos diez y siete, pásese al Señor Teniente Gobernador de Santiago para que vele sobre su cumplimiento y hágase saber a Don Ramon Antonio Correa se retire al lugar de su destino, donde guardará escrupulosamente la confinacion decretada en los términos que está concebida.—Mota, Arteaga. Ante mí: Marcelino Miguel de Silva. Escribano Público de Gobierno, Guerra y Hacienda.— Es copia.—Serapion José de Arteaga."

Muy rara vez ha ocurrido en la historia civil y política de los pueblos el poder invocar una sentencia condenatoria como título de honor. Este es uno de esos casos en los que el heredero del apellido, bendiciendo la mano del que firmó la sentencia, se gloria de tributar sus más altos rendimientos al vencedor de la batalla del 24 de septiembre de 1812, orgulloso de llevar la sangre del condenado, del patriota anónimo que tuvo la osadía de alzarse contra los gobernantes extraviados por la embriaguez del poder.

El general Belgrano, al pronunciar la condena, estuvo en lo justo dentro de la aconseja-

do por las circunstancias. Ante todo, fué menester mantener el orden en el país. El acusado y luego condenado también estuvo en lo justo al asumir actitudes ciudadanas en momentos en los que las autoridades de Catamarca no respondían a las exigencias de la opinión pública, y por contradictoria que aparezca esta manera de apreciar las cosas, no por ello dejan de ser tal como las considera el autor de esta página.

Mi abuelo D. Ramón Antonio Correa, casado con Da. Rosalia Bulacia, entroncada en familia sobresaliente de Salta, era hijo del sargento mayor D. José Correa y Aguilera, emparentado con el célebre capitán D. Antonio Zurita y Agui-



El general Belgrano, firmante de la "sentencia inédita" cuya transcripción figura en el presente artículo

lera, propietario de Albigasta. En el Archivo General de la Nación figuran los siguientes documentos, que también transcribo a la letra:

"Despachó a D] Ramon Antonio Correa. — Don Santiago Liniers y Bremond, Caballero de la orden de San Juan, Comendador de Ares de el Maestro en la Monteza, Gefe de Esquadra de la Real Armada, Virrey, Gobernador y Capitan General Ynterino de las Provincias de el Rio de la Plata, y sus dependientes; Presidente de la Real Audiencia Pretorial de Buenos Ayres; Superintendente General, Subdelegado de la Real Hacienda, Renta de Tabaco y naipes, de el ramo de Azogues, y Minas, y Real Renta de Correos, y Comandante general de el Apostadero de Marina, etcétera: Por cuanto se halla vacante el empleo de Capitán de la Compañia de Milicias, Titulada de la Parroquia de la concepción de el Alto de Catamarca, y conviene proberlo en persona de conocido valor, conducta y aplicación: Por tanto y respecto a concurrir estas, y demas necesarias circunstancias en don Ramon Antonio Correa, le elijo, y nombro por Capitán de las Milicias de la Compañia expresada, concediéndole las gracias, exenciones, y prerrogativas que por este título le corresponden y en su consecuencia mando se lo ponga en posesion de su Empleo, reconociéndosele por tal Capitán, y obedeciendo los inferiores individuos las órdenes que les confiera convenientes al Real Servicio. Para todo lo qual hizo expedir este despacho firmado de mi mano, sellado con el sello de mis Armas, y refrendado de el Secretario de este Virreinato, de el que se tomó la

zón en el Tribunal de Cuentas, y caxas Reales de esta Capital. — Dado en Buenos Ayres a catorce de Marzo de mil ochocientos nueve: — SANTIAGO LINIERS — Manuel Josef de Vélez. — Tomóse razon en el Trai y Aud. Real de Cuentas de este Virreinato. — Buenos Ayres y marzo 14 de 1809.—OROMI"

"A D. Ramon Ant. Correa— Junio 2 de 1814.—El Director Supremo de las Provincias Unidas del Río de la Plata.— Atendiendo a los méritos y servicios del Cap. de Milicias de Catamarca, D. Ramon Antonio Correa, ha venido en conferirle el empleo de Cap. del Ex.º sin sueldo, concediéndole las gracias, exenciones y prerrogativas que para ese título corresponden. Por tanto, mando y ordeno se le aya, tenga y reconosca por tal Cap. de Ex.º, para lo que le hice expedir el presente Despacho, firmado por mí, sellado con el sello de las Armas del estado, y refrendado por mi secretario de Guerra, del que se tomará razon en el Tribunal de Cuentas, y en la Contaduría gl. del ex.º y estado. — Dado en la fortaleza de Bs. Ayres a dos de Junio de mil ochocientos catorce.— Gervasio Ant. de Pozadas— Xavier de Viana. — Tomóse razon en el traí de Cuentas — Bs. Ayres, 6 de Junio de 1814. — Justo Pastor Linch."

La caída del Triunvirato, que significaba un modo de gobierno pluripersonal, y su substitución por el Directorio, llevada a cabo por la famosa Asamblea de 1813, orientó un nuevo sistema de gobierno, de índole profundamente diferenciada con la del anterior. Bajo el auspicio de la Logia Lautaro, fué consagrado Gervasio Antonio de Posadas, Director Supremo de las Provincias Unidas del Río de la Plata, ejerciendo Alvear, desde ese momento, influencia decisiva en todos los actos de la Administración nacional, no sólo por el parentesco que lo vinculaba con el Director, sino por su notorio dinamismo.

La política nacional cambió de rumbo. A Rondeau, en el sitio de Montevideo, lo reemplazó Alvear. Se creó, a instigación de Larrea, la marina nacional, a base de cuatro buques mercantes armados en guerra y confiada su dirección a Guillermo Brown, quien tuvo la fortuna de aniquilar las fuerzas navales de Vigodet, permitiendo con ello que Alvear se apoderase de la plaza sitiada.

Fué por ese entonces que Ramón Antonio Correa mereció su designación de Capitán de Ejército, título de apariencia secundaria, pero de efecto fundamental en el nuevo orden de cosas.

Para la mejor comprensión del momento histórico en el cual tuvo lugar el pronunciamiento de la sentencia arriba transcripta, conviene recordar que el 13 de julio de 1816 se juró en Catamarca la declaración de Independencia sancionada por el Congreso de Tucumán, y como consecuencia natural de la libertad proclamada se resolvió que en lo sucesivo los Cabildos "debían ser elegidos popularmente". Es en esta virtud que el año de 1817 aparecen por primera vez dirigidos los destinos de Catamarca por autoridades de origen popular.

A mediados de ese mismo año arribaron a Catamarca varios oficiales y muchos soldados de los derrotados en Tucumán y Salta, abriéndose acalorado debate sobre si se debía o no exigirles juramento de adhesión al orden de cosas imperante. Parte de esos ofi-

(Continúa en la pág. 41)

"bastante para dar lugar y tiempo preciso para que pueda la división de vanguardia batirlos, pues es de 600 hombres, fuerza más que suficiente para cualquier número que sean los amotinados, visteson tan cobardes que la vista de 200 hombres regularmente ordenados que los cargue son suficientes para derrotarlos, como ya lo ha demostrado la experiencia". Dios guarde a V. S. muchos años. — Prudencio O. Rosas."

El último párrafo muestra cuán ensóberbecido está don Prudencio con la victoria que le depararon el azar o Granada, ya que no su valor. ¡Qué pronto ha reaccionado del susto que le dieron en la mañana del 7 los que ahora califica de cobardes!

★ ★ ★

Rico no se detuvo en Dolores; el mismo día 10 (y no el 9 como da a entender la nota precedente), siguió su marcha hacia el Tuyú. No le faltaron peripecias. Ya en la costa tuvo que ordenar el fusilamiento del corsario Prescott, quien volvió a las andadas empeñado en servir al Tirano. Activo organizador, mantenía siempre estricta disciplina en su tropa; he aquí copia de uno de los salvoconductos que tuvo ocasión de expedir (8):

"¡VIVA LA PATRIA!"

"Cuartel General. — El general de vanguardia del ejército de los libres: En el momento se presentará el ciudadano D. Juan Antonio Sueri, su hijo y demás individuos que se hallen reunidos, debiendo entender que el abuso de las consideraciones que se les dispensan dará mérito a fuertes medidas que tomaré. "Dios, Libertad y Orden". Puerto de Ajó, noviembre 14 de 1839. — Manuel Rico"

"El Nacional", de Montevideo, redactado por Rivera Indarte, en el número del 23 de noviembre, da cuenta de la llegada a ese puerto de mil hombres pertenecientes a los libertadores del Sur al mando de los coroneles Rico, Olmos y otros oficiales de alta graduación.

La mayoría de esta gente pasó a engrosar la expedición de Lavalle, formando la que se llamó "Legión Rico". El valiente Rico murió en Córdoba, en la acción de Sancala, donde cayeron prisioneros D. José Barragán (suegro de Rico), D. Manuel Barragán, hijo de D. José, Elias Ezeiza y varios otros de los bravos que partieron de Dolores.

★ ★ ★

Para terminar vamos a transcribir otra comunicación de D. Prudencio, la que nos informa cómo cayó el infortunado Castelli, jefe del levantamiento.

"¡VIVA LA FEDERACION!"

"En marcha en la estancia de Acosta, en los Montes Grandes, noviembre 15 de 1839. Año 30 de la libertad, etc. — Al señor general edecán de S. E. D. Manuel Corvalán: El infrascripto seguía la marcha de persecución de los salvajes unitarios, que, según todas las noticias, se hallan reunidos en el puerto de Tuyú, cuando a estas horas, que serán las 3 de la tarde, fué avisado que el principal cabecilla motinero salvaje unitario Pedro Castelli, había sido encontrado entre una leteta de monte que iba costando la fuerza del mandador del que firma y que "habiendo resistido a entregarse", fué necesario matarle, y cortada la cabeza me fué presentada, la que reconocida por mí, por infinitos que lo conocían y por un peón que lo acompañaba, y que había sido también prendido, la remití al general que firma a Dolores para que el comandante político y militar de ese pueblo

"la coloque en un palo en medio de la plaza del pueblo, lugar donde estalló el motin, para escarmiento de esos malvados salvajes unitarios, hasta que S. E. disponga otra cosa."

"El enunciado salvaje unitario, Pedro Castelli, fué encontrado por los milicianos conductores, pertenecientes a una partida flanqueadora de la división de vanguardia, que habiéndose internado al monte, lo encontraron a pie, y así huyó hasta que lo agarraron "y no queriéndose entregar" tuvieron que matarlo.

"Lo que el infrascripto pone en conocimiento de V. S. para que lo eleve al superior de S. E., congratulándose con este nuevo y feliz acontecimiento, tan próspero a nuestra confederación y a la gran causa del Continente Americano. Dios guarde a V. E. muchos años. — Prudencio O. Rosas"

Comprueba este parte la exactitud de estos versos de Mitre (del poema "Castelli"):

"¡Muere, salvaje!" rugen los bandidos, Y él les contesta: — "Moriré peleando: Si no triunfé en el campo batallando, Con mi muerte de todos triunfaré". Y a Dios encomendando su alma fuerte Traba con todos vigorosa lucha, Y circundado, con tesón reluchando, Repitiendo: — "Peleando moriré".

Al suelo cayó al fin apunhalado, Como gigante mole desprendida, Grande como en su vida en su caída Murió abrazando el Argentino altar, Y los cobardes tigres carnívoros Cortaron su cabeza noble y santa, Y profanaron con inmunda planta El cadáver del héroe popular.

(1) El Dr. Saldías (Hist. de la Conf., t. III, pág. 138) da "más de cien hombres fuera de combate y 400 prisioneros"... Un documento que podría servir para corroborar el parte de D. Prudencio Rosas respecto al número preciso de los muertos, sería la comunicación del cura vicario de Chascomús, P. Juan Carlos Sandoval (Arch. Nac., Sec. de Rosas), quien al pasar nota de las defunciones habidas en todo el año 1839 da un total de 84 y en el mes de noviembre sólo figuran, de los caídos en la lucha, D. Ambrosio Crámer, José Mendiola, Manuel Ruiz y Marcos Benavidez. Serán acaso los únicos que han sido anotados por sus familias; y no deja de ser raro el caso, desde que están los Lastra, padre e hijo, tan afinados en la zona, como que tenían su estancia a poco menos de una legua del pueblo; el joven Wenceslao Posse, con casa de comercio; el bravo C. Zacarias Márquez, tan conocido; D. Gabriel Solá y tantos más. El monumento levantado en el viejo cementerio a los Lastra, Solá y otros, que hoy subsiste, aunque lastimosamente deteriorado, comprueba que tuvieron piadosa sepultura.

(2) Referencia de E. Echeverría. Notas que puso a su poema sobre la Batalla de Chascomús.

(3) Archivo Nacional. Legajos de la secretaria de Rosas.

(4) "Del tiempo de Rosas: la ejecución de D. Juan Selarrián", por J. J. Biedma (La Nación de marzo 30 de 1924).

(5) Párrafo de una carta dirigida por Rico a Z. Márquez. Se publicó en la "Gaceta Mercantil" del 12 de noviembre de 1839 y ha sido reproducida por los Dres. Carranza y Saldías.

(6) Está en el Archivo Nacional, Legajos de la secretaria de Rosas.

(7) "Hist. de la Conf.", tomo III, pág. 137.

(8) De los documentos dejados por el Dr. A. J. Carranza Hoy en poder del Sr. J. J. Biedma.

LECTURAS INFANTILES

su pichicho, miraba a la planta con sus curiosos ojitos, parando las orejas como si pareciera entender lo que sucedía.

Todas las mañanas Rolando iba a ver si la planta se había secado ya o si todavía vivía, y comprobaba con alegría y asombro que ésta reverdecía; los finos tallos poníanse nuevamente duros y toda ella parecía volver a la vida.

Rolando se enteró de que el Rey se iba mejorando notablemente; podía ya levantarse y pasear por el precioso jardín que rodeaba al palacio imperial.

Ya no se temía por la vida del monarca y éste había prometido que en cuanto se restableciera iría a ver la planta salvadora, acompañado por toda su Corte.

La visita a la milagrosa planta no tardó en realizarse, pues el Rey se había restablecido por completo. Y así fue como un día, al caer la tarde, llegó al solitario bosque la regia comitiva.

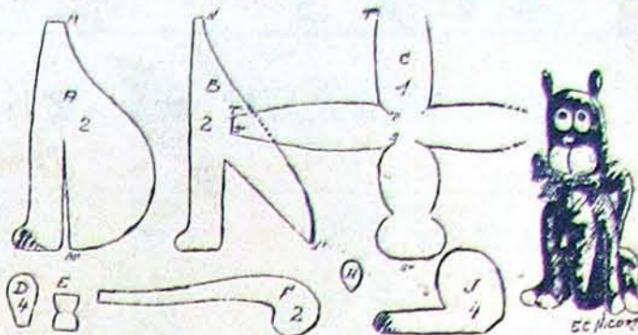
Al acercarse a la planta mágica, todos pudieron ver cómo se alejaba un pequeño cuerpo negro de junto a ella, llevando en su boca un trozo de carne que estaba más sucia y negra que la misma sombra.

¿Quién era y qué hacía allí? ¿Por qué llevaba esa carne y para qué? ¿Quién habría de ser! Era Chucho, que había tomado la costumbre de enterrar su ración de carne cerca de las raíces de la planta para sacarla cuando sintiera más apetito.

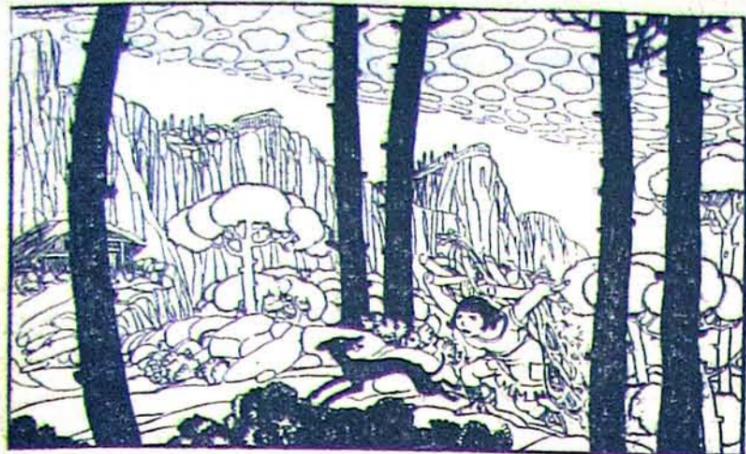
Y de este inocente modo fue como Chucho alimentó a la planta, salvando al mismo tiempo la vida del monarca.

Una vez que el Rey se enteró de todo esto y supo que el dueño de Chucho era un pobre niño que tenía a su abuelita enferma, sin poderle suministrar los alimentos y medicamentos necesarios para sanarla, hizo que inmediatamente llevaran al palacio a la anciana y a Rolando con su Chucho, y los

COMO SE HACE UN JUGUETE SENCILLO



Los números indican la cantidad de partes iguales que hay que cortar de cada patrón. Se coven las dos partes A desde M hasta M' y las dos B desde N hasta N'. Se unen luego las dos partes, de manera que coincidan sus bordes (M' debe coincidir con N'). Se vuelve el género hacia el lado derecho y se rellena con algodón. La cabeza se forma uniendo los bordes SS' con SS'' y TT' con TT'', haciendo lo mismo con la otra mitad (Las aletas superior y derecha, deben tener la misma longitud que la de la izquierda). Quedará una bolsa que, luego de rellenada, constituirá la cabeza; se le cose la "nariz" E (para formarla, se dobla el género por la línea de puntos y se cose todo alrededor, a excepción del borde plano); los ojos, que son dos óvalos de cabritilla blanca, en donde se pintan dos discos negro. Los bigotes (cerdas de algún cepillo viejo) y las orejas D. Al cuerpo se le agregan las patas J y la cola F. Como puede verse en el modelo, la parte inferior de la cara del gato, es blanca, como también los extremos de las patas. Rodéala el cuello con un moño punzó y tendrás concluido un fantástico gatito.



EL PERRITO SALVADOR

Por ILDA WILDE

EN una ciudad muy alejada de la nuestra, vivía, hace cientos de años, una buena viejecita llamada Amalia, en compañía de su nieto Rolando. Todos los días el pequeño Rolando iba al bosque en busca de leña para alimentar el alegre fuego que daba calor a la buena abuelita y a Rolando, únicos habitantes de la misera choza.

Todo era alegría y bienestar en la vida de estos dos seres, quienes, a pesar de no poseer mayores recursos, pasaban la vida con tranquilidad.

Doña Amalia veía con regocijo y orgullo como Rolando crecía a su lado, como una delicada planta al amparo de un añoso árbol, prestándole ayuda y sostén. Nada parecía turbar la paz de este pobre hogar; pero un día, al volver Rolando del bosque, cargado con su haz de leña, notó algo raro en su abuelita; estaba pálida y demacrada, y una rara tristeza se descubría en su semblante.

—¿Qué tienes, abuelita? ¿Qué te pasa? Te noto distinta, ese color de tu cara no me gusta nada—y diciendo esto hacia un mohín con su boca.

—Nada, Rolando, nada; me siento un poco cansada y nada más; ven y dame un besito, y verás como todo se me pasa.

Y Rolando fué corriendo y le estampó un sonoro beso en la frente, como queriendo así alejar todos los males que acechaban a la buena anciana.

Doña Amalia no quiso decir nada a su nieto para no alarmarlo; pero, a decir verdad, no se sentía nada bien; desde por la mañana notaba un malestar general que invadía todo su cuerpo paulatinamente, y llegada la noche no pudo ya resistir su dolencia y tuvo que decirle a Rolando que se sentía indispuesta y deseaba recostarse. Así lo hizo, y Rolando, por primera vez en su vida, tuvo que cenar sin la compañía de su buena abuela.

La madrugada del nuevo día encontró a la anciana mucho peor de lo que había quedado la noche anterior. Alarmado, Rolando pensó en ir a buscar un médico al pueblo cercano, pero se contuvo, porque el poco

dinero que tenían no alcanzaba siquiera para pagar el coche que lo trajera.

Doña Amalia lo tranquilizó, diciéndole que ya se encontraba mejor, y que era posible que se restableciera pronto.

Así pasaron unos días; Rolando tenía que arreglar la casa y, además, ir al bosque en busca de leña. Fué en una de estas idas y venidas cuando encontró al perrito negro que después lo ayudaba en el acarreo de la leña y lo distraía con sus gracias en sus tristes horas de solitario.

A los pocos días de enfermarse la abuelita se terminaron los viveres en la choza, y Rolando tuvo que ir al pueblo en busca de nuevos alimentos. Tomó del cajón de la mesa las pocas monedas que tenía y se encaminó hacia allá. Al llegar al mercado oyó decir que el monarca estaba gravemente enfermo; que se moría de un mal incurable. Así lo habían manifestado los sabios médicos que lo atendían. El pueblo, impaciente, buscaba en vano nuevos remedios para curar el mal que aquejaba al buen Rey.

También supo Rolando, por boca de las viejas abuelas del pueblo, que todo lo saben, que la vida del Rey estaba ligada a la de una planta silvestre; es decir, que cuando dicha planta se secara la vida del monarca se extinguiría.

Esta planta no se encontraba muy lejos de la choza donde vivían Rolando y su abuelita. De esta manera pudo comprobar el chico con sus propios ojos, que la plantita aquella se marchitaba lenta, suavemente, como se terminaba la vida de su querida abuelita y la de su Rey.

Chucho, que era el nombre que Rolando había puesto a

SENTENCIA INEDITA

(Continuación de la pág. 39)

ciales y soldados se sometieron de buena gana, prestando el correspondiente juramento de fidelidad a la Nación Argentina, resolviéndose, respecto de los que resistieron la prestación, remitirlos a Buenos Aires, a disposición del Directorio, para cuyo cumplimiento se comisionó al capitán D. Manuel Antonio Berrondo, oficial catamarqueño, herido en 1807, al combatir contra la invasión inglesa de Witelocke.

¿Cuáles fueron los atentados cometidos contra la tranquilidad de la ciudad por D. Ramón Antonio Correa, para haberse infligido pena tan rigida?

Eso será explicado en otra oportunidad.

Por ahora sólo haré constar que la buena fe indubitable del general Belgrano fué sorprendida por el artificio de la política regional, a punto de hacerle declarar que aplicaba pena benigna en atención a la numerosa familia del condenado. Esa "numerosa familia" era constituida por tres hijos, don Ambrosio, D. Ramón Rosa Correa, mi padre, y Da. Leonor Correa de Hernández.

Con todo, la sentencia fué bien dada al castigar un acto patriótico, por indicarlo así las circunstancias de aquel momento histórico.

El mismo Belgrano fué víctima de un castigo semejante.

COMO HACERSE PRESTIDIGITADOR

El fósforo y el pañuelo



Envuelva un fósforo dentro de un pañuelo y haga sentir que realmente se encuentra en él.

Sacuda entonces el pañuelo: el fósforo habrá desaparecido.

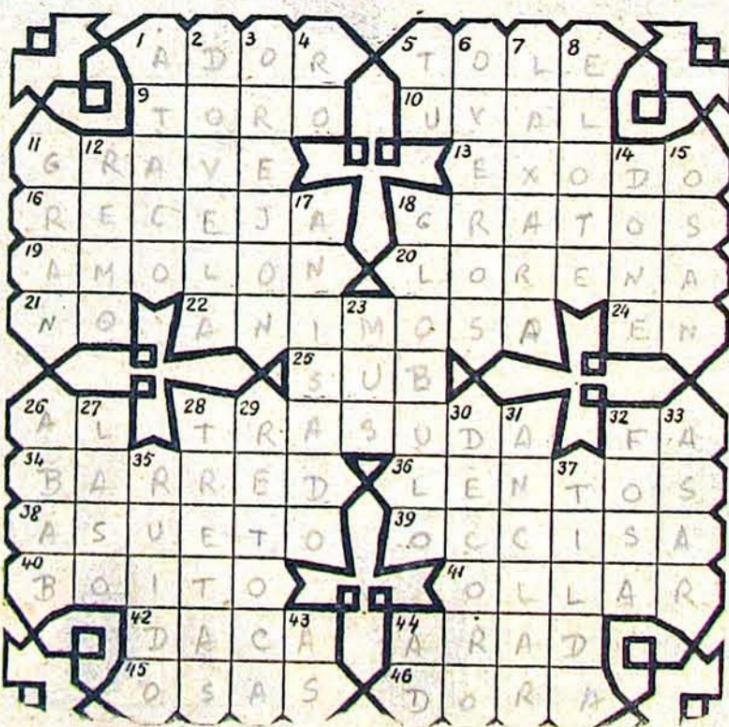
El secreto consiste en guardar en su otra mano el fósforo, en vez de colocarlo en el pañuelo.



En cambio, habrá puesto de antemano uno dentro del dobladillo del pañuelo, el que, naturalmente, no sacuda a este último.

Se verá cuando sacuda a este último.

PROBLEMAS DE PALABRAS CRUZADAS



- 44. Roturad la tierra haciendo surcos en ella.
- 45. Constelaciones boreales.
- 46. Nombre de mujer.

Verticales

- 1. Embisto, acometo
- 2. Piedra labrada en figura de cuña, para formar arcos o bóvedas.
- 3. Pedazo de melocotón en forma de cinta secado al aire y al sol.
- 4. Repetida, úsase para arrullar a los niños.
- 5. Pronombre personal.
- 6. Aplicase a los animales de color parecido al del melocotón.
- 7. Aflojará, ablandará, disminuirá la tensión de una cosa.
- 8. Mazorca tierna de maíz.
- 11. Que excede a lo común y regular.
- 12. Brazo o pierna, en el hombre y en los cuadrúpedos.
- 14. Traspasé graciosamente a otro una cosa.
- 15. Emprenden una cosa con audacia.
- 17. Licor alcohólico aromático.
- 18. Pequeño cuerpo esférico.
- 23. Cierto juego de naipes y de envite.
- 26. Marinero turco libre que se empleaba en las galeras a falta de forzados.
- 27. Cansado, desfallecido, falto de fuerzas.
- 28. Artificios sutiles e ingeniosos para conseguir algún intento.
- 29. Recorre y da la última mano a cualquier obra.
- 30. Honor, respeto, reverencia que se debe a una persona por su nacimiento o dignidad.
- 31. Quedar sujeta la nave por medio del instrumento a propósito que se aferra al fondo del mar.
- 32. Sepultura.
- 33. Clara manera de cocinar los manjares.
- 35. Sonido inarticulado y confuso más o menos fuerte.
- 37. Señala con alguna nota denigrativa a una persona.
- 43. Punto en los dados.
- 44. Preposición inseparable que denota proximidad o época.

REFERENCIAS

- Horizontales
- 1. Tiempo señalado a cada uno para regar, en las comarcas donde se reparte el agua con intervención de la autoridad.
- 5. Confusión y gritaría popular. Usase por lo común repetida.
- 9. Mamífero rumiante, fiero, principalmente cuando se le irrita.
- 10. Parecido a la uva.
- 11. Aplicase al que está enfermo de cuidado.
- 13. Emigración de un pueblo.
- 16. Retrocede.
- 18. Gustosos, agradables.
- 19. Argentinismo: aplicase a la persona molesta, cansadora, fastidiosa, pesada.
- 20. Provincia de la antigua Francia, reunida con ella en 1766, cedida en parte a Alemania en 1871 y recuperada en 1918.
- 21. Adverbio de negación.
- 22. Que tiene valor, esfuerzo, energía.
- 24. Indica lugar, tiempo o modo.
- 25. Preposición inseparable que significa más ordinariamente "debajo".
- 26. Pronombre indeterminado. Otra cosa.
- 28. Exhala sudor tenue y leve, ocasionado por algún temor, fatiga o congoja.
- 32. Nota musical.
- 34. Quitad del suelo con la escoba el polvo, la basura, etc. Tardos y pausados en el movimiento.
- 38. Vacación por un día o una tarde.
- 39. Muerta violentamente.
- 40. Músico autor de una ópera muy conocida, sobre una obra de Goethe.
- 41. Cada uno de los dos orificios de la nariz de las caballerías.
- 42. Da, o dame, acá.

BETTY

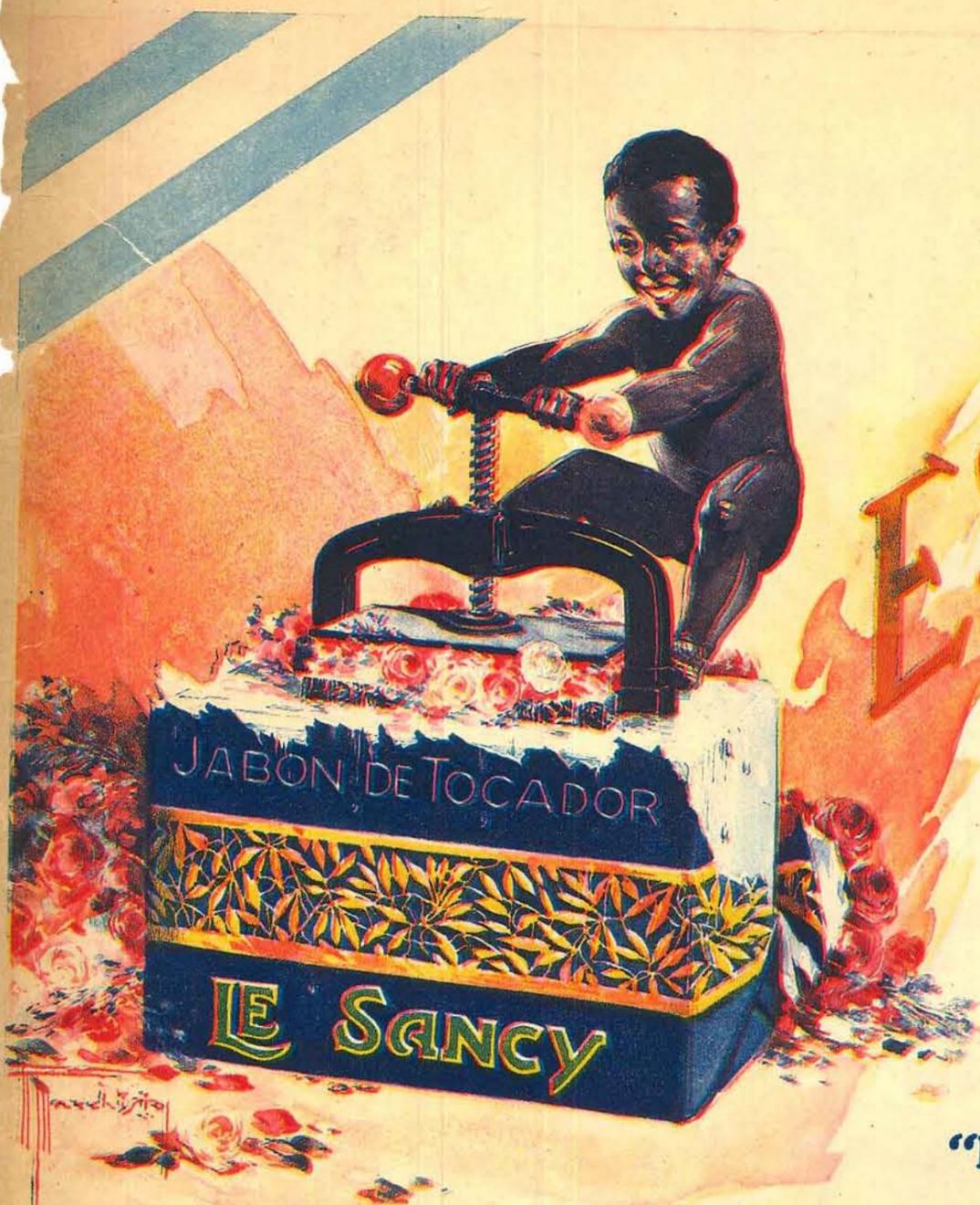
por C.A.Voight

© 1929 N.Y. TRIBUNE, INC.

AL CONCLUIR EL VERANEO

(DERECHOS EXCLUSIVOS PARA LA ARGENTINA ADQUIRIDOS POR "LA NACION". CUALQUIERA OTRA REPRODUCCION DE ESTA HISTORIETA EN NUESTRO PAIS DEBE CONSIDERARSE ILEGITIMA).





ESPUMA de flores

La Perfumería Dubarry

en homenaje a su propia nacionalidad, en el día de la Patria, anuncia a todos los habitantes de nuestro suelo, que está en venta en todo el país:

“El más barato de los jabones finos, y el más fino de los jabones baratos”

LE SANCY

Unico jabón perfumado con el
“Bouquet de Lavanda de Dubarry”
 “que huele a limpio”

Con nuestros 10.000 distribuidores hemos fijado a este jabón fino de tocador el precio que hasta ahora se pagaba por los jabones comunes, en exclusivo beneficio del público consumidor y con el deseo que pueda usarse todos los días, para todos los usos y en todos los hogares.

Técnicamente es el jabón más perfecto porque está elaborado con las máquinas más modernas y en nuestra propia fábrica, cuidando nosotros mismos la pureza de todos sus componentes. No se elabora con exceso de aceites como los jabones comunes, que a la larga dan brillo al cutis.

35 centavos la pastilla de 115 gramos

“Exijalo como sale de Fábrica etiquetado con la Franja de Oro”

Para las familias numerosas se ha creado el “Paquete Familiar Le Sancy” por \$ 4.— que contiene 12 jabones.

Perfumería
Dubarry

Si no encontrara el “Paquete Familiar Le Sancy”, remítanos \$ 4.— en giro postal y lo recibirá por correo.

Fundada en 1903

474 - Medrano - 478 - Bs. Aires



Galletitas TE PARADOS

Basta comprar una caja de estas nuevas y deliciosas galletitas para que desde ese momento el paladar inspire siempre *la orden de volver a comprar*, para renovar así esos instantes de exquisita satisfacción.



Sabrosas, crocantes, semi-dulces, con todo su delicado y apetitoso aroma dan, a la hora del té, un encanto más.

S.A. ESTABLECIMIENTO MODELO
TERRABUSI

Se venden en todo el país.
Pídalas a su proveedor.